JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

OBRAS ESCOGIDAS

POESÍAS

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DE

DON JUAN VALERA

de la Academia Española

MADRID
LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO
7 — CALLE DE ALCALÁ — 7

1880

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

POESÍAS

POESÍAS

DE

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

INDIVIDUO QUE FUÉ DE NÚMERO
DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,
ETC., ETC.

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DE

DON JUAN VALERA

Individuo de número de la Real Academia Española

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ
25 — CALLE DEL PRÍNCIPE — 25

1880

Es propiedad de la *Viuda é Hijos del Autor*.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO

En los pasados siglos, era moda en Europa anunciar como próxima la fin del mundo. Ahora, más cauta la gente, anuncia la fin de otras cosas, pero con tal arte y dando tan vago concepto de aquello cuya fin anuncia, que, aunque viva lo que da ya por muerto, no pasa el profeta por ignorante ó mentiroso. Así, por ejemplo, el anuncio de la muerte de la poesía ó la afirmacion de que está muerta ya. En balde protestarán contra la muerte de la poesía un enjambre de poetas y una multitud de tomos de versos, que en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Rusia, en el mundo todo, abundan hoy como nunca. Con decir el profeta ó afirmador de que la poesía murió, que esos volúmenes que hoy se publican no son de poesía verdadera y espontánea, sino de artificial, erudita y falsa poesía, ya responde al argumento y persevera en su opinion.

De aquí que ande hoy tan valida la division de la poesía, en espontánea y reflexiva, inspirada y erudita, popular y no popular. Pero en esto hay incertidumbre tam-

bien, y cada cual tilda de espontánea y popular la poesía que le agrada, y de erudita y artificial la que no le agrada. Verdad es que, por lo comun, el vulgo de los críticos se inclina á calificar de poesía espontánea é inspirada la de aquellos hombres que han estudiado poco ó que nada han estudiado, y á considerar como poesía artificial y criada en invernáculo la de aquellos hombres que han tenido buenos estudios. Leopardi, Goethe, Carducci y otros, á quienes nadie puede negar el título de grandes poetas y de grandes eruditos á la vez, son excepciones monstruosas que no deben tenerse en cuenta.

Nótese bien cómo, en todas partes y singularmente en España, es mil veces más difícil lograr fama de poeta al que la tiene ya de persona estudiosa, que á aquel que no la tiene.

De aquí, sin duda, la desventaja de D. José Amador de los Rios para ser celebrado como poeta, y la dificultad del prologuista para hacer creer al público, como él cree, que era poeta D. José Amador de los Rios.

Para mí es evidente que, de cada diez lectores de este prólogo, uno, á lo más, dejará que le convenzan, sin resistir mucho, de que pudo ser poeta el autor de la *Historia crítica de la literatura española,* de la *Historia de los judíos,* y de tantas otras obras de erudicion, que presuponen largos estudios, suma diligencia, asíduo trabajo y mil prendas y esfuerzos, que no sé por qué no se creen compatibles con la condicion de poeta.

Figurémonos, por el contrario, que este mismo tomo de Poesías tuviese por autor á una persona enteramente

desconocida como literato. Aseguro que, si mi corta habilidad no me faltase por completo, haría yo creer fácilmente, que sacaba de las tinieblas del olvido á la viva luz de la gloria, á un pasmoso vate, épico, lírico, elegiaco y todo á la vez.

No debo, con todo, apelar á la estratagema de ocultar el nombre famoso, como erudito y crítico, del autor de estas POESÍAS. Tanto el autor, como el prologuista, tenemos que luchar con la desventaja que el nombre dá al autor para ser tenido por poeta. Lo único que es lícito es prescindir de su saber y de su fama como sábio, y hablar aquí de sus POESÍAS, como si se hablase de las poesías de otro que sólo por ellas aspirase á ocupar un lugar más ó ménos elevado en el templo de la inmortalidad.

Examinemos, pues, las POESÍAS, sin la menor preocupacion, ni adversa ni favorable. Y digo ni favorable, porque yo, si he de hablar con franqueza, me dejo llevar de una opinion contraria á la que creo que prevalece: y cuando sé de álguien que, siendo buen humanista y buen crítico, y conociendo los clásicos griegos y latinos y los de su propio idioma y patria, tiene la aficion de hacer versos y los hace, ya, ántes de leerlos, doy por cierto que, si no son de mérito superior, no pueden ser, ni malos, ni desatinados, ni de gusto abominable, ni faltos de sentido y de juicio: que algunas calidades habrá en los versos por donde merezcan alabanza, porque, si no, la misma crítica del autor, cuando no hubiera servido para impedir que los hiciese, hubiera servido para moverle á que los quemase ó rasgase al cabo.

Lo que no dá la erudicion, pero lo que no dá la ignorancia tampoco, ántes suele echarlo á perder, si álguien lo tiene, es aquella divina locura, aquel atinado delirio, aquel sacrosanto furor, que hace del poeta un sér singular, y que presta á sus obras, si no á todas, á las mejores al ménos, raro hechizo y perenne atractivo para las almas delicadas, capaces de comprender lo bello y lo bueno, y que, al leer tales poesías, ven con forma sensible, perfecta y clara, merced al arte de la palabra rítmica, lo más hondo, lo más puro y lo que hasta entónces han tenido por más inefable y arcano en sentimientos y en ideas.

Á este grado eminente del sér de poeta, no llegan muchos, y, á mi ver, no hay crítico que tenga autoridad para decir que éste ó aquél llega, como no le acompañen otros en dar el fallo, y al fallo se una la aclamacion entusiasta de la muchedumbre. Pero el crítico puede y debe decir muchísimo en elogio de las poesías estimables y buenas que le incumbe juzgar, sin tocar punto tan árduo y peligroso como el de declarar *génio* á su criticado, especie de canonizacion ó de apoteosis, que rara vez es valedera cuando se hace en vida ó poco despues de la muerte del autor. De cada cien apoteosis ó canonizaciones de estas, la posteridad acaso confirme una.

Abstengámonos, pues, de tanta empresa, y limitémonos á más modesto papel.

Por varias razones desempeño yo gustoso el de prologuista de este volúmen. Su autor era amigo mio de hacía muchos años, y era además todo lo que puede imaginarse

de más paisano: como que era de Baena, villa que está á tres leguas de Cabra, que es donde yo nací, y á una de Doña Mencía, donde tengo mi cortísima hacienda. Aquellos lugares son fecundos en hombres que vienen luégo á figurar en Madrid como literatos y como poetas; pero, sin duda por estar ya muy acostumbrados á estas glorias, no les dan importancia. Menendez Pelayo, por ejemplo, es de Santander, y toda Santander se complace, con inequívocas y frecuentes manifestaciones, de tener hijo tan ilustre. Jamás, que sepamos, hizo nada Baena por el antecesor de Menendez Pelayo en la cátedra de Literatura española de la Universidad Central. De Baena es tambien el notable humanista Camús. De Lucena, á una legua de Cabra, es Canalejas. En Zuheros, un cuarto de legua de Doña Mencía, si no han nacido, tienen casa y bienes los discretos y eruditos hermanos Aureliano y Luis Fernandez-Guerra. En fin, sería cuento de nunca acabar el ir enumerando aquí los hijos preclaros en letras que tuvo y tiene la provincia de Córdoba, desde Lucano, Séneca, Céspedes y Góngora, hasta el Duque de Rivas, Grilo, Reina y Alcalde Valladares. La provincia, como tan fecunda en producirlos, no se toma el trabajo de ensalzarlos, y deja que el resto de España, ó á veces el mundo entero, los ensalce.

Algo perjudican á la reputacion y nombradía, en la provincia, de la gente de letras allí nacida, la nombradía y gloria que alcanzan sus hombres de armas tomar, famosos todos, desde aquel que se llama por excelencia el Gran Capitan, y conquista reinos, hasta aquellos otros, de con-

dicion más aviesa y de fama poco menor, como el Chato de Benamejí y el Cojo de Encinas-Reales, sobre cuya patria jamás habrá disputa, como sobre la de Homero ó sobre la de Cervantes, ya que por el mismo nombre de la patria son conocidos.

Otra buena condicion de que carecen los cordobeses letrados ó que por las letras tienen capacidad y sino de encumbrarse, aunque no tengan muchas letras, es aquel espíritu de compadrazgo y de mútuo auxilio, tan subido de punto y tan eficaz entre los astures, por donde ha habido tantos y tantos que han ocupado en España los primeros puestos. En mi provincia, cada cual mira por sí, sin auxilio de nadie, de modo que los encumbramientos son milagrosos. De aquí, sin duda, que aquella frase pintoresca de *saber buscársela* se inventase en mi provincia para designar una de las mayores habilidades, una verdadera ciencia infusa, una inspiracion, un estro, cuando no más sublime, más útil que el poético, y del cual pudiéramos citar, si no temiésemos ofender su modestia, larga lista de cordobeses abundantemente dotados.

Pero dejémonos ya de divagaciones, y vamos á las Poesías de D. José Amador de los Rios.

Las aquí coleccionadas forman un tomo de 300 páginas, que será el primero de una larga série de ellos, pues la familia del autor se propone publicar sus obras en edicion completa, si el público se muestra medianamente propicio.

Un buen modo que los baeneros tendrian de desmentir mis asertos, sería suscribiéndose á estas obras completas

siquiera por trescientos ejemplares, lo cual no es mucho, si se atiende á la riqueza, poblacion é importancia de la villa de Baena; pero sigamos adelante, y dejemos á los baeneros que hagan lo que gusten, arrebatados de la propia iniciativa, aunque justo y conveniente es recomendar á los editores, que, ya que este tomo va á salir tan en sazon, envíen á Baena, al ménos los trescientos ejemplares que hemos dicho, en los primeros dias de Octubre, que es allí la féria; féria de las más alegres, lujosas y regocijadas, y donde circula más dinero en ventas, juego y diversiones, de toda Andalucía.

En el tomo hay versos de todas clases: líricos y épicos ó narrativos. Comunes son á todos ellos la correccion, lo castizo del lenguaje, la diccion poética adecuada á cada género, la maestría en versificar y la abundancia de imágenes. Hablemos separadamente de los versos líricos primero, y de los épicos despues.

Otra dificultad, no menor que la de su saber, tenía Amador de los Rios para hacerse popular en España como poeta: la templanza de sus opiniones ó doctrinas políticas, y hasta la prudente circunspeccion con que trataba las cosas de fé ó dejaba entrever sus principios religiosos. No halagaba ni las pasiones del vulgo revolucionario, ni las del vulgo reaccionario. Los partidos extremos, que son los que en España hacen propaganda, no se movian en su favor. Por el contrario, ya los absolutistas y clericales le tildaban de libre-pensador y hasta de impío; ya los radicales, progresistas y republicanos, le censuraban de servil y de adulador de las potestades terrenas: de

príncipes y de reyes. Ni unos ni otros tenian razon; pero Amador de los Rios, con su *justo medio,* no lograba otra cosa, y era harto sincero para adoptar un tono exagerado á fin de conquistar el aura popular y el aplauso de alguno de los partidos entusiastas.

Como todo poeta, ó mejor diremos como todo hombre, cuando no hace vida pública activa, imponiéndose un papel marcado, Amador de los Rios se inclinaba un poco, ya de un lado, ya de otro, segun las circunstancias; pero siempre prevalecieron en él los sentimientos monárquicos y católicos sobre los otros sentimientos. Téngase en cuenta, no obstante, que en España han estado y están todavía tan arraigados en las almas la monarquía y el catolicismo, que, por atraccion invencible, hasta los hombres más liberales en prosa, se van del seguro en verso, y son capaces de defender la inquisicion y de condenar el libre pensamiento y la serena investigacion de la verdad, infamándola con los dicterios de *delirio insano* y *osada impiedad,* digna de que Dios la castigue duramente. Así Espronceda, en sus versos *Á Jarifa.* Amador de los Rios, por fortuna, no va nunca tan léjos; pero el amor de la patria tal vez le hace incurrir en demasías, aunque disculpables. Por ejemplo, en su *Inspiracion en el Escorial,* entusiasmado por nuestras antiguas glorias de los tiempos de Cárlos V y Felipe II, y por las recientes aunque algo inferiores, que ganó D. Ramon Narvaez en 1848, venciendo á seiscientos ó setecientos hombres, que se sublevaron, y exportando doble ó triple número para que no se le sublevaran más, Amador de los Rios se pone á vaticinar,

por los excesos de la revolucion y de la demagogia, nada ménos que la ruina de imperios y de civilizaciones, tan fuertes y grandes como los de la Gran Bretaña, Francia, Alemania é Italia, miéntras que España, sostenida por el catolicismo y por D. Ramon Narvaez, levantará su estandarte en el Pirineo y vencerá al nuevo Atila.

El vaticinio de Amador de los Rios no lleva trazas de realizarse. Francia é Inglaterra siguen ricas y poderosas, á pesar de sus impiedades y revoluciones; Alemania é Italia se han hecho dos grandes Estados, merced en parte á esas impiedades; y España, á pesar de su piedad y de sus Narvaez novísimos, no es cosa mayor lo que florece, aunque mejor está que estaba cuando éramos más pios.

Esta falta de tino profético no nos perjudica, porque al fin nosotros no sostenemos que Amador de los Rios fuese buen profeta, sino que fuese buen poeta, y para esto, incluso la misma *Inspiracion en el Escorial,* todo sale en nuestro abono.

Los versos *Á la creacion del Teatro Español,* en elogio del Conde de San Luis, son ingeniosos y discretos, y dignos del acontecimiento, tan fausto para los autores dramáticos, que en dichos versos se celebra. Dichos versos, además, son un laudable esfuerzo, en verdad premiado por el éxito, para emplear el estilo, el lenguaje, los giros y hasta el modo de presentar las imágenes, que se usaban en el siglo XV, en un asunto tan de actualidad y tan del siglo XIX.

Casi todas las composiciones líricas de Amador de los Rios son *de ocasion,* lo cual ya prueba mucho en su favor;

ya prueba que no queria ser poeta de oficio, ni se ponia á componer versos á destajo: vicio insufrible en la lírica, para la cual importa que haya siempre un móvil externo que interese mucho al poeta y que agite su alma, excitando en ella entusiasmo, dolor ó alguna otra pasion vehemente y elevada.

De esta clase es la epístola á D. Francisco Rodriguez Zapata, *En la muerte de D. Alberto Lista,* una de las más bellas composiciones del tomo, donde hay verdaderos sentimientos de amor y de admiracion por el ilustre maestro de la gran escuela sevillana, á la que Amador tambien, así como Zapata, Tassara, Campillo y otros poetas de no vulgar mérito, han pertenecido y pertenecen. Cuanto se dice allí en elogio de Lista, y para expresar el dolor de haberle perdido, es sincero y está felizmente expresado.

En versos inspirados por las mujeres, aunque la vida recogida y adusta del laborioso escritor se prestaba poco á esto, hay á menudo ternura y más delicadeza y gracia que en versos de galanteadores profesos. Véase en prueba de ello los que llevan el misterioso título *Á E...*, donde hay, entre otras, estas lindas estrofas:

No quieras,— pues que á mis ojos
eres el ángel que guarda
mi ventura,—
sembrar de nuevos abrojos
el pecho, y que estéril arda
mi locura.

—

Al dulce ruego tu mano
cubra mi abrasada frente
piadosa;
y cual lluvia de verano
apaga la llama ardiente
que me acosa.

—

Como de pura fontana
raudal brota cristalino
de ambrosía,
ó como en fresca mañana
el alba néctar divino
nos envía

—

de tus lábios brote y mane
bálsamo de nueva vida
para mí.
Brote y providente sane
la aguda, enconada herida
que sentí.

Hay asimismo una composicion, de la primera mocedad del poeta, siendo sin duda estudiante en Sevilla, donde celebra á Baena, su patria, y á las lindas muchachas de Baena, sus paisanas. Esta composicion es muy bonita y candorosa, y para los que somos de por allí tiene más hechizo, pues al leerla se nos figura ver á Baena y su enriscado castillo, en mitad de la fértil campiña que los rodea, cubierta de rubias mieses, de huertas, olivares, viñas, sotos y alamedas, que crecen al borde los

arroyos, dorado todo por un sol espléndido, digno de entre trópicos.

Villa fuerte y fronteriza,
fué espanto y terror del moro;
y su vega fertiliza
un rio, que se desliza
por entre arenas de oro.

Denegridos torreones
cual marcial corona ostenta;
como otros tantos pregones
con que á las generaciones
sus timbres de gloria cuenta.

No deja el autor de enumerar entre estas glorias la de haber estado hospedado en aquel castillo, nada ménos que el último rey moro de Granada Boabdelí, hecho prisionero por los de Baena, y guerreros de otros pueblos cercanos, que seguian al Alcaide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba y á su noble tio el Conde de Cabra.

En cuanto al elogio de las baeneras, nos parece entusiasta, pero ni por asomo excesivo, ni discrepando un ápice de la verdad:

Sus lábios de grana son
como encendido capullo,
y es su acento una cancion
que conmueve el corazon
con su armonioso murmullo.

Lo cual es exacto, pues dicho acento es lo que llaman

por allá el *tonillo* de la tierra, que, cuál más, cuál ménos, todas le tienen, así como tienen tambien un gracioso é inimitable *ronquido,* que exhalan al hablar, de vez en cuando, como la gente de Jaen. Para dar idea de este *ronquido* no bastan descripciones, y se requiere la voz viva. Dice además el poeta que las muchachas de Baena tienen vinculada la sal andaluza, en lo cual se opone, con aplauso mio, á algunos malagueños y á otros burladores desaboridos de Sevilla y de los puertos, que siempre están jactándose de que ellos se quedaron con toda la sal de María Santísima, y propalando que Córdoba y Jaen son la Galicia de Andalucía, como si la cara de Dios, que la tenemos nosotros, no nos favoreciese tanto como á ellos su bendita Madre.

Las *Epístolas*, segun el antiguo y acendrado gusto clásico sevillano, están llenas de interés y contienen trozos muy bellos. Á más de la elegiaca por la muerte de Lista, hay otra no inferior, dirigida igualmente á Zapata, último resto de la escuela de Sevilla, que sigue rindiendo culto á las Musas, sin abandonar las orillas del Bétis.

Allí, como le dice Amador, enamorado tambien de las glorias y de la viva poesía de la hermosa capital andaluza,

> diráte cada torre una conseja,
> hallarás un amor en cada fuente
> y una hazaña de honor en cada reja.

Dos *epístolas*, en tercetos ambas, dirigidas al Sr. D. Jacobo María de Parga, tienen grande atractivo, y la se-

gunda, sobre todo, extraordinario brio poético. Si no fuera por lo que hemos afirmado de que el crítico no debe dar patentes de *génio* ni hacer apoteosis, nos atreveríamos á sostener que en esta *epístola*, donde se describe la desolacion y ruina de Salamanca y de su gloriosa escuela, se advierte claro y fehaciente el sello de las composiciones inmortales, que han de aplaudirse y leerse siempre con profunda emocion, miéntras dure y se entienda la lengua en que fueron escritas: verdad es que á ello concurren el entusiasmo del poeta, el del arqueólogo artista y el del literato, reunidos los tres en uno.

Es, por último, muy bella como poesía descriptiva, si bien con algunos lunares de exageracion, si la exageracion puede ponerlos en la poesía, y sobre todo en la poesía de un andaluz, la epístola *Á D. Juan Federico Muntadas*, pintando y encomiando la hermosura de su despues tan celebrado *Monasterio de Piedra*.

En las *Odas*, propias ú originales, hay toda la majestad y elegancia de un gran maestro en el habla y versificacion castellanas, y en algunas, verdadero y candoroso entusiasmo, sin afectacion ampulosa. La titulada *Victorias de África*, sería, por todos estos conceptos, la mejor, si no se le adelantase la que el autor compuso *Á la inauguracion de la estátua que al Maestro Fray Luis de Leon consagra el amor nacional en Salamanca,* donde la misma estátua habla por milagro, y habla, en nuestro sentir, como el propio Fray Luis hubiera hablado, alta, castiza y poéticamente, enumerando y describiendo con sencillez y grandeza todos sus trabajos literarios y títulos de glo-

ria. La *oda* nos parece tan bella, que casi, casi nos inclinamos á creer que su escasa popularidad proviene de que para el vulgo la lengua poética ha muerto y la alta inspiracion no suena ya, engolosinado como está con estos cantares, mixtos de alemaniscos y andaluces, que se usan ahora; donde la forma, con el prurito de aparecer sencilla, es de mala prosa; donde la poesía se dá como en pildorillas homeopáticas; y donde el pensamiento, si le hay, en los mejores que así escriben, es malsano, enfermizo, extravagante, y huele á cementerio.

Entre los *Sonetos*, que pasan de treinta, apenas hay uno que no esté motivado ú ocasionado. Esto se conoce á leguas de distancia. No hay allí *soneto* que no sea legítimo, esto es, que no haya nacido de pasion bastante á justificar el abrazo de la Musa, y no de liviano capricho, como nacen los versos de los versificadores de oficio, y como nacen los hijos espúreos. Claro está que esto va contra los que se imponen la tarea de hacer un tomo de poesías líricas, y le hacen, como quien hace un par de calcetines. Pero no murmuremos. ¿Quién sabe si los que tal tarea se imponen tendrán en el bolsillo la inspiracion, como la que hace los calcetines tiene ovillo, daguilla y agujas en el regazo?

Entre los *sonetos*, hay siete ú ocho de Amador excitando á Carolina Coronado á volver á escribir versos, y otros tantos de Carolina excusándose por su ignorancia, y sosteniendo, no obstante, que la ignorancia es un bien y la ciencia un mal, porque nos roba la fé y la inspiracion buena. Tanto los *sonetos* de Amador, como los de su opo-

sitora, siguen siempre los mismos consonantes del primero y quinto de Amador: todos ménos dos, son, pues, de piés forzados; y, si bien en poesías sérias no es justo celebrar estas habilidades pueriles, no se ha de negar que la dificultad parece en casi todos vencida sin la menor violencia. Los *sonetos*, además, se prestarian á un curioso comentario, por las doctrinas y sentimientos encontrados que de una y otra parte se encarecen en ellos.

Entre las poesías líricas, merecen, por último, elogio varias traducciones de salmos, hechas con enérgica concision. Lo que no podemos tolerar es la manía de hebraista que mueve al Sr. Amador, contra la índole de nuestro idioma, de su fonética y de su ortografía, á llamar al Dios de Moisés, en vez de Jehováh, que es como ya le conocíamos, con el extraño y bárbaro título de Ihowáh, que como no nos enseñen á pronunciarle, no pronunciaremos nunca. ¿Quién sabe cómo Moisés y Aaron pronunciarian el nombre de Jehováh, hace más de tres mil años? Lo mejor es, pues, que nosotros convengamos en llamarle Jehováh, cuando hablemos en español. Así, pues, propongo, para una futura edicion de las Poesías de Amador, que se borre el Ihowáh, donde quiera que se halle, y que se ponga Jehovah, como ántes se decia.

La parte épica ó narrativa de esta coleccion de versos consta de varios *Romances*, históricos casi todos, como los del Duque de Rivas, y algunos nos atrevemos á sostener que en nada inferiores á los del Duque, así por la gala y naturalidad del estilo, como por las descripciones de armas, sitios, trajes y costumbres. El fundamento

histórico ó tradicional de estos *romances*, está bien escogido, y la narracion dispuesta con ingenioso arte y buena gracia, á fin de prestarles interés de novela. Los que tratan del Rey don Pedro son excelentes.

El Rey don Pedro es siempre la glorificacion del tirano, valiente y nivelador, que entusiasma al pueblo, y cuyas atrocidades pasan por sapientísimos actos de justicia, ó por hazañas, dignas de aplauso, aunque no sea más sino porque las víctimas de las tales atrocidades no valian moralmente más que el verdugo. El Sr. Amador de los Rios no acierta á dejarse llevar del torrente de la opinion popular y á encomiar á don Pedro, sin restricciones, como hace Zorrilla, ni emplea tampoco la ironía ni aquel asomo de *humor* que Heine suele emplear en su *Romancero*. De aquí cierta inferioridad en Amador, por donde el hombre razonable y juicioso gana á expensas del poeta; pero, á pesar de esto, son amenísimas sus tres ó cuatro historias de don Pedro contadas en romances.

Sin duda que este modo de poesía épico-popular es tan propio de España, que tiene que durar, aunque ha acabado la gran poesía épica; mas para que dure y guste en adelante, no bastará la narracion, por más interés dramático y novelesco que en los pormenores se le preste, del acontecimiento histórico descarnado; el poeta deberá añadir algo, ó ya conservado por tradicion, ó ya tan diestra mente fantaseado que parezca tradicional.

Tambien el Sr. Amador se ensayó en el género épico-religioso, escribiendo unas elegantes y bien sentidas octavas, donde refiere la pérdida de Jesús, niño aún, y cómo

la Vírgen y su casto esposo San José le hallaron en el templo, discutiendo con los doctores.

En *romances moriscos*, que tienen más de líricos que de narrativos, se ha ejercitado además nuestro poeta. Los tres, que van publicados en el tomo, se leen con verdadero deleite.

En todas estas obras hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta, si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diria que los olvida, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiracion propia. Apenas se advierte en sus POESÍAS la imitacion de otros autores, tan frecuente en los poetas no eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leido poco se apasiona de lo poco que ha leido y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó, si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leido mucho, como le sucedia á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilacion en elegir modelos, por desecharlos todos, y por buscar en el fondo de su alma lo que ántes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces hace que el erudito huya de repetirlo, miéntras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oido, cree haberlo inventado, y á menudo nos dá por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.

El poeta debe su gloria á su valer, pero á menudo con-

tribuye á que esta gloria se divulgue pronto alguna manía, alguna opinion atrevida ó extrema, algun principio paradoxal ó escandaloso con que el poeta llama á sí la atencion del vulgo.

Así, por ejemplo, Leopardi es un ateo, pesimista, desesperado y místico á la vez; Carducci ferozmente enemigo del cristianismo y grande admirador del diablo, en cuya alabanza escribe una magnífica oda; y Quintana, cuando en España, segun se dice, éramos aún tan católicos romanos, sale llamando al Padre Santo *mónstruo inmundo y feo que abortó el Dios del mal*. Estas cosas imprimen carácter y pasman á la multitud. Al que no sale, permítasenos la expresion sobrado familiar, con alguna *tonada* por el estilo, le es harto más difícil ser admirado. Su originalidad es ménos patente.

Tales, son, en suma, las POESÍAS de D. José Amador de los Rios. En mi opinion, no desmerecen de sus obras en prosa: ántes noto en las POESÍAS cierta ventaja. En la prosa, el excesivo caudal de erudicion, el afan de que nada se quede por decir, y el empeño de que no haya punto oscuro que no dilucide la crítica, hacen á veces al autor, para lectores impacientes, un tanto difuso. En sus versos, Amador de los Rios es conciso y sóbrio. Y bien se puede afirmar que, áun cuando no hubiese escrito más que este tomo, su nombre viviria y ocuparia puesto distinguido en nuestra historia literaria, y cualquier persona de gusto que hiciese una buena antología de los poetas de ahora, allá en los siglos futuros, no dejaria de incluir en ella bastantes obras suyas, verbi-gracia, la *Oda* á

Fray Luis de Leon, la *Epístola* á Parga, sobre Salamanca, y el *Romance* titulado *La palabra del Rey*.

En nuestra parsimonia y circunspeccion para dar alabanzas, no creemos que se puedan dar mayores, ni creemos tampoco que al darlas nos muevan la antigua y franca amistad y el paisanaje de Baena, sino la más severa justicia y el más desapasionado criterio.

JUAN VALERA.

POESÍAS VARIAS

INSPIRACION EN EL ESCORIAL

AL SEÑOR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON

EN PRUEBA DE CARIÑO Y RESPETO

Gloria y sepulcro á un tiempo de las artes,
honor de la eclipsada monarquía,
mole inmortal, que á siglos desafía,
y tumba de vencidos estandartes,
¿por qué la turba insana,
que por tus átrios gira,
mísera afrenta de la estirpe humana,
tu templo augusto indiferente mira?
Hierve en dolor y en ira
el noble corazon y el llanto baña
la escandecida faz, cuando contemplo
que, para oprobio de tan alto ejemplo,
virtud, á par de honor, huyó de España.
Alteza tanta al corazon oprime;
y abismado en la nada el pensamiento,
de Dios se eleva al encumbrado asiento
y sólo vé su majestad sublime.
¡Dios!... ¡Y el mortal impío
de su poder aún duda!
Y en ciego desvarío

mueve su lengua contra Dios sañuda!...
Mas tú, solemne y muda,
morada eterna, su existir pregonas;
y es á tus plantas la humanal grandeza
del erïal inculto vil maleza,
y polvo son los cetros y coronas.
Los siglos doblan su veloz carrera;
y al ímpetu sañudo, en ronco estruendo,
cäen revueltos con estrago horrendo
pueblos, naciones, que el abismo espera.
Con indómita saña
el Ponto al cielo insulta;
y desgajada el áspera montaña,
entre sus negras olas la sepulta.
La viva lumbre oculta
al flamígero sol, en cien turbiones
del Etna bramador la hirviente lava,
y sus ejes fortísimos desclava
la tierra en espantables convulsiones.
Oscuridad do quier!... Sólo radiante
en tan feroz borrasca esplende un faro,
que el dedo de Jhowáh, cual firme amparo,
muestra desde su trono de diamante.
La rabia destructora
del tiempo y del mar calla:
apagado el volcan, plácida aurora
es á su fúria prepotente valla.
Trás hórrida batalla
aparece de paz íris fecundo;
y en himnos mil se eleva al firmamento
de la creacion inmensa un pensamiento,
que alto revela al Hacedor del mundo.
La religion!... La religion! Su manto,
cobijando al mortal, le acerca al cielo:

es cáos horrible sin su luz el suelo,
do sólo brotan orfandad y llanto.
Los anchurosos mares,
fiado en frágil pino
y á otro mundo llevando sus altares,
cruza el ibero con ardor divino.
En el hinchado lino,
enseña santa, al ondular, fulgura:
lecho de amor, do el cándido cordero
del crímen blasfemante al mónstruo fiero
ahogó en raudales de su sangre pura.
Congrega el Trace en la tostada arena
sus armígeros carros y legiones;
y al desplegar sañudo sus pendones,
habla, y el Ponto conturbado atruena.
La Europa extremecida
torna la invicta frente,
y al súbito rumor despavorida,
mira bajar la esclavitud de Oriente.
Su brazo armipotente
viste, y su pecho, de brillante acero:
lucha, y alzando de victoria el canto,
sumerge el mar sangriento de Lepanto
el carro y el caballo y caballero!
Brama en el Norte helado, furibunda
de error caduco y de impiedad armada,
hidra espantosa contra el cielo alzada,
que el ancha tierra de veneno inunda.
Tenaz al Vaticano
rayos de muerte envía,
y en sacrílega lucha intenta en vano
hollar la Cruz bajo su planta impía.
A tan ruda porfía
sacude el leon de España la melena,

tendiendo airado la potente garra;
y al mónstruo horrendo con furror desgarra,
y desparce sus miembros en la arena.
Calló del Garellano y Cerinola
el bélico rumor, y el galo altivo
manchar osó con pecho vengativo
la clara enseña que Felipe arbola.
Heróico aliento inflama
su no domada frente;
é infundiendo en sus haces diva llama,
cayó en la lid, cual rápido torrente.
Á su ímpetu valiente
son las torres y alcázares ruinas;
y, entre el humo y tronar de cien cañones,
arrancan victoriosas sus legiones
láuros en San Quintin y en Gravelinas.
Triunfó!... Y bañada en religiosa lumbre
la leda faz — «Para inmortal renombre
hagamos templo tal, que al mundo asombre» —
dijo; y brillaste como excelsa cumbre.
De Toledo y de Herrera
los genios divinales,
su vuelo remontando á la alta esfera,
con sus alas cubriéronte inmortales.
Cual águilas caudales,
de Dios subieron al alcázar de oro,
y en él clavando la inspirada vista,
audaces pregonando su conquista,
á España dieron sin igual tesoro.
Á su creacion magnífica en tributo
Italia ofrece espléndida corona,
en que gloriosos triunfos eslabona
de Sansovino, Strozzi y Benvenuto.
Con insólita afrenta

sus bélicos despojos
al par le rinde Francia la opulenta,
que al gran Felipe se postró de hinojos.
Abrió en raudales rojos
América sus vírgenes entrañas;
y el Atlántico mar ráudas surcaron
ferradas naves, que en Iberia entraron,
cual de luciente Ofír vivas montañas.
Dos mundos á tus piés! Sobre tu frente
antorcha perenal, mágica brilla:
luz que entre nieblas alumbró á Castilla,
terror y asombro á la muslime gente.
La fé!... Vivaz centella,
que del nitente seno
del Dios de Sinaí pura destella,
ya limpio brille el sol, ya ruja el trueno!...
De su entusiasmo lleno
só tus dóricas cimbrias resplandece
heróico pueblo, y en sublime coro
al cielo envía cántico sonoro,
que tu gigante cúpula extremece.
Fuiste de Dios alcázar sin segundo!...
Su majestad tus ámbitos aún llena!...
Y cual se rompe el mar en el arena,
en tí se estrella el huracan del mundo.
El fuego del profeta
súbito inunda el alma,
y en santa inspiracion hierve el poeta,
postrado en medio á tan solemne calma.
La fulgurante palma
y de David la cítara ambiciona;
y en éxtasis profundo sumergido,
sobre el Querub contempla enaltecido
al Dios de Abraham, cuyo poder pregona.

Lo vé!... Y oye tronar el firmamento,
y desprenderse el monte á la llanura;
y, vuelto el claro dia en noche oscura,
mira inflamada la region del viento.
Jhowáh!... Desciende airado
á la rebelde tierra:
en humo envuelto el valle dilatado,
humilla su cerviz la prócer sierra.
Su voz!... Su voz atierra
á la creacion! Contra el mortal impío
viene á lanzar sus rayos serpeantes:
las torres, que al zénit tocaban ántes,
aristas son del vendabal bravío.
Retiemblan tus cimientos!... Ilumina
ráfaga de esplendor tu altar bendito!
Y en presencia del Dios de lo infinito
mi faz al polvo trémula se inclina.
Dura sentencia escribe
su dedo omnipotente:
¡Ay cuánta angustia el corazon recibe!
¡Ay cuánto de dolor está presente!
Vuelan de gente en gente
con terrífico son, ardiendo en saña,
sorda Impiedad y maldiciente Ira,
lanzar ansiando en devorante pira
el magnífico trono y la cabaña.
De su rencor ingénito en trofeo
sepultan en el cieno, ensangrentado
y ya en girones mil despedazado,
el manto del valiente Clodovéo.
Febril aplauso estalla:
despavorido el Sena,
bramando rompe la robusta valla,
que su corriente rápida refrena.

Su ronco hervir resuena
del Alpe helado á la trinácria orilla;
y sorprendida el águila teutona,
la rica presa tímida abandona,
y de San Márcos al Leon se humilla.
Do quier cunde el clamor! Con saña loca
audaz discordia al Vaticano oprime;
y el sucesor de Pedro en balde gime,
y al cielo, en preces de dolor, invoca.
Furioso y delirante
Berlin crüento brama:
abrasa al Norte fuego devorante,
y á Viena envuelve tragadora llama.
Corre la inquieta fama
del Báltico á las márgenes de hielo;
y de Albïon el empinado muro
al estruendo retiembla mal seguro,
y mira hundirse ante sus piés el suelo.
¡Ay, cuánta destruccion y rudo estrago!
Sangrientos van los desolados rios,
y sólo ven los tristes ojos mios
de sangre y fuego inmensurable lago.
Del Cáucaso en la cumbre
clama el bárbaro scita;
y aprestando á la lid su muchedumbre,
en los llanos feroz se precipita.
Negro estandarte agita
sobre la férrea cuádriga asentado;
y levantando el formidable acero,
infando yugo forja al orbe entero,
que sus tremendas hordas ve espantado.
¡Ay de tus hijos, Roma, que insensata
los horrores del hérulo olvidaste!...
Nueva Solíma, la virtud hollaste,

hija de rebelion y madre ingrata!...
Parténope orgullosa,
desconsolada y triste,
llora tambien tu corrupcion odiosa;
pues la verdad sencilla escarneciste.
Y tú, Milan, que viste
al águila cobrar su ráudo vuelo,
rota en tu mano la ñudosa lanza,
sólo hallarás á tu dolor venganza
en la horrible opresion del ístrio suelo.
En su opresion!... Que trocará el germano
por oro el agua que sediento beba,
sin que la vista á levantar se atreva
para mirar la frente del tirano.
Esclavas sus mujeres,
su herencia de enemigos,
y en tristeza trocados sus placeres,
vagarán sus varones cual mendigos.
De su orfandad testigos
serán, y de su fiera servidumbre,
los que asaltar los vieron delirantes,
en espantosa lucha de gigantes,
de la rebelde ciencia la árdua cumbre.
Y Gália altiva que, cual frágil barro,
frenética rompiendo el áureo trono,
audaz llevó con su implacable encono
del Nilo al Volga su triunfante carro,—
de siervos dominada,
á precio vil la leña
comprará, de sus campos despojada,
y en lodo hundida su espantable enseña.
En la desierta peña,
que enhiesta vence al Húmido Oceano,
de Jena se alzará la sombra augusta,

y á Lutecia la faz tornando adusta,
romper querrá su cautiverio en vano.
Y tú, que escondes bajo el blanco armiño
el áspid venenoso, al par fingiendo
pura amistad, la máscara cubriendo
con la sonrisa de inocente niño,
llora tambien, Bretaña!...
No ya tus altas proras
al mundo anunciarán tu horrenda saña,
los piélagos cruzando vencedoras.
Trás fúlgidas auroras
tu cielo entoldará noche profunda,
y tragarán los mares tus riquezas,
y doblarán tus hijos las cabezas
del tirano á la bárbara coyunda.
Sin honra y sin arrimo tus ancianos!...
Tus doncellas, cual rosas, marchitadas!...
Con el hambre las pieles inflamadas,
irán de puerta en puerta sus hermanos!
El Támesis umbrío
detendrá su corriente!...
Fuego devorador brotando impío,
caerá en pavesas Albïon potente!...
En su alcázar luciente
arrastrará el caiman negras escamas,
y crecerá en sus calles verde yerba!...
Del llanto agotará la copa acerba
para expiar sus tenebrosas tramas!...
Ya truena el Septentrion... Doblad la frente,
naciones que el placer torpe afemina!...
El rayo asolador Jhowáh fulmina,
crugiendo al par la tempestad rugiente!...
Invoca en tu defensa
¡oh pátria sin ventura!...

de Pelayo y Rodrigo la fé inmensa,
y tanta afrenta y perdicion conjura.
La servidumbre dura
mira venir con temblador espanto!...
Consagra á Dios la diestra fulminante,
que exterminó en las Navas el turbante,
y el cristianismo restauró en Lepanto.
Y cuando arrastre mísera cadena
el belicoso Rhin, y el Aventino
cubra humeante lago purpurino,
y el Támesis se agote y gima el Sena,—
del Pirene en la cumbre
levanta tus pendones,
y á la espantosa y fiera muchedumbre
serán muro invencible tus legiones.
Temblarán los varones,
cuya planta los campos aniquila,
y de celeste rayo el pecho herido,
envuelto en sangre, del corcel temido
derribará el Señor al nuevo Atila.
Y vencerás!... Los procelosos mares
bramando subirán á las montañas,
y los valles, rasgando sus entrañas,
sorberán las escuadras á millares!...
Espíritu divino
agitará tu mano!...
Llevarás á tus piés el torbellino
para esparcir el polvo del tirano!...
El nombre castellano
terror será otra vez de entrambos mundos
la cruz brillando, cual triunfal bandera:
que entre Dios y los hombres medianera,
embota sus decretos iracundos.

Escorial 8 de Setiembre de 1848.

Á LA CREACION
DEL TEATRO ESPAÑOL

COMIENÇA EL MUY POLIDO DEÇIR,

ESCRIPTO É ORDENADO A LOOR DEL ESTATUYMIENTO DEL THEATRO ESPANYOL,
É FUNDADO DE SOTIL É FERMOSA INVENÇION,
SÓ SESSO ALEGORICO, É FECHO SOBRE RAÇON DE POETICAL ARTE É DOTTRINA.

INTRODUCTION AL CONDE DE SANCT LUIS

I

Perínclito conde de Sanct Ludovico:
si en trovas atantas, discretas, polidas,
é assaz artizadas é bien scandidas
estrénuos poetas vos façen oy rico, —
en ruda loqüela, qual vedes, m'aplico
deçir los passados devidos loores:
ca nunca mi mano guirlandas de flores
pusiera al triunphante, nin yo manifico.

II

Narrarvos agora la péñola mia
estranyas vesiones é suenyos emprehende:
queret amostrarvos graçioso por ende,
é non retrayades de insania ó follía.
Mas vet quel mi canto non façe la vía
d'aquel petrarchista, que diz Garçi-Lasso,
las leyes catando del vieio Parnasso
en gaya dottrina, sotíl poesía.

III

COMIENÇA LA NARRAÇION

Durmiente en mi çela, de sombras çercado,
rompió la tiniebra radiosa claror,
é á lueñe boscaie d'eterna verdor
en súpito vuelo me viera lievado.
É luego que ove al çentro arribado,
en cabo poséme d'aurífera fuente,
que dá sus liquores, é va murmuriente
en medio á las frondas é flores del prado.

IV

Allí solaçando, la dulçe frescura
con libres sentidos feliçe aspirava,
é atanto essa dicha la mente presçiava,
ca nunca enfingiera más alta ventura.
Mas pero de pronto, angélica é pura,
firió mis oreias harmónica voçe,
é alli retornando el vulto veloçe,
cegó el mi visaie gentil fermosura.

V

Las sienes corona del árbol lauréo
é amuestra en el visso virtut é prudençia:
sus oios resplenden con flama d'sçiençia
é gira en sus labros furor apoléo.
Con albo ropaie de venusto arreo
celícolas formas apuesta cobría,
y en rica sandália de grand perlería
lievava en pressiones el pié virginéo.

VI

EL RAÇONAMIENTO QUE FIÇO THALIA

Catóme, é su lyra dulçísona acalla,
é á par la melíflua cantiga refrena;
é mansa fablando con fabla serena,
paróse atal dende ques gloria miralla.
É dixo: «Non tremas, ca non á batalla,
mas eres á fiesta plasçible invocado
qu'escripta en antigo, prestante dictado,
tan noble é sabrosa jamás non se falla.

VII

«Yo só, consiguiera, la virgo Thalia
é desta fontana la sçénica sçiençia
é la terençiana, plautina eloqüençia
manantes refluyen con grand dulçedía.
Aquí Melpomene, de régia valía
resçibe holocasto é dá sus favores,
é onoran yoglares é gayos dottores
á entramas, é sirven en leda porfia.

VIII

»Al valle, dó posas, é linda ribera
los altos engenios, faciendo iornada,
conquieren ganosos contina morada,
do viven contentos en grata manera.
É allí donde el lauro, sobiente al esphera,
Del Cancro estivoso las pommas absconde
s'amuestra el palaçio luçífero, donde
el pletro é la lyra les dó falaguera.

IX

»Alli la mi hermana, dexado el atuendo
é son lagrimable de trágica haçanya,
á risso graçioso convierte la sanya
é cándidos linos se mira trayendo.
Del çiego thebano el fado tremendo,
las yras minaçes del pérffido Atrida
alli iuvilosa non menos olvida
qu'al divo furente, en flamas muriendo.

X

«Alli de Castilla polidos cantores,
alli galleçianos, alli valentinos,
si quier beticanos, siquier limosinos,
diçiendo s'esfuerçan sus veros amores.
Mas oy, con guirnaldas d'odíferas flores,
en ál conssistorio que non tolosano
coronan al dotto varon vandaliano,
que en Mantua les façe merçedes é onores.

XI

»El ánimo ardido sublima, é la mente
alimpia de todas mundanas querellas:
non sigas dubdoso, mas ledo, mis fuellas
é sey de vittoria, é amor meresçiente.»
Fabló é de finoios, á ley de serviente:
«Diossesa, respondo, la luz d'atal visso
non piensso m'adudga, sinon paraysso:
d'entrar en la vía yo so bienqueriente.»

XII

COMPARACION

Movióse; é qual blanca columba ligera
que dobla los prados en somo las flores,

asy retornando, con piés voladores
lievóse al alcáçar, do rige é do impera.
É yo, segudando su propría carrera,
de célico esprito el cor inflamado,
delante las puertas del templo enviolado
falléme por arte, que non entendiera.

XIII

LA DESCRIPÇION DEL TEMPLO

Estonçe las puertas sus pernos giraron
é olientes sahumerios el ámbito exhala,
é asçiende la Dea por fúlgida escala
que Phydia é Lessipo su alteça invidiaron.
En ella escolpidos allí se miraron
en tablas prolixas de nítido argento
los triunphos d'aquellos quel trágico açento
é cómica sçiençia poetal reçeptaron.

XIV

Allí la claverna d'Euripide escura
é las Eumenídes yradas d'Eschylo;
allí Aristophâne con sátyro estilo
la oliva aquiestando, que pró le segura.
Allí de Menandro la noble fegura,
al peno Terençio non poco presçiada;
allí del Annéo la toga onorada,
que Nero aviltando, con sangre purpura.

XV

Dexada el escala, non punto aquedando,
quebraron mis oios tan reçia fulgor
que vuelto á la Dea con sancto themor:
«¡Valetme, diosessa! clamé balbuçando.»

La cándida Virgo, magüer sonrissando,
tangió con su diestra mi pecho curosa,
é dixo: — «La flama, que vees luminosa,
ardió luengos siglos, el tiempo sobrando.

XVI

«D'aquesta resurge vivaçe sçentella
febal, que la mente del ome deiffica;
por esta su engenio moral clariffica
é viven Petrarcha é Dante por ella.
Del ánima tira las cuytas, é sella
el labro temiente, é vençe discreto
el alto vestiblo del templo perfetto.»
Çessó é alongóse fugaz la donçella.

XVII

É yo, magüer fuera non poco tremente,
passé las colupnas porphíricas netas,
é ví las hermanas, qual albos planetas,
si el supero cielo s'amuestra riyente.
Empero ¿qué lengua será que recuente,
magüer que d'Omero, nin vergilïana,
aquel grand miraglo de gloria mundana
que fué á los mis oios estonçe pressente?

XVIII

Non fablen poetas del rubro Tymbreo
de Delpho é Parnasso en sus festivales,
nin digan de Çipro semblanças atales;
ca yo las sus fablas mintrosas non creo.
Non fable el que canta al fí de Peleo
del Jóve Tonante, nin su conssistorio;
ca ya á mis sentidos es fecho notorio
ser todo escureça é missero arreo.

XIX

Çient puertas erenas el ámbito abrian
é cient é cient lámpras con vívida lumbre
d'arábiga alfarge, biçançia techumbre
en áscuas de oro é tennas pendian.
Los muros, robando sus flamas, fengian
de cient é cient otras estançias los sennos:
atanto brillaban en ricos disennos
rubís é tupaças, que á par los cobrian.

XX

DE CÓMO ERAN LAS DEESSAS, É LOS YOGLARES CABE ELLAS

En medio al estrado, segun lo memoro,
en gradas peramplas un trono s'erguia,
do vide asentada fermosa Thalia,
tambien Melpomene con çelso decoro.
Jamás humanales atanto thesoro
d'amor é belleça non judgo açertaron
nin piensso qu'en Ida asy s'amostraron
las tres disputantes fadal pomma d'oro.

XXI

É alli cabel trono que séricos pannyos
valoran, s'offresçen en sendas cadiras,
trayendo en sus manos las çedras é lyras,
yberios yoglares, ca non los estrannyos.
É todos, membrantes los cruos sosannyos
dèl mundo terreno, allí commidian
la onra é valençia que ya resçebían,
trás luenga olvidança d'innúmeros annyos.

XXII

DE CÓMO VINIERON EN EL PALAÇIO LOS YOGLARES É COMPARSA DEL VARON DE VANDALIA

En tanto s'oyeron plaçientes los sones
de rotas, dulçemas, rabés é orabines,
é blanda axabeba é assaz tamborines,
mandurrias, galipes, laud é albogones.
É á par s'escucharon donosas canciones
que atildan é asonan antigos versetes,
é todas afinan en lindos motetes,
que fembras repiten trás duchos garçones.

XXIII

É luego en dos rencles miré devisados
entrar los donçeles é tiernas donçellas,
si aquestos garridos, mas lindas aquellas,
é todos de lilios ansy coronados.
Con grave talante en pós reposados
estrénuos varones probectos venian,
é en cabo tres otros, que en medio aduçian
aquel vandaliano, non poco honorados.

XXIV

Un tanto çagueros lievavan dos pages,
cobierta en veludo, marphírica silla,
do escripto con letras solgémicas brilla
en orla, que çierran cresçidos balages:
«*Al ome, que rompa las fuscos ombrages*
»*quel sçénico lauro han oy en viltança,*
»*poetas d'Espanya en dulçe folgança*
»*farán otro tiempo los sus omenages.*»

XXV

É luego, trayente en rica bandeia,
un libro artizado d'extremas lavores,
é á par dos guirlandas de lauro é de flores,
mis oios miraron donosa pareia.
É al postre, non poco riyente é sobeia,
é alueñe de toda moral tribulança,
noté de yoglares la prole é criança
que á çambra é á fiesta febal s'apareia.

XXVI

FABLA JOHAN DEL ENZINA

Delante las gradas del trono aquedados,
fablára el postrero d'aquellos varones,
é ansy commidiendo sus veras raçones,
dixiera á las musas, los cantos dexados:
« Plaçientes disessas, que á los fortunados
engenios mostrastes la parla divina,
yo só, bien sabedes, Johan del Enzina,
aquel que vos dixo campestres dictados.

XXVII

»É non de mis rimos agora contiendo,
magüer que entre reyes ovieron valençia;
ca prez de más loa é más esçellençia,
a gloria d'aquestos cabdillos, atiendo.
Por ende á la vuestra virtut acomiendo
querades graçiosas á dulce sonrisso
mostrar enclinado el çélico visso,
las preçes poetales por buenas aviendo.

XXVIII

FABLA TORRES NAHARRO

«É yo que en el mundo con ánima alerta
la cómica fama busqué fasta Arcadia,
é ví congoxado de mi PROPALADIA
á lodo é á canto çerrada la güerta;
pues ya rebatida l'antiga reffierta,
el triunpho triunphante es fecho çercano,
ansy vos soplico, é non más displano,
que al iúbilo abrades beninas la puerta.»

XXIX

FABLA LOPE DE RUEDA

«É yo que non piensso ser onra el reposo,
si en humil folgança s'espende la vida,
merçed vos demando: façetla complida,
non más detardando el premio glorioso.
É avet rememdrança quel mí DELEITOSO
serviendo á discretos é dottos de guía,
feçiera en Castilla la scénica vía:
por tanto del triunpho me siento curoso.»

XXX

FABLA EL MAESTRO OLIVA

«É yo que los duelos d'Ecuba llorando
vistiera el primero tragérico arreo,
é fice vengado al fijo d'Atreo,
la humana dottrina non menos mostrando, —
á nombre é por fama del cénico vando,
vos ruego, diosessas, tal onra acordedes,
é al fijo d'Yspális en graçia catedes,
que al templo troximos, su pró non dubdando.»

XXXI

FABLA MELPOMENE

«O sabios, discretos (fabló Melpomene),
é tú que, seguiendo mi fuero é mi ley,
onraste en Espanya la cómica grey,
goçat la ventura quel fado previene.
É non este dia el planto resuene,
nin ál omenage de lucto se faga;
mas solo el contento, quel pecho falaga
de pulchra Thalia, el ámbito llene.

XXXII

»É vos los sçientes quel lauro evieterno
ceñides, mostratvos tambien gasajados;
é aquel que en el mundo vos fiço onorados,
avet de su triunpho complido govierno.
É tú, charo Lope, sempático é tierno,
florida guirlanda assienta á su frente;
é tú, buen Moreto, de lengua eloqüente,
el libro le otorga del bien sempiterno.

XXXIII

»Mas tú, el de la Barca, quel çeptro é la gloria
robásteme un tiempo, non ál que á Thalia
é oviste en la sçena total sennyoria,
del griego sobrando la palma é memoria;
el fúlgido lauro que vence la estoria,
ansy l'acomienda é fido lo goarde:
fagades por ende el mérito alarde,
diçiendo en cantares la clara vittoria.»

XXXIV

Cessó é dulce choro de vírgines luego
finchó de melíflua, plasçible armonía

el templo, que al éco ferido, tremia:
atanto arresçiava el délico fuego!...
Mas pero cobrado en prompto el sosiego,
los tres coronantes sus sedes dexaron,
e al fí de Vandalia aprés assentaron
en essa cadira del cúmico juego.

XXXV

FABLA LOPE DE VEGA

E Lope catandol' con faz grata é leda,
prorompe: « Pues díeste, sotíl Vandaliano,
al fijo de Espanya la prez de tu mano,
que gálica usança, sin ley, le devieda, —
al ruego d'Oliva, de Torres é Rueda
non poco plaçiente, tu amor gualardono,
é á par onorado, tus sienes corono
de flores, do luçe virtut é s'ospeda.»

XXXVI

FABLA MORETO

«Si el divo mandado non poco m'enclina,
non menos me vençe assaz bienquerençia;
é ansy en las tus manos, varon d'esçellençia,
el libro sagrado mi diestra declina.
En él se reguardan de sçiencia divina
los veros, sublimes, perennes secretos;
é aquel que sus leyes serváre é decretos,
á vida turable de gloria camina.

XXXVII

»En él priso Lope perínclita fama
é dél sus deciplos la luz resçebieron;

por el Tirso é Rojas é atantos sentieron
cresçer en sus pechos la délphica flama.
Pues tú, que la virgo Melpomene adama
á par de Thalia, goardallo deprende,
é vey quél es árbor de vida, é deffiende
que alguno mancille nin foja nin rama. »

XXXVIII

FABLA CALDERON

«É ya que en tus manos, qual noble turquessa,
do çendra el engenio su esprito, se mira;
d'aquellos que asonan la cómica lyra,
resçíbalo el dino, si atal se conffiessa.
É aprés este lauro, que nunca non çessa
brillando con gloria d'eterna aturança,
porné só tu egide, é guay que aviltança
d'invidia dolosa, su luz faga lessa.»

XXXIX

COMPARACION

Non tanto los penos é Dido amorosa,
narrante el Eneas sus cuytas, callaron,
qual todos aquellos á par s'aquedaron,
mostrando en los vissos el ánsia dubdosa.
Estonçe, fablando con parla donosa
el ya coronado varon Vandalino,
ansy á los yoglares vivientes previno,
que çercan la ebúrnea cadira radiosa.

XL

FABLA EL VARON DE VANDALIA

«O vos, que al Parnasso facedes la vía
é sodes d'Apolo plaçer é esperança:

tirat ya del pecho la ontosa homildança,
pues vedes comiença clarífico dia.
Aquestos luçeros de toda poesía,
qu'onoran l'Espanya, es bien qu'onoredes;
é ricos thesoros fallar non dubdedes,
sus obras catando de gaya maestría.

XLI

«Aqui las sus leyes, aqui los sus fueros,
aqui los precettos del arte divino:
asçienda é recepte la onor el más dino
é el libro condese por siglos enteros.
Asçienda, é poetas qu'alleguen postreros
ansy de sus manos tambien lo resçiban,
é leyes é fueros incólumes vivan,
de prez é de gloria qual amplos senderos.»

XLII

Fabló, é non tardando con passo acuçioso
garrido é apuesto donçel s'adelanta,
non menos ganoso de prez é onra atanta,
qu'Apolo fué en Lydia del lauro glorioso.
É assiendo en su diestra el don misterioso:
«Non cudes (aclama) que venga en mançilla.»
É luego á las deas un tanto s'omilla
é torna á los vivos yoglares goçoso.

XLIII

Empero más cedo que lança el tronido
la nuve, del rayo de Jóve tocada,
d'aquella cohorte, non bien affrenada,
salió terresçiente é fondo bramido.
É cada qual dende, á sanya movido,
del libro pretende façer salva prea;

e ansy recresçiendo la crua pelea,
cayó foja á foja desfecho é rompido.

XLIV

FYNIDA

Éstonçe, tremiendo los firmes çimientos
del templo, é çessando la lumbre evieterna,
lo vide trocado en fusca claverna,
do sólo vestiglos se nuçen violentos.
É yo congoxoso, d'atales lamentos
fuyr assayando, dispierto me vide;
desçifre el ensuenyo quien desto se cuyde;
ca non lo displanan los mis documentos.

1851.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA TOMASA ANDRÉS

ESPOSA DEL EMINENTE POETA DRAMÁTICO

DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

APÓLOGO

Al mármol Fídias, con cincel divino,
traslada de Cytéres la figura,
y atesorar procura
su ingenio peregrino
cuantas gracias ostenta la hermosura.

Á su airosa cintura
dió lo flexible de la esbelta palma:
del cristal trasparente
dió al pecho lo turgente,
y robó para el cuello,
suavidad y blancura al cisne bello.

Puso en la dulce boca
los corales y perlas del Oriente,
y en su mejilla derramó impaciente
grana y leche no poca.

Mas al llegar á la elevada frente,
para imprimir en ella
del cándido pudor la amable huella;
al poner en los ojos hechiceros
de la virtud el sobrehumano brillo, —
su corazon sencillo
tembló, y su docta mano,
trayendo á la memoria
las redes de Vulcano,
y de Alectrion la malhadada historia.

Sin pudor y virtud es la hermosura
luz sin fulgor, Tomasa:
que si un momento el corazon abrasa,
otro no más, en la memoria dura.

Febrero de 1848.

PALIMPSESTO

COMIENÇA LA MUY SOTIL

ET MUCHO ONRADA ET MUCHO COMPLIDA PROPHEÇIA D'ESPAÑA, FECHA ET ORDENADA CON DIVINAL INSPIRATION POR EL NOBLE ET GRAND SABIDOR DON MERLIN DE BRETAÑA; ET VA PUESTA EN METROS DE MAESTRIA REAL ET ESCANDIDA POR ARTE COMUNA.

Merlin fablára d'España
et dixo esta propheçia,
estando en la su Bretaña,
á un maestro, que ende avia.
Don Anton era llamado
el maestro que vos digo,
sabidor et muy letrado,
de don Merlin mucho amigo.
Este mesmo sabidor
ansy le fué preguntar:
— Don Merlin, por el mi amor,
sepádesme declarar
la propheçia d'España;
ca yo querria saber
por vos alguna façaña
de lo que se há de faser. —
Merlin, sabidor sotil
dixo luego esta raçon:
— Tresçientos años et mil
aprés de la Incarnaçion,
los ochenta complirá
la Era de esta façaña;

la mar fonda passará
de bestias muy grand compaña.
Et muchas priesas sin falla
contesçerán veramente,
et será resçia batalla
en las tierras de Poniente.
Regnará un Leon Coronado
en la su linde postrera,
et fuerte et apoderado
de mucha gente guerrera.
Sabidor et de raçon,
vevirá contíno en lucha,
muy bravo de coraçon
et con fée çendrada et mucha.
Estante el Sol á Oçidente,
en tiempo deste Leon
regnará un Leon Dormiente,
muy manso de coraçon.
Et el Leon Coronado
que en este tiempo regnar,
será sin amor reptado
del Puerco d'allend el mar.
Et sallir s'ha el Puerco-Espin,
señor de la grand espada,
de tierras de Ben-Marin
con mucha fiera mesnada.
Et con sus perros marinos
aguas fondas sobrará:
montes cobrirá et caminos;
en la España aportará.
Passará por Ponte-Seca
grand poder á maravilla;
et con los fijos de Meca
çercará chripstiana villa.

Puerto es noble d'aquend mar
en tierras de la Frontera:
vernále el Drago ayudar
que ama la çevil Ramera.
Todos ŷ se ayuntarán
con el Puerco apoderado:
estas nuevas liegarán
luego al Leon Coronado.
Et dando fuerte bramido,
de esprito armará su gente;
et oyendo el apellido,
despertará el Leon Dormiente.
Los leones s'abraçarán
amos con muy grand plaser;
al Estrecho amos vernán,
cobdiçiosos de vençer.
Et el Puerco ŷ arriscado,
non saldrá de la montaña;
et el Leon Coronado
bramará con muy grand saña.
Et las sus haces veriles,
liz de muerte trabarán,
et del Puerco et de sus viles
muchos bestias matarán.
Et por oteros et breñas
cabdellando sus criasones,
guardando sus nobles señas,
yrán entramos leones.
El Dormiente arrancará
al Dragon de la Ramera:
el Coronado fará
façaña muy verdadera.
El Puerco será vençido:
mas pero fuirá de muerte:

será á Marruecos volvido
con muy grand desonra fuerte.
La su Espada perderá
que fué siempre nosblesçida,
et nunca la cobrará
por tiempos de la su vida.
A la su Cova gentil
tornará el bravo Leon,
et con esprito sotíl
dará leys á su criason.
Et d'otro Leon Sapiente
avrá la sabidoría,
et el don, quel'dió el Potente
fará vevir noche et dia.
Aprés el Leon finando,
ansy fincará la gente
cuemo finca el pulso, quando
fina el coytado et doliente.
Cient et veynte et quatro años
su tierra en lucto vivrá;
mas pero atales sosaños
Garça Real sobrará.
Et su volar altanero
passará los amplos mares
et só un çeptro señero
avrá los mundos á pares.
En pos, en edad lontaña
nasçerá de su semiente,
por nueva salut d'España,
otra Garça, assaz valiente.
Su nido real, fambriento
oteará negro falcon;
serán su defendimiento
las leys del Sábio Leon.

Dios, que buenos reys mampara,
el su bien fará colmado,
et de la su estirpe clara
dalle há un fijo bienfadado.
Amor, fieldat, lëaltança,
traherále á su cuna en pecha
la comunal alegrança
de su noble grey maltrecha.
El Apostóligo Sancto,
que há las claves de vertut,
lo cobrirá só el su manto
en las fuentes de salut.
Et del Leon poderoso
que al Puerco fizo vençido
prophetando generoso,
pornále el nombre temido.
Nombre que avrá ya la estoria
apostado en tal logar,
que traya á toda memoria
la esperança de goçar.
Fardido, discreto et sábio
á Dios et la ley somiso,
la pas verná de su lábio
al regno, entre sí deviso.
Estonce, Leon rugiente,
fará tremesçer la tierra
et cresçerá la su gente,
dando á entramos mundos guerra.
Et del África en los litos
las sus señas fulgirán,
et con sus moros malditos
de Marruecos morrá el Can.
Et Francia et ansy Bretaña
su amor avrán en ventura;

mas ¡guay! si el Leon s'assaña,
non vevirán en folgura.
Sus naos apoderadas
et sus ferradas galeas
en son triunphal respetadas
yrán por lueñes mareas.
De Dios siempre bienamado,
de las sus gentes bendito,
será en la fuessa llorado
con vero planto enfinito.
Et sus fijos et sus nietos
prez avrán en su labor,
et sabidores et retos
darán á España claror.»

Estas palabras apuestas
del comiençó fastal fin,
ansy cuemo son compuestas,
prophetólas don Merlin.
Non las quiso declarar
aqueste grand sabidor:
oytlas apaladinar,
si dello avedes sabor.
Aquel *Leon Coronado*,
conqueridor sin mansiella,
será Alfonso, el venturado,
rey de Leon et Castiella.
El otro *Leon Dormiente*,
de cor noble et natural,
el rey será de Poniente,
Alfonso de Portogal.
Et el bravo *Puerco-Espin*,
señor de la grand Espada,
será el rey de Ben-Marin

que á Tarifa avrá çercada.
El *Dragon* de la Frontera,
será de Granada el rey;
Granada la grand *Ramera*
que vivrá só falsa ley.
Los bravos *Perros* marinos,
que aportarán en España,
moros serán marroquinos
que ŷ perderán grand compaña.
La *Ponte Seca* del mar
las galeas serán sin falla;
las bestias que han á passar
los que morrán en batalla.
La *Espada* que dix Merlin
que el grand Puerco ŷ perderia,
la onra es de Benamarin
que se ŷ perderá aquel dia.
La *Cova gentil*, que cuento,
será la onrada Castiella;
las Leys, el Ordenamiento
que el Onzeno Alfonso siella.
El *Don*, que avrá luenga vida,
magüer yaga en abandono,
la ley será de Partida,
que á las fembras dará el Trono.
Et la *Garça*, cuya seña
fará tremir á Lusbel,
una Cathólica Dueña,
que avrá su nombre Esabel.
Et l'otra *Garça Real*,
si el su prophetar se funda,
será una Dueña cabdal:
su nombre Esabel segunda.
El su Fijo bienfadado

será don Alfon Dozeno,
que en la pila su afijado
será de Pio Noveno.
Por él la antiga semiella
brotará en qualque façaña;
grand, cuemo Alfon de Castiella
será el Alfonso d'España.

La propheçía conté
et la torné en decir plano:
verla hedes, mia fée,
en linguaje castellano.
Copras de muy buen fablar,
segun dixo don Merlin;
¡plegue á Christus las lievar,
fasta el fin de la su fin!

1857.

Á P...

Fantástica vision, cuya existencia
el alma duda en ilusorio halago;
aérea beldad, cuya gentil presencia
de los sentidos es burla y extrago,
¿qué buscas en la márgen peregrina
del Jalon bullicioso,
donde tenaz batió sus níveas alas,
de espumas coronada, leve ondina?...
No aquí en amante lazo misterioso

vaporosas zagalas
ó voladoras náyades ligeras
cruzando van del valle las umbrías:
de las cálidas aguas en el seno,
no brotan, no, las ninfas placenteras
que borran del dolor huellas impías,
y el túrbio porvenir tornan sereno.
¿Qué buscas, dime, aquí?... Pensaste acaso
de tu lábio templar la fiebre ardiente,
que tu sol juvenil lleva á su ocaso?...
Ah! No! Deten el paso,
y el amigo consejo oye prudente.
Vuelve, vuelve á la playa peregrina
dó viste el sol primero;
y del bético mar al dulce arrullo,
en regalado concha nacarina,
de las tranquilas ondas al murmullo
del hado burlarás el golpe fiero.
Y si de amor certero
hirió ya el corazon la aguda vira,
allí, do el pecho á su dolor abriste,
y arder le contemplaste en dulce pira,
torne á encontrar el triste,
cual cisne, que su fin cercano mira,
el canto meláncolico y sombrío
que sólo amor en su éxtasis inspira,
y el alma inunda en celestial rocío!

1869.

EN LA MUERTE
DE
DON ALBERTO LISTA

ELEGÍA

AL SEÑOR DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

Orla mústio ciprés la lira de oro,
que engalanaba ayer florido acanto
y dulce plectro reanimó sonoro.
Tus megillas inunda acerbo llanto;
y conturbado el lastimoso acento
entre ahogados suspiros muere el canto.
¿Qué insólito dolor así el contento
turba y la paz de tus modestos lares,
que exhalan tristes mísero lamento?...
Lo sé... ¡Lo sé!... Suspenso Manzanares
del sacro Bétis respondió al gemido,
que resonó de Mántua en los hogares.
De amarga pena el corazon henchido,
consuelo en vano demandé á la duda,
que huyó falaz del pecho dolorido.
Se alzó la tempestad; bramó sañuda
y arrebató la antorcha peregrina
vívido luminar de edad tan ruda.
Licio no es ya!... Cual cisne que adivina
su fin y halaga, al espirar, la muerte,
voló su espírtu á la region divina.
¡Oh quién pudiera á la materia inerte
volver la luz que iluminó radiante
del egrégio varon el pecho fuerte!...

De sus lábios manar viera incesante
de verdad y de amor raudal fecundo,
libre la ciencia y la virtud triunfante.
Tú, que abatido, en el dolor profundo
buscas alivio á tu angustiosa pena,
le vieras otra vez pasmo del mundo.
¡Ay! ¡Cuántas veces en la pátria arena
ledo escuché su venerable acento,
que grato en mis oidos aún resuena!...
Ora allí, contemplando el firmamento,
de los brillantes astros sorprendia
alegre, el ignorado movimiento.
Ora cuando de aljófares cubria
el cáliz de la flor la dulce aurora,
de Dios la mano próvida veia.
¿Y olvidas tú la mágia seductora
de su inspirada voz?... ¿Tu mente acaso
tan preciadas lecciones no atesora?...
Las guarda, sí. — Con vacilante paso
seguimos ambos sus lucientes huellas
por la difícil senda del Parnaso.
Fueron por él á nuestros ojos bellas
de Píndaro y de Safo las creaciones:
de Páris y de Atrida las querellas.
Sembrando el exterminio sus legiones,
vimos correr contra el dardanio suelo
de la irritada Grecia los varones.
Ya nos pintó de Príamo el anhelo,
ya de Andrómaca triste la ternura
y el amoroso y cándido desvelo.
De Nestor la elocuencia y la dulzura,
del ingenioso Ulises la osadía,
de Oilëo y de Diomédes la bravura.
Tal vez, triunfando en la fatal porfía,

Héctor aterra al rencoroso griego,
que al mar apenas sus escuadras fía;
tal vez corre el troyano de ira ciego
de Agamenon contra las altas proras,
la diestra armada de vorace fuego;
mas arden ya las fúrias vengadoras
de Aquiles en el pecho, y noche horrenda
de Troya son las fúlgidas auroras.
Héctor sucumbe en la feroz contienda;
y de Patroclo, con glacial espanto,
los frigios miran la expiacion tremenda.
Su faz cubre Ilïon de luto y llanto;
y roto el cáuce, anega la llanura,
henchido de cadáveres, el Xanto. —
Hurtando el rostro á tanta desventura
invoca Licio al cisne venusino
y su raudo volar seguir procura.—
Al piélago lanzado en frágil pino
su dedo al triste Eneas nos mostraba,
envuelto en espantable torbellino.
Pendiente al hombro la sonante aljaba,
de Citéres la diosa aparecia
que de Cartago al puerto le guiaba.
La hermosa Dido allí resplandecia,
que á los héroes venciendo en gentileza,
al africano mar freno ponia;
mas su ingénito aliento y su braveza
de amor postrados á la ardiente llama,
su fé rindió al troyano y su belleza.
Inextinguible afan su pecho inflama;
y sumergida en dulce desvarío,
olvida su virtud y heróica fama.
Falaz é ingrato el extranjero impío
vierte en su corazon letal veneno,

y corre al mar con desusado brío.
¡Dido infeliz!... En su turgente seno
el perjurio castiga del troyano,
y ruge al espirar, cual sordo trueno. —
La dulce voz del vate mantuano
Licio acallaba, y el terrible acento,
mudos oimos del cantor toscano.
Suspensa el alma, el pecho sin aliento,
fuimos trás él á la *ciudad doliente*
do el *eternal dolor* fijó su asiento.
Apagada del sol la lumbre ardiente,
allí sólo el veneno se respira
que vida infunde á la *perdida gente.*
Palabras de impiedad, acentos de ira
do quier el aire emponzoñado atruenan,
mil lenguas agitando la mentira.
Las precitas gargantas encadenan
punzantes hierros, y á los túrbios ojos
sombras sin fin á oscuridad condenan.
De infanda llama míseros despojos,
de Rímini encontramos los amantes,
sus dichas recordando y sus enojos.
Entre las fieras turbas blasfemantes,
cebado en la venganza y de contino
renaciendo sus ánsias devorantes,—
llenos de asombro, hallamos á Ugolino
que, al contar de su muerte los horrores,
brama, como irritado torbellino.
De Reggio y de Sorrento á los cantores
Licio con noble afan ledo seguia,
gozando de Petrarca en los amores.
Radiante de entusiasmo y de alegría,
los altos himnos repitió de Herrera,
y el son marcial el pecho extremecia.

Fulguró de Lepanto la bandera,
y á nuestra vista alzóse la victoria,
tragando el mar á la morisma fiera.
Mas ¡ay! De aciago dia la memoria
el corazon helaba, contemplando
de Lusitania la sangrienta historia.
La faz serena al cielo levantando,
del vate celestial la dulce huella
nos iba Licio con placer mostrando:
ora de eterna paz la imágen bella,
ora del campo ameno la frescura,
do libre y pura la virtud destella.
Bañado en melancólica dulzura,
vió del sacro pastor la faz divina,
entre nubes velada su hermosura.
De Itálica al llorar la gran ruïna,
emuló de Rodrigo el ardimiento
y envidiamos su mágia peregrina.
Cobrando Licio desusado aliento,
al modular sus himnos seductores,
así exclamaba con sublime acento:
— «Bajo el nítido cáliz de sus flores
no encontrareis jamás sierpe escondida,
ni el néctar mundanal de los amores.
» Brota en sus lábios bálsamo de vida:
sólo de la verdad rinde en las aras
sencilla ofrenda á la virtud debida.
» Seguid las que trazó sendas preclaras;
y en modesto vivir, vuestra alma alumbre
la pura antorcha de sus luces raras.»
Decía, y de sus ojos viva lumbre
brotaba, y del Parnaso en la pendiente,
su dedo nos mostró la excelsa cumbre.
Despues, volviendo la sagrada frente

« Mirad !... » — exclama; y descubrió su mano
coronas mil de láuro floreciente.
Allí de Lope el génio sobrehumano,
del fácil Tirso la picante vena,
de Calderon el estro soberano.
Entre aplausos sin fin su voz resuena;
y altiva raza de la tumba evoca,
que entrambos mundos con sus glorias llena.
Lope el valor y la lealtad invoca,
y acaso Tirso en tan heróico empeño
ilustres sombras con valor convoca.
Génio inmortal, de los espacios dueño,
se eleva Calderon á la alta esfera,
y enseña al hombre que *la vida es sueño*.
Rojas tambien en la triunfal carrera,
ya el coturno tomando, ya el pellico,
alza su frente, con el láuro fiera.
De extrañas galas y presëas rico,
dice, al teger Moreto su corona:
« La ajena gloria en mi loor duplico. »
El modesto Alarcon gozoso entona
himnos de amor á la virtud sencilla
y sus callados triunfos ambiciona.
Ora al procaz y al mentiroso humilla;
ora premia al leal y al esforzado,
sembrando alegre la feraz semilla.
De tan pura doctrina adverso el hado
secó ¡oh dolor! la deleitosa fuente,
y fué silencio su murmurio amado.
Licio no es ya!... Ni de su lábio ardiente
saber y amor para nosotros mana...
Murió la luz de nuestro claro Oriente!
¿Á dónde ya, como en la edad temprana,
nuestra tímida ofrenda llevaremos,

ni quién la acogerá?... ¡Quimera vana!...
Ni altar ni sacerdote encontraremos;
y del mar, en las olas furibundas,
nuestra pobre barquilla irá sin remos!
No el rostro en balde con el llanto inundas:
de mis ojos tambien amargo brota...
Lágrimas de dolor, siempre infecundas!
Mas ¡ay! al cabo el manantial se agota;
y, en estupor profundo sumergido,
la fiera angustia el corazon embota.
Ni áun me fué por el cielo concedido
su frente coronar de tiernas flores,
ni el postrimer adios darle afligido!
Tú más feliz, los últimos albores
gozaste de la luz que el mundo admira,
áun muertos ya sus vívidos fulgores.
Cual tierno padre, que tranquilo espira,
dando á sus hijos sin igual tesoro,
puso en tus manos la envidiada lira.
Sagrada herencia!... Ni de Ofír el oro,
ni la ambicion, ni el vano poderío
conquistarla podrán, en su desdoro.
Guárdala tú del huracan impío,
que ruge en derredor de nuestra frente
y los robles al par troncha bravío!
Guárdala, amigo!... Y al rayar fulgente
del alma paz el dia venturoso,
corónala de mirto floreciente!...
Y cuando llegues triste y respetoso
del gran Licio á la tumba solitaria,
tege una flor á su laurel frondoso
y tributa en mi nombre una plegaria!

1849.

CUERPO Y ÁLMA

I

Anhela el *Cuerpo* en la vida
el bien, henchido de enojos,
mientras punzantes abrojos
huella con sangriento pié.
De incierto amor combatida,
boga en negro mar el *Alma*,
y en balde espera la calma
que le prometió la Fé.

II

Cuerpo y *Alma* van cruzando
el valle y el mar del mundo;
y en desacuerdo profundo
doblan el mútuo dolor.
El *Cuerpo* al *Alma* burlando,
el mundanal bien adora:
el *Alma* perdido llora
su puro y primer amor.

III

Trabado horrible combate,
lucha sin trégua predice:
mientras el *Cuerpo* maldice,
se oye al *Alma* bendecir.
Al *Cuerpo* el dolor abate;
al *Alma* el dolor sublima:
uno al barro se aproxima;
otra eterna ha de lucir!

IV

Deshechos al fin los lazos
que unen al *Cuerpo* la vida,
busca el *Alma* otra guarida;
porque el existir no es ya.
De un ángel vuela en los brazos,
de llanto libre y de pena;
y á otra region más serena
trás la eterna dicha va.

V

Helado, cual tronco inerte,
sin habla en la inmoble lengua,
pregona el *Cuerpo* la mengua
de su efímera altivez.
Tocó el ángel de la muerte
su faz con fulmínea espada,
y resolvióse en la nada
su mísera desnudez.

VI

Cuán felice tiende el vuelo
el *Alma*, pues que se lanza
en busca de la esperanza
de la infinita virtud!... .
Cuán felice, pues el cielo
en trueque de sus dolores,
brinda á sus puros amores
perdurable beatitud!...

Mayo de 1865.

EN EL ÁLBUM
DE LA
MARQUESA DE RIANZUELA

Pediste ¡oh Paula bella!
placientes sones á mi triste lira;
pero ¡ay! vana querella!
Porque agudo pesar sus cuerdas sella:
sólo el dolor la inspira.

—

Ni ¿cómo á tantas flores
que tus divinas sienes coronaron
con vívidos fulgores,
unir podré la flor de los dolores,
que lágrimas regaron?

—

No, Paula, no: perdona,
si,—cuando amarga pena el pecho oprime,
y en él feroz se encona,—
no llevo yo una flor á tu corona:
duélete del que gime.

—

Duélete; y tu clemencia
bálsamo dulce ofrezca al pecho mio:
fuera ¡oh Paula! demencia
que aspirase de amor la pura esencia
un corazon vacío!

—

Tu mano generosa
temple de mi destino el rudo enojo:
y tal vez más hermosa,
á brotar tornará la blanca rosa
del punzador abrojo!

Diciembre de 1864.

Á E...

Cargada de dulce fruto,
en fértil oásis crece
gentil palma,
que sombra dá por tributo
al cuerpo, y próvida ofrece
paz al alma.

—

Á su hospitalario arrimo,
miéntras la copa cimbrea
sutíl viento,
su ponderoso racimo
el viajero saborea
soñoliento.

—

Entre la argentada arena
le halaga plácida fuente
murmurando;
y en su limpia agua serena,
do templar la sed ardiente
le está dando.

—

Sueño plácido y sereno
los ojos del peregrino
blando cierra;
y de mil venturas lleno
mira su largo camino
por la tierra.

—

De sus fatigas pagado,
goza feliz recompensa
satisfecho;

y no imagina el cuitado
que amenaza ruda ofensa
al leal pecho.

—

Mas ¡ay! que á su despertar
la bella ilusion disipa
fiera mano,
y aquel hermoso soñar
los tormentos anticipa
de hado insano.

—

Á deshora el cierzo impío
horrenda fúria desata
rebramando;
y un mar se alza en el vacío,
que como austral catarata
cae tronando.

—

Palma, sombra, fruto y fuente,
no fueron ¡ay! sino espumas
pasajeras:
magas que fingió la mente
en las fantásticas brumas
lisonjeras!

—

Así yo, pobre viajero,
á quien implacable azota
fiero el sino,
sin rumbo y sin derrotero,
voy en débil barca rota
sin destino.

—

De bramadoras tormentas
juguete mísero he sido

noche y dia;
y trás rudas sobrevientas,
piedad de mí no ha tenido
suerte impía!

—

No quieras, — pues que á mis ojos
eres el ángel que guarda
mi ventura, —
sembrar de nuevos abrojos
el pecho, y que estéril arda
mi locura.

—

Al dulce ruego tu mano
cubra mi abrasada frente
pïadosa;
y cual lluvia de verano,
apaga la llama ardiente
que me acosa.

—

Como de pura fontana,
raudal brota cristalino
de ambrosía,
ó como en fresca mañana
el alba néctar divino
nos envía,

—

de tus labios brote y mane
bálsamo de nueva vida
para mí.
Brote y providente sane
la aguda, enconada herida
que sentí.

—

Sálvame! Mas si el dolor
que en mis entrañas se aferra

desdeñares,
sabe que al fiero rigor
me matarán de esta guerra
los pesares!

Arechavaleta 24 de Junio de 1870.

Á LA NIÑA PILAR

EN SUS DIAS

Eres, Pilar, una flor,
que nace en templado Abril,
y con nítido fulgor,
belleza brinda y amor
en el cercado pensil.
Como ella, eternal ventura
con infantil gozo sueñas;
y elevándote á la altura,
de otras ciento la hermosura
engreida acaso desdeñas.
Como ella, gozosa miras
pintada turba bullente,
y con dulce afan suspiras,
y acaso tal vez deliras
su beso ansiando en la frente.
Como ella, cándida ignoras
que trás ese encanto breve
de esperanzas seductoras,
llegan al cabo las horas
del duelo y del llanto aleve.
Que trás dulce primavera
viene abrasador estío,

para hurtar á la pradera
la frescura placentera
y el germinador rocío.
Y al soplar del Aquilon,
hoja trás hoja perdida,
cae la flor del corazon,
muerta la humana ilusion
en la aridez de la vida.
Antes que el fatal reflejo
luzca de esa triste hora,
oye, Pilar, el consejo
que osa darte un pobre viejo,
de entre los mil que atesora:
Si en esta humana partida
gozar anhelas la luz
con que el cielo te convida,
advierte que es esta vida
sólo una mísera cruz.
Mas quien se humilla con ella,
mucho, al cabo, se enaltece:
que es la belleza más bella,
Pilar, solamente aquella
que en la virtud nace y crece.
Y pues el cielo te dió
la peregrina hermosura,
que tu rostro quilató,
y en tu frente derramó
la inocencia casta y pura,—
en la primer alborada
de esa vida placentera,
donde ahora todo te agrada,
no olvides, niña adorada,
que tambien tu cruz te espera.

1873.

Á UNA AMIGA

Pídesme, querida amiga,
que el dia de nuestro santo,
dando trégua á la fatiga,
versos, en alegre canto,
mi pobre musa te diga.
Ay! Tan vano es demandar
la humana dicha al dolor,
como imposible quitar
su inmensa llanura al mar
y á los montes su verdor!
Sueñas ¡ay Pepa!... Mis dias
nunca amanecen con luz;
y miéntras dulce porfías
por templar las penas mias,
más pesa esta dura cruz.
Así, en vez de alegre canto,
cual demandó tu cariño,
sufre de un viejo el quebranto
el dia de nuestro santo:
que á fé, tampoco él es niño!
Y pues la suerte enemiga,
que te apartó de tu madre,
tambien á llorar te obliga,
á Dios tu lábio bendiga,
pues que te ha dado otro padre.
Y para colmar la hartura
de su bondad soberana
en tu presente ventura,
te dió además una hermana
que hacerte feliz procura.

¿Qué más codició el anhelo
que tu porvenir halaga?...
Los bienes que te da el cielo,
sólo te piden en paga
ser de gratitud modelo.
Y á fé que esta deuda empeña
al hidalgo corazon:
el que en el bien propio sueña,
jamás con torpe ambicion
el ajeno hacer desdeña.
Paga, pues, dicha por dicha;
y obrando así, no receles
de tu ventura predicha,
ni que en tu pecho las hieles
broten ya de la desdicha.
Tal porvenir te desea
el dia de nuestro santo,
quien su triste musa emplea
en el afligido canto
que sus dolores recrea.

19 Marzo de 1875.

LUZ Y SOMBRA

LUZ

I

Tege la vida lazo de rosas;
brilla en el cielo puro arrebol:
frescas mañanas, tardes hermosas
de oro y de grana matiza el sol.

Sueños de gloria, perenne encanto
brindan al alma, y huye el dolor,
y el seno inunda placer sin llanto:
hierve en las venas grato dulzor.
Hierve en las venas
el fuego santo
del puro amor.

II

Corre la vida cual manso rio
que al valle ofrece tíbio frescor:
ni crudo invierno, ni ardiente estío,
hiela los campos, seca la flor.
Dulces arenas el lábio aspira;
la mente embarga grato estupor:
absorta el alma los goces mira,
que allá en el cielo brinda el Creador.
Como en el cielo,
siente y suspira
con puro amor.

SOMBRA

I

Mas truena airada feroz tormenta:
el alba pierde puro arrebol,
la parda noche su luto aumenta:
de oro sus rayos oculta el sol.
Tétricos sueños el pecho asaltan:
el alma oprime fiero dolor...
Lágrimas tristes el rostro esmaltan:
arden las venas con rudo hervor.
Arden las venas...
las dichas faltan
del puro amor.

II

No es ya la vida cual manso rio,
que al valle ofrece tíbio frescor:
invierno crudo, voraz estío
hiela los campos, seca la flor.
Letales áuras el lábio aspira,
la mente embarga triste estupor;
perdido el alma su encanto mira;
de horrible infierno siente el dolor.
De horrible infierno
fuego respira,
quien tiene el alma
seca al amor.

1874.

JESÚS PERDIDO

Arde Jerusalem en fuego santo,
y en su anchuroso templo se congrega:
al trono de Jhowáh sumiso canto
entre nubes de incienso ondeante llega.
No ya Sïon al lastimero llanto
desnuda y sola en su dolor se entrega:
que en medio á los bullentes regocijos
lleva al seno feliz sus caros hijos.

Mezclados con la alegre muchedumbre
ostenta Nazareth sus moradores,
que trepan de Sïon la mansa cumbre,
al derramar la aurora sus fulgores.

Brilla en sus rostros religiosa lumbre,
coronan sus doncellas gayas flores,
y hermosa más que todas, se adelanta
modesta Vírgen con segura planta.
La hija es de David: su anciano esposo,
de puro amor y de ternura lleno,
con solícito afan la sigue ansioso
en tardo paso y ademan sereno.
De parecer gentil, como ella hermoso,
al lloro amargo y al pesar ajeno,
tierno garzon á entrambos acompaña,
cuya faz de dos lustros el sol baña.
Ya en los inmensos átrios se difunde
el pueblo de Israël, que en almo coro
mil y mil voces de placer confunde,
al humear la mirra y sicomoro.
Profunda admiracion súbito cunde:
cesan los cantos y las arpas de oro;
y en las doradas cimbrias resplandece
llama fugaz que al punto desparece.
Y fué que el templo saludó María,
en él entrando con Jesús divino,
quien ya en sus tiernas manos sostenia
lo porvenir del mundo y su destino.
Sencilla ofrenda á tributar venía
al Dios de Sabaot, que el matutino
aljófar en la flor ora derrama,
y ora entre rayos y aquilones brama.
Lució tres veces la risueña aurora,
y tres veces el templo sacrosanto
pobló Israël de música sonora,
blancas novillas ofreciendo en tanto.
Calló por fin la turba bullidora;
y de Betlem el patriarca santo,

apagado el incienso en los altares,
gozoso torna á los desiertos lares.
Mas el umbral Joseph traspasa apénas,
de muchedumbre innumerable opreso,
cuando acerbo dolor hiere sus venas
y agobia el corazon terrible peso.
Busca á Jesús, encanto de sus penas,
de grupos mil en el tumulto espeso;
é inútil viendo al cabo su porfía,
clava los ojos tristes en María.
Y aquella melancólica mirada,
de virginal amor rico tributo,
al alma cubre de la esposa amada,
de sorpresa mortal, de angustia y luto.
Muda su lengua, por la pena ahogada,
su corazon al llanto queda enjuto;
mas roto al fin el férvido venero,
así prorumpe en éco lastimero:
—«¿Dónde la luz está del alma mia?
¿Dó el Hijo caro de mi amor se esconde?»
Y en tan mísero afan y angustia impía,
con hondo sollozar Joseph responde.
La faz al cielo levantó María:
—«¡Padre, padre eternal, decidme dónde!»
entre suspiros mil doliente exclama,
y al ausente Jesús ansiosa llama.
Cual tórtola infeliz que al blando nido
vuelve amorosa con creciente anhelo,
y el fruto de su amor halla perdido,
y en vez de gozo, amargo desconsuelo;
y, exhalando del pecho hondo quejido,
acusa triste, en su dolor al cielo,
y al vago espacio, que asombrada mide,
con incansable afan sus hijos pide,—

tal de Jesús la Madre Inmaculada
vuelve á Sïon el paso vacilante,
y entre la inmensa turba, acongojada,
llorosa busca su perdido Infante.
Corre do quier; do quier atribulada
lanza en vano gemido penetrante:
que su justo dolor nadie comprende,
y á la gozosa muchedumbre ofende.

Y alguna madre que al regazo oprime
con vivo afan el cariñoso hijuelo,
tal vez, al verla, compasiva gime,
y dar anhela á su afliccion consuelo.
Mas ponderando su dolor sublime,
pesarosa la frente eleva al cielo;
y entre caricias y amorosos lazos,
trémula al hijo estrecha entre sus brazos.

—«¡Madres de bendicion!—la Vírgen clama;
Decidme, ¿qué dolor iguala al mio?
¿Quién en vano cual yo, triste derrama
de acerbo llanto inagotable rio?
La aguda pena que mi pecho inflama
mirad ¡oh ancianos! con semblante pío!
Y vosotras, purísimas doncellas,
cubrid de luto vuestras faces bellas!

»El Hijo dadme que doliente os pido!...
Mirad que el corazon ya desfallece
de tan duro tormento combatido...
y el ánima angustiada languidece! »
Y arrancando del pecho hondo gemido,
entre fieras congojas palidece;
y su frente doblando peregrina,
de su esposo en el seno la reclina.

Mas renaciendo su fatal quebranto,
tres soles su esperanza vió deshecha;

noche y dia vertió mares de llanto,
su pecho hiriendo envenenada flecha.
Procura en balde el Patriarca santo
romper el lazo que su cuello estrecha;
hasta que al fin, postrada en su árduo empeño,
cerró sus ojos zozobrante el sueño.

Y desde el trono del Señor potente,
que el mundo alienta y que los astros guía,
bajó Gabriel en nube refulgente
sobre el pecho agitado de María.
Y —« ¡Alzad! — exclama en tono reverente;
Alzad ¡oh Vírgen! Que Jhowáh me envía
para calmar vuestro dolor prolijo,
tornando al seno amante el dulce Hijo.

»Con vuestro esposo fiel, que al par contemplo
de tristeza mortal el alma henchida,
volved ¡Madre de amor! al sacro templo:
en él encontrareis contento y vida
y de divina ciencia vivo ejemplo.»
Dijo: en la nube se voló encendida;
y dando trégua á su profunda pena,
María despertó de dudas llena.

Y el apacible ensueño recordando,
que su angustiado corazon alienta,
al Patriarca de Betlem, llorando,
su afan, gozosa, entre misterios cuenta.
—« ¡Volemos, pues, al templo venerando!»
dice Joseph, y en su semblante ostenta,
mezclada de inquietud, alegre tinta
que su temor y su esperanza pinta.

Llegan del templo al pórtico sublime;
y trasponiendo la dorada puerta,
María el llanto y el dolor redime,
y al par sus plantas á mover no acierta.

No ya la duda ponzoñosa oprime
el corazon, ni la esperanza incierta
su pecho agita en lucha devorante:
que el rostro eleva de placer radiante.
Y ¡oh celestial portento y maravilla!...
Trás tantos y tan fieros sinsabores,
contempla al Hijo de su amor, que brilla
de la ley revelada entre doctores.
Sentado en medio, en eminente silla,
brotando de su faz vivos fulgores,
divina ciencia de sus lábios mana,
del mundo al disipar la ciencia vana.
Temblando el seno de la Madre, apénas
á contenerse en su efusion alcanza:
que es su placer inmenso, cual sus penas,
y hermosa realidad es su esperanza.
Arden de amor sus virginales venas,
de gozo henchida hácia Jesús se lanza,
y con ferviente anhelo en dulce lazo
le oprime ansiosa en su feliz regazo.
—« ¡Hijo del corazon! ¿Por qué llenaste
mi amante pecho de mortal congoja?
¿Por qué mis alegrias disipaste,
cual tiernas flores huracan deshoja?
Mas cese mi dolor: el llanto baste,
que aún mi mejillas abrasadas moja:
tu padre y yo afligidos te buscamos,
mas junto á tí otra vez la dicha hallamos.»
Así la Vírgen dice; y—« ¡No más lloro!...»
repite cariñoso el Hijo tierno.
—« Guardad, ¡oh dulce Madre! ese tesoro,
para domar las furias del infierno.
Guardadle, miéntras yo sumiso adoro
las santas leyes de mi Padre Eterno.»

Y descendiendo de la alzada silla,
ante la Vírgen y Joseph se humilla.

Agosto 4 de 1847.

RECUERDOS DE BAENA

Sobre una altura escarpada,
cuyo sólo aspecto admira,
por los años respetada,
una poblacion alzada
cual roca del mar, se mira.
Jardin de eterna verdura,
rico en fragancia y colores,
cerca en torno á aquella altura,
que ramillete figura
tejido de hermosas flores.
Villa fuerte y fronteriza,
fué espanto y terror del moro;
y su vega fertiliza
un rio, que se desliza
por entre arenas de oro.
Denegridos torreones
cual marcial corona ostenta:
como otros tantos pregones,
con que á las generaciones
sus timbres de gloria cuenta.
Y allá en la cima, áun en pié,
de su castillo famoso,
que obra del árabe fué,
trocado en jardin el foso,

la fortaleza se ve.
Sus armas ennoblecidas,
triunfantes en cien batallas,
mantienen, allí esculpidas,
cinco cabezas, rendidas
delante de sus murallas.
Y cuentan las tradiciones,
que guardó cautivo, allí
en aquellos torrëones,
como prez de sus varones,
al rey moro Boabdelí.
De veinte pueblos señora,
alza su almenada frente;
y al resplandecer la aurora,
recibe allá triunfadora
los homenajes de Oriente.
Envuelta en niebla sutíl
y celajes de arrebol,
ve á sus plantas bellas mil,
venciendo al florido Abril
y eclipsando al mismo sol.
Las hermosas circasianas
no son á su lado bellas,
ni pueden las georgianas
levantar la frente ufanas
donde la levantan ellas.
Que es tanta su bizarría
y tan gentil su apostura,
que, dando luces al dia,
el encanto y la alegría
difunden con su hermosura.
Sus negros ojos abrasan
y su mirar envenena;
y por do quiera que pasan,

los corazones traspasan
las hermosas de Baena.
Sus lábios de grana son
como encendido capullo;
y es su acento, una cancion,
que conmueve el corazon
con su armonioso murmullo.
Y van siempre recatadas;
porque saben que alucina
el candor de las tapadas:
que no hay glorias más preciadas
que las que el alma adivina.
Pero á través de su velo
un rostro dejan mirar,
que los ángeles del cielo,
si descendieran al suelo,
tuvieran por qué envidiar.
No ostentan en el tocado
ni perfumes ni falsía;
pero tienen vinculado
el gracejo celebrado
de la sal de Andalucía.
No han menester más riqueza
para cautivar de amor,
que su gracia y gentileza:
pues vale más su belleza
que el falso adorno exterior.

1836.

ROMANCES

EL INFANTE DON JUAN MANUEL [1]

(1347)

En la renombrada cuna
de Séneca y de Latron,—
joya que el rey San Fernando
de esclavitud redimió,—
hay un magnífico alcázar
de peregrina labor,
que, al arábigo imitando,
arte cristiano trazó.
Allí, en camarin dorado,
do nunca penetra el sol,
brillan dos blancas bujías
con tembloroso fulgor.
Y por entre ricos paños,
que la heráldica exornó
con alas de águila en plata
y con garras de leon,
sus pálidos rayos cruzan,
que en siniestro resplandor,
el noble semblante bañan
de respetado varon.
Mortal fiebre le aprisiona
en el lecho del dolor;

(1) Nació en Escalona el año de 1282; murió en Córdoba el de 1347.

mortal fiebre, que le avisa
de que ya le llama Dios.
Al lado del lecho, inmoble,
con faz triste, que surcó
amargo llanto abundoso,
se vé un apuesto garzon.
Profundo silencio guardan
há larga pieza los dos:
ambos con pena se miran,
que hay en ambos mucho amor.
Al cabo el anciano prócer
da movimiento á su voz,
y con acento solemne
estas palabras habló:

—Fijo mio don Ferrando,
fijo del mi corazon,
vet que la mi fin se viene
et fincades solo vos!
—Non llorédes,—le replica;—
non llorédes, padre, non;
ca fijo de atales padres
nunca señero fincó.
—Mal juzgádes, mi Ferrando;
ca si aprés de muerto yo,
sódes vos, por ser mi fijo,
quien vádes del rey en pos;
si avrédes vos más vasallos
que otrie natural senyor,
posando en vuessos castiellos
de Múrcia fasta en Gijon,
non curédes, el mi fijo,
que avrédes entera pró,
si non logrades riqueças

de más turable fulgor.
Ansy yo, moço de dias,
quando el mi primo finó
et su mogier et su fijo
puso só el mio pendon,—
asmé que los mis averes
et que la onra y la claror
de los reys, onde vengo,
farían escuro el sol.
Non ovo estonçe en Castiella
ome que más s'argulló;
et magüer que me aviltaba,
tove que ganaba onor.
La reina dona María,
fembra de grant coraçon,
quis' meter só la mi mano...
Non me lo demande Dios!
Fiz guerras, muertes et robos,
como malo mezclador,
et non dí pas á mi rey,
salvo si él non la tractó.
Assaz rico, en la su casa
ove el offiçio mayor,
et los mis algos cresçieron,
et mi argullía cresçió.
Mas pero el buen don Ferrando
fizo passada veloz,
et ¡mal peccado! á Castiella
un ynfante rey fincó.
Don Ferrando, fijo mio,
¡ay! cómmo terresçe al cor
la angoxosa remembrança
de la mi torpe ambiçion!
Muerto el rey, dona María

con los sus fijos tornó,
syn mí, á mamparar el regno:
tóvelo á proprio baldon...
Fiz con los Ynfantes vieios
liga, et m'aclamé tutor;
et labré siellos reales
et dí et tiré syn raçon.
En bolliçios é omeçillos
el regno todo s'ardió;
et luengos anyos las flamas
dieron bermeia color.
Mas, dizlo antiguo retrayre:
consiente et non siempre Dios;
et todo tornóse fumo,
ome fecho el ninyo Alfon.
Coronado, quiso el ceptro
aver á la su sabor;
et por quel' daba çoçobras,
don Johan, el Tuerto, mató.
Yo, mi Ferrando, al roydo
de su muerte, ove pavor:
foý la primer vegada
é alçé contra el rey pendon.
Quandol' sopo, diz que al rey
mudógele la color;
et por averme el su amigo,
mi yerno s'apellidó.
Yol' dí mi fija Constança;
lo demás sabédes vos:
la pas foé guerra de muerte,
que ha syete anyos finó.
Dos vegadas, el mi fijo,
demandé al rey de Aragon,
desnaturado del regno,

mamparança en mi dolor.
Á la fin besé la mano
de qui el dogal m'aprettó:
vet onde el peccado lieva
de soberbiosa ambiçion!
—Padre, el mi padre, essa estoria,
— repuso el noble garzon, —
guardada terné en el pecho,
commo el aver de más pró.
—Sí, don Ferrando: et ¿queredes
saber en la mi aflixion,
onde solaçes fallava?...
Oitme, por el vuesso amor:
Seyendo chico orphaniello,
la mi madre cobdició
criança darme et maneras
de fijo de Emperador.
Latin deprendí, et las artes
de la caça et venaçion:
et fiz *proverbios* et *ergos*
con sotileça et primor.
En los libros que ordenára
mi tio el rey don Alfon,
aprés mi sediento esprito
d'arte atal s'assaboró,
que en escripturas de sábios
de sçiençia et de recreaçion
despendí luengos averes:
non despendí otros meior!
Leŷ en ellas noche y dia,
seyendo atal la mi pró,
que si demandé conseio
ove ansy consolaçion.
Sabieça et sesso adunados

con los anyos, plógo á Dios
que viniesse en mi talante
de façer qualque oraçion.
Escreví, et los sabidores
profaçaron mi labor;
mas pero non me tiraron
de la mi noble entençion.
Ansy, magüer las *Cantigas*
fiçe por delectaçion,
et dí el *Libro de los sábios*
á los más legos que yo;
magüer de *Caça et de Engennos*
tracté, por façer favor
á cavalleros et mílites,
que escarnesçieron el don;
magüer la *Estoria de Espanna*,
á onra del rey Sabidor,
abrevié, et sólo ove en pago
fructo de murmuraçion, —
aviendo grande fiuça
de que á la postre el amor
con que á los omes fablaba
fallase el su gualardon,
fiz *de la Cavallería*
otro *Libro*, et otro en pos,
que al *Escudero* amostrava
las leys d'estado maior.
Á Dios Uno et Trino estonçe
plógo que fuérades vos:
en la cuna, mi Ferrando,
vos dí mi benediction...
Et por que salvos cresçieran
vuessa mente et vuesso cor,
con la mi sçiençia un castiello

entendí labrarvos yo.
Con fin atal y atal cabsa,
fiz el *Conde Lucanor*,
libro sobido en quilates,
magüer de chica faction.
Partido en quatro partidas,
en cada enxemplo vos dó,
para pas et para guerra,
de mucho buen sabidor.
Et veyendo vos conplia
saber de mundo et de cort,
fiçe esso mesmo otro livro
de muy polida invencion.
Fablé en él de todas *Leyes*,
que han los omes para Dios,
et fablé de los *Estados*
del sieglo et de religion.
Pusel' *Livro del Infante:*
guardat su fructo et su flor:
ca saborosos bocados
vos dará en qualque saçon.
Ansy, coibdando que oviesse
sçiençia estorial en vos,
fiçe *Crónica complida*
de Castiella et de Leon.
Aprés, ca vos vino en mientes
de façervos trovador,
de *Leys dèl Trovar* un libro
mi péñola acopiló.
Et mientra daba al castiello,
que vos labraua el mi amor,
muros de fuerte sabieça
et torres de discrepçion;
mientra fenchía el su foso

de prudençia et de pudor,
et barbacana et almenas
sesso avien por blason,
de experençia et temperança
coibdé en el su centro yo
dia y noche fabricarvos
envençible torreon.
De *Castigos et Consejos*,
que ove del mundo traydor,
façervos quis 'un tractado
de vuessa virtud crysol.
Començélo ha luengos anyos,
pues sólo avíades dos:
apellidatle *Enfinido*,
ya que syn cabo fincó.
D'otros livros, mi Ferrando,
en que fallé grand dulçor,
(ansy commo el de *Masquefa*
et el de *Frey don Alfon*),
non es bien que agora os fable,
cuando á pena la mi voz
á darvos senyal alcança
del mi paternal amor!...
—Don Johan, el mi padre amado,
fïar devédes en Dios
et en la su Vírgen Madre
salut et confortaçion.
—Salut sí, fijo del alma,
pero otra salut meior
que la del cuerpo, qués' torna
ya al barro d'onde sallyó!—

Estas palabras el prócer
dijo con tanto dolor,

que á nuevo llanto provocan
al afligido garzon.
Al verlo su tierno padre,
de su pecho quilató
la congoja, y así exclama,
con tono consolador:

—Don Ferrando, don Ferrando,
fijo, non lloredes, non:
ca si en ora de Dios muero,
á vida syn muerte vó.
Alegrança, al partir lieva
mi ánima, et non tristor,
veyéndovos en tal vía
qual siempre vos cobdició.
Si della non vos tirades,
luenga folgura et onor
avrédes, limpia de premia
et de traydora ambiçion.
Omilde, á Dios et sus Sanctos
avetles siempre temor;
ca no logrará ventura
el que non temiere á Dios.
Al rey servit con lealtança,
commo vasallo de pró:
ca qui mal á su rey sirve,
non falla buen servidor.
Set para vuessos eguales
franco et de franca entençion:
ca qui sembrare sospechas,
fumo cogerá et dolor.
Largueça mostrat sin tassa
para los menos que vos:
ca sólo en el dar conosçen

los menudos el senyor.
A órphanos et vïudas
set panyo et consolaçion:
ca qui non consuela al triste,
piedat non espere en Dios.
Con vuessa mogier avrédes
siempre un rostro et un amor;
criar hedes vuessos fijos
en chripstiana somission.
Et sy un dia vos fallesçen
los castigos que vos dó,
retornat, fijo, al castiello
de sabieça et discription...
Agora, pues Dios lo quiere,
et nos partimos los dos,
afinojatvos, mi fijo,
é avet mi benediction.—

Ambas rodillas el jóven
ante su padre dobló,
ahogando en tristes sollozos
su llanto desgarrador.
Don Juan, clavando en el cielo
sus miradas, extendió
sobre él la trémula diestra,
y dijo con dulce voz:

—Senyor Dios, que cielo et tierra
feçistes por el tu amor
et diestes lumbre á la lunna
et fuego diestes al sol:
Tú, que en sacta madre Virgo
prisiestes Encarnaçion
et en omil portaliello
naçiestes, inmortal flor:

Tú, á quien tres reys de l'Arabia
feçieron adoraçion,
et muy sapientes dotores
requeriestes, qual dotor:
Tú, que á Jonás diestes vida,
quando en mar fonda cayó,
et á Danïel salvastes
de cárcel et de leon:
Tú, que á Abraham enviastes
enfenida succesion,
que egualando las estrellas,
la redondeza pobló, —
tu Espirtu á mi lengua envía,
por que pueda agora yo,
dar al fijo de mi alma,
paternal benediction! —

Habló; y brillando en su rostro
dulce é inefable amor,
así con solemne acento,
reanimado, prosiguió:

— Yo, Ferrando, vos bendigo
en el nombre del Criador!
¡Plegue á Dios que á vuessos nietos
ansy bendigades vos! —

Calló el anciano: en silencio
la rica estancia quedó,
que apénas interrumpia
débil y tardo estertor.
Al cabo, con voz entera,
que atruena el breve salon:
— Adios fijo! ¡Dios me llama! —
dijo, y tranquilo espiró.

Marzo de 1858.

LA PALABRA DEL REY

(1353)

ROMANCE PRIMERO

EL TORNEO

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

MORATIN.

I

Asciende al cenit triunfante
el sol, de los mundos vida,
y leves nubes, en torno
de su pura lumbre giran,
miéntras se ven en Torrijos,
que de los reyes es villa,
volar en ancho palenque
pendones, que el mundo envidia:
que celebra el Rey don Pedro
pomposas fiestas, publican,
y con sus motes y empresas
que allí está su córte gritan.
Las anchas plazas y calles
que dan entrada á la liza.
inunda concurso inmenso,
cual de un rio la avenida.
Ora gritando los unos,

llenos de ansiedad se agitan,
y por llegar al estádio
se atropellan y se pisan.
Ora, los otros, logrando
cómodo asiento y con vistas,
alborozados prorumpen
en estrepitosos vivas.
Los lances, que en un torneo
le ocurrieron en Sevilla,
aquí, sentado en la valla,
un jóven hidalgo explica,
miéntras, sañudo un macero,
con mano imperiosa quita
de su asiento á un noble anciano,
que en balde por él suplica.
Allí, en corrillos disputan
lo que las justas motiva,
y circulan entre todos
opiniones muy distintas.
Algunos, que á doña Blanca
espera don Pedro afirman,
y festejarla pretende
como á Reina de Castilla.
Otros, con grande misterio,
dicen que doña María,
su dama, es sólo el motivo
de que arda en fiestas la villa;
y añaden, dando importancia
á sus dudosas noticias,
que hasta el mismo Rey don Pedro
tambien por su hermosa lidia.
Mas, alzando de improviso
estruendosa gritería
la multitud, que se encuentra

del circo en las avenidas,
pone fin á estas escenas
y del vulgo á las hablillas,
el cual absorto da paso
á la régia comitiva.

II

En colgados miradores,
que ricos paños tapizan,
tienen asiento las damas
de noble alcúrnia en Castilla.
Todas con ánsia desean
ver ya á su amante en la liza,
y con entusiasmo ardiente
el triunfo para él codician,
ó con tierno afan, dudosas,
de la suerte desconfían,
y, de pensar que otro triunfe,
llenas de inquietud se agitan.
Ocupa el balcon del Rey,
causando á todas envidia,
de perlas de Oriente ornada
la gentil doña María;
y obséquianla caballeros,
cuya ancianidad les priva
de combatir, cual briosos
en otro tiempo lo harian.
Sentados están los jueces
que las justas autorizan,
en dos distintos cadalsos
que el ancho circo dominan,
y en otros dos, ricamente
adornados, se divisan

los hidalgos extranjeros
que á ver las fiestas venian.
Murmura el pueblo, impaciente
porque tardan las cuadrillas,
y el freno de la obediencia
á romper indócil iba,
cuando, sin tener espacio
ni áun para ver sus divisas,
contempla absorto la plaza
de paladines henchida.

III

Por dos puertas diferentes
entran, piafando, en la liza
los valientes campeones,
y en torno al palenque giran.
Cabalgan ágiles potros,
que nacieron en la orilla
del Guadalquivir, y al viento
en velocidad imitan;
y todos cubiertos vienen
de fuertes armas bruñidas,
que al reverberar su lumbre,
los rayos del sol eclipsan.
Vuelan gallardos airones
de sus cascos en la cima,
y en ella tambien, mezcladas,
azules y blancas cintas.
Llevan al brazo los unos
rojas bandas por divisa,
y escrito en la récia adarga:
No hay poder que me resista.
Ciñen los otros, vistosas

verdes fajas peregrinas,
y llevan tambien por mote:
¿Dónde estará el que me rinda?
Gobierna las bandas rojas,
con apuesta bizarría,
sobre un fogoso castaño,
Juan Alonso de Padilla;
y es capitan de las fajas
un jóven de planta altiva,
que de poderoso bayo
rige la espumosa brida.

IV

No bien con fiero aparato
las dos contrarias cuadrillas
dieron tres vueltas al circo,
que asordan alegres vivas,
cuando el altísono estruendo
de marcial trompetería
junto á los jueces resuena,
y á la ardiente lid incita.
Revuelven todos á un tiempo
con diestra mano las bridas;
y á jurar las condiciones
van, que gobiernan la liza.
Toman de los pajecillos
iguales y gruesas picas:
el campo entre sí dividen,
y á sus puestos se encaminan.
Llenan otra vez los vientos
las trompetas y bocinas,
y entrambos los capitanes
las fuertes lanzas enristran.

No así, bramando, dos tígres
corren la abrasada Libia
á destrozarse sangrientos,
ardiendo en furor y en ira,—
cual, volando, se acometen
aquellas dos moles vivas
de acero, que temblar hacen
la tierra que altivos pisan.
Júntanse al paso orgullosos:
ninguno el encuentro esquiva;
y crujen los anchos petos,
brotando azuladas chispas;
mas sin poder retirarse,
por breve instante vacila
de Juan Alonso, el castaño,
y al fin, aturdido, hocica.
Llenan el espacio inmenso
los aplausos y los vivas,
y el segundo de las bandas
entra sereno en la liza.
Colócase frente á frente
de la contraria cuadrilla,
y sobre el jóven bizarro,
cual rayo, se precipita.
Encuentra con él furioso
en mitad de su corrida,
y, al fuerte choque tremendo,
lanzas y arneses rechinan,
clavándose al mismo tiempo
la que el capitan blandía,
y arrancando, al apartarse,
al paladin de la silla.
Guarda, sorprendido, el pueblo
hondo silencio: en seguida

otro de las bandas rojas
de los suyos se desvía;
y resuelto, cual valiente,
veloz, cual águila altiva,
dando la vuelta al estádio,
frente al vencedor se fija.
Avanzan... Mas todo en balde:
contraria la suerte impía,
á los de las bandas siempre,
de lograr el triunfo priva:
que el caudillo de las fajas,
más firme que enhiesta encina,
que tempestades resiste,
y huracanes desafía;
más furioso que el torrente,
cuando arrasa la campiña;
más aterrador que el rayo,
cuando torres arrüina,—
á cuantos la lid sostienen
hiere, desarma, ó derriba;
y, es tanto el pavor que infunde,
que á todos hiela y fascina.
Ya no hay brazo que mantenga
contra el vencedor la pica,
ni quien el estádio pise,
ni quien la justa prosiga.
Contempla atónito el pueblo
tantas victorias, y en vivas
estruendosos se deshace,
que al paladin felicitan;
miéntras él, girando en torno
del ancho palenque grita,
con voz y ademan triunfantes:
—*¿Dónde estará el que me rinda?*

En esto, de los cadalsos,
do lucen su bizarría
los ilustres extranjeros,
salir un jóven se mira,
quien, sin cuidarse de nadie
y sin que nadie la vista
fije en él, rápidamente
se dirige hácia la villa:
que tal vez creyó las fiestas
con la justa concluidas,
ó el ver tamaña fortuna
le causa tédio, ó le indigna.

ROMANCE SEGUNDO

UN LANCE IMPREVISTO

Apenas el no vencido
con tanto orgullo pronuncia
tres veces, el fiero mote,
que á los vencidos insulta, —
cuando en las calles cercanas
al ancho circo, retumba
griterío estrepitoso,
y — *¡Abridle paso!* — se escucha,
presentándose, cubierto
de empavonada armadura,
un guerrero, en cuyo porte
noble altivez se vislumbra.
No lleva en el fuerte casco
volando, cintas ni plumas,
ni el brazo con bandas ciñe,

ni con fajas la cintura;
tampoco en la adarga ostenta
pomposos motes, ni anuncia
que su dueño es invencible,
como es costumbre en las justas;
y, tal vez por un descuido,
que notó, al entrar, la turba,
lleva acicates de oro
do ricas piedras relumbran.
Oprime un troton rodado
de espesa crin guedejuda,
cuya hermosa estampa admira,
y cuya fiereza asusta.
Veloz el circo atraviesa,
y airoso y cortés saluda
al vencedor arrogante,
quien al mirarle se inmuta.
Llenas las formalidades,
ambos paladines cruzan
rápidos la plaza extensa,
y en medio de ella se juntan,
rompiendo las fuertes lanzas
con tanta cólera y fúria,
que las astillas, zumbando,
los rayos del sol anublan.
Con otras picas prosiguen
la ya encarnizada lucha;
y, encontrándose de frente,
queda la victoria en duda;
pues al empuje vïolento
ambos corceles reculan,
y, sentándose en la arena,
por tenerse, en balde pugnan;
hasta que espuelas y frenos

con ágil fiereza aunan
los ginetes, levantando
al par sus cabalgaduras.
Y, aunque furiosos las vuelven,
la arena escarban y bufan
y permanecen clavadas,
nadando en mares de espuma.
Mas, cediendo al acicate,
parten ambas con tal fúria,
que asordan al rudo choque
el palenque, donde luchan.
Rómpese la gruesa lanza
que el desconocido empuña;
pero la media asta rota
queda en aguzada punta,
y en la manopla se clava
del vencedor: lo derrumba
con pesado golpe al suelo,
y en sangre el arnés le inunda.
El pueblo imbécil aplaude
con desenfreno y locura
al incógnito que, en tanto,
los arzones desocupa,
y se dirige al vencido,
quien levantarse procura;
y, alzándole la visera,
retrocede y se espeluzna,
mirando á sus piés al Rey
de Castilla, que en la justa
su alta majestad esconde
bajo vulgar armadura.
Las gentes, al conocerle,
quédanse de asombro mudas,
y los aceros cortantes

contra el triunfador desnudan.
Mas volviendo en sí don Pedro,
ansioso al guerrero busca
con la vista, y al hallarlo
afable le dice:—Tuya
es la victoria, valiente!
Guárte ¡vive Dios! que nunca
otro acero dondé el tuyo
se desenvaine ni luzca!
Vete en paz: bien entendido
que aquí mi poder te escuda...
Y ¡ay! del insano, que hacerte
óse la más leve injuria!—

ROMANCE TERCERO

EL RETO

Y para obligaros más
vuelvo á decir que detrás
de San Agustin espero.
(Los empeños de un acaso)
CALDERON.

I

Entre pardos nubarrones,
que el cielo, cruzando, empañan,
mústia y sin color, la luna,
por resplandecer se afana,
quebrando su luz sombría
en las desiguales casas
de Torrijos, que en silencio
sepulcral yace asombrada,

sin que se escuche en la villa
rumor alguno, ni vagas
reminiscencias siquiera
de la fiesta, ya pasada;
y sólo, allá en el sagrado
del hogar, y con voz baja
y misteriosa, el suceso
trágico algunos relatan.
Mas en tanto un caballero,
cuyo semblante retrata,
con el dolor más profundo,
la agitacion más amarga,
vistiendo negro tabardo,
puesto un birrete de grana,
sentado está y pensativo
y callado, en una estancia.
Los reflejos vacilantes
de una luz trémula y vaga,
dibujan en las paredes
sombras diversas y extrañas,
yendo despues á quebrarse
en dos fornidas corazas,
una en el suelo tendida:
otra en la pared colgada.
Ricas labores en ésta
sobre el acero resaltan;
aquélla está sin adornos,
sin bruñir y empavonada.
Mas desde luégo se advierte
que de un dueño son entrambas,
y que la mejor ostenta
de Aragon las rojas barras,
notándose en la del suelo
algunos golpes de lanza,

dados con tal fúria y brio,
que la abollan y la rayan.

II

De repente el caballero
del ancho sitial se alza,
requiriendo con la vista
las no primorosas armas;
y, arrugando el entrecejo,
dice confusas palabras,
hasta que con voz entera
y firme ademan exclama:
—No pienses, Rey, que yo fío
de tu palabra en la fé:
pues cómo las cumples sé,
y no es tal mi desvarío.
Sé cuán fácilmente prende
el ódio en tu corazon,
y que el nombre de Aragon
tu orgullo arrogante ofende.
Sí: no juzgues que insensato
duerma tranquilo en tu suelo;
porque todo lo recelo
de tu proceder ingrato.
Si quieres, lidiar no esquivo
con tus más fuertes guerreros;
mas sin amaños arteros:
cuerpo á cuerpo, estribo á estribo!
Que vengan... Sí! —
Rumor leve
se escucha en la puerta, y guarda
por breve instante silencio,
la mano puesta en la espada.

Suena otra vez el ruido,
como del que ansioso llama;
y el aragonés al punto
corre á saber quién lo causa,
encontrando un escudero,
en cuyo pecho las armas
de su noble dueño brillan,
y que de este modo le habla:
—¿Sois vos Mosen de Bïedma?
—Tal me nombro y tal me llaman.
—Para vos dióme este pliego
Melchor Gomez de Celaya,
mi señor: ved si hay respuesta,
que el negocio es de importancia.
Cuidad, el buen caballero,
pues va en ello vuestra fama.
—Tened ¡vive Dios! la lengua,
que si quien sois no mirara,
ya, por Cristo, vuestro lábio
sellado hubiera mi espada!
Id con Dios, el escudero;
mas decid al de Celaya,
que soy noble, y soy Bïedma...
—¿No más le digo?
—No: basta.
—Quedad con Dios. —
É inclinando
con desmedida arrogancia
levemente la cabeza,
de la puerta el dintel pasa,
miéntras tanto furibundo
el sobrescrito desgarra
Mosen Piquer de Bïedma,
y lee el billete en voz alta:

«De aleve, Mosen, os reta
Melchor Gomez de Celaya,
y en el castillo de Azarque
á media noche os aguarda.
»Ved que si al reto faltais
tendreis de cobarde tacha:
en vuestro valor confío,
y espero que no hareis falta.»
Apénas el caballero
leyó, temblando de rabia,
el insultante billete,
en que dudan de su fama,—
cuando sonrisa de triunfo
en sus lábios se retrata,
y con altivo semblante
así prorumpe:
— Os doy gracias,
Melchor Gomez, por el reto;
y á no ser quien sois, dudára...
Mas no: que noble he nacido,
y es la duda muy villana.
Iré á Azarque á media noche,
como vos decís, *sin falta*.
¡Ferran! ¡Ferran! el caballo,
la pica, el arnés, la adarga!
Pronto! Volando, Ramiro,
mi caballo tordo! —
Y marcha
á buscar á su escudero,
y al combate se prepara.

III

Al pié de un alto castillo,
que fuertes muros resguardan,

sobre una peña sentado
está un hombre, en cuya traza
se advierte que es caballero,
y su agitacion delata
la inquietud de quien espera,
cuando lo que espera tarda.
Tiene en la siniestra mano
el freno que altivo tasca
troton castaño brioso;
lleva en la diestra la lanza;
cubre su cuerpo y lo ciñe
una armadura pesada,
bajo de la cual se esconde
espesa cota de malla,
y de la cintura cuelga
la amenazadora espada,
miéntra apoya en las rodillas
doble y resistente adarga.
La luna entre densas nubes,
que de vez en cuando salva,
refleja en el ancho peto
sus resplandores opaca;
y de sombras y ficciones
llena su luz solitaria
el campo, y la fortaleza,
que al cielo sus moles alza,
y de la cual huye el vulgo
medroso, á larga distancia
porque dicen que está llena
de espectros y de fantasmas.
De pronto resuenan pasos:
el hombre al momento embraza,
levantándose, el escudo;
en el fiero bridon salta,

y mira luégo acercarse
sobre un tordillo con pausa
un caballero, que, al verle,
le pregunta:
—¿Sois Celaya?
Y—El mismo, soy,—le responde.
—Prevenios: *que sin falta*
véisme llegar al castillo:
juzgo que no tendré tacha
de *cobarde*... Á lo demás
os va á contestar mi lanza.
—Lo veremos...—Y al instante,
á tomar campo se apartan.

ROMANCE CUARTO

EL PRECIO DE UNA PALABRA

. . . . . y salgo luégo
á la palestra en que aguardando estuve
en un rayo andaluz, mónstruo, de fuego.

(El Tejedor de Segovia)—ALARCON.

I

Apénas lanzó en Oriente
el sol sus primeros rayos
espléndido y majestuoso,
sobre el suelo castellano,
cuando en las calles y plazas
de Torrijos, mil hidalgos
se ven cruzar, que afanosos
van de su Rey al palacio.

Algunos, al encontrarse,
con misterioso recato
y con temor se preguntan
de su monarca el estado,
y afirman que es peligrosa
la herida, y con sobresalto
añaden que, si no muere,
tal vez perderá la mano.
Otros, con más esperanza
quieren probar lo contrario,
y dicen que en pocos dias
quedará repuesto y sano;
mas sobresale entre todos
gentil, altivo y gallardo,
de ricas armas cubierto,
un caballero, que ufano,
en voz alta y ahuecada,
con noble desembarazo,
dice: — Si don Pedro espira,
queda ya su honor vengado. —

II

En espacioso aposento
que entapizan ricos paños
de Pérsia, y vistosas telas
de Córdoba y de Damasco,
sobre lecho suntuoso
don Pedro está recostado,
y en él se agita impaciente,
sin que consiga descanso;
en el almohadon morisco,
de mil labores bordado,
deja caer lánguidamente

herido el derecho brazo.
Tiene en completo desórden
el rubio y ensortijado
cabello, la faz doliente
sus mechones ocultando;
y con delirante aspecto
repite sañoso el lábio
del aragonés la hazaña
dándole el nombre de *bravo*.
Están en sendos sitiales
á su derecha sentados
don Alfonso de Alburquerque
y Nuño Perez Quijano;
y sobre morisca mesa
de bello y costoso ornato,
se ven sin órden alguno
muchas redomas y vasos,
— que mil bálsamos contienen
y otros químicos extractos, —
yerbas y varios vendajes
de finísimo olán blanco.
Al otro lado se miran
de pié muchos cortesanos,
entre los cuales se cuentan
sapientísimos prelados,
ricos-hombres y guerreros,
del árabe audaz espanto,
pajes é ilustres donceles,
mesnaderos y fidalgos.
Todos con triste semblante
contemplan al soberano;
y en cada rostro se pintan
pensamientos encontrados,
miéntras Rabbí Menasséh,

— doctísimo judiciario,
que logró extendida fama
en la ciencia de Esculapio,—
ora arruga el entrecejo,
haciendo signos extraños
sobre el brazo de la herida,
que solícito ha curado;
ora entre dientes murmura
quizá benéfico ensalmo,
con que conseguir espera
la salud del soberano.
Mas de pronto el Rey don Pedro,
la tranquilidad cobrando
é incorporándose, abre
los brillantes ojos garzos:
tiende en torno la mirada,
como quien pretende acaso
encontrar un confidente
á quien dar algun encargo;
y al hallarse con Alfonso
de Alburquerque, su privado,
y al mirar que está á su diestra
Nuño Perez de Quijano,—
dilata el grave semblante,
y en él su afecto mostrando,
dice en voz alta á los nobles,
cariñoso y reposado:
—Gracias os doy, mis leales,
gracias os doy, mis hidalgos;
dichoso Rey, el que inspira
tal afecto en sus vasallos.
Dios, con piedad infinita,
vuestros ruegos ha escuchado:
ya estoy mejor: vos, don Nuño

y don Alonso, acercáos:
quiero que sepais el nombre,
la condicion y el estado
del justador valeroso,
que ayer me venció bizarro:
que le traigais al momento
aquí: escuchar de su lábio
dónde ha nacido, y si quiere
ser mi féudo, ó mi vasallo.
Decidle que el Rey don Pedro,
no ofendido, mas prendado
de su valor, darle quiere
justo premio. Ved que aguardo
impaciente, y no volvais
sino de él acompañados:
que honra será de mi reino
tener en él tal hidalgo.—

III

Dijo el Rey: y en el instante
Nuño Perez de Quijano
se dirige presuroso
á la puerta del estrado;
y apénas el umbral pisa
de la régia estancia, cuando
armado de todas piezas,
resuelto y con firme paso,
entre el general silencio
de nobles y cortesanos,
un caballero penetra,
la vénia del Rey tomando;
quítase el bruñido almete

con gentil desembarazo,
y así dice al Rey don Pedro,
ambas rodillas doblando:

—Perdonadme, Señor, si aquí atrevido
á vuestras plantas afanoso llego.
Á ellas postrado, el corazon rendido,
con la vida, á la par, humilde entrego.
La audacia de Mosen, nunca vencido,
á humillar aspiró mi encono ciego;
y al amparo de Dios, ya puro brilla
el honor de mi Rey y el de Castilla!

—Levantad, el de Celaya, —
dijo el Rey, — y hablad más claro:
pues ni sé qué agradeceros,
ni qué honor habeis vengado.

—Sólo el vuestro, Señor: que, al ver la hirviente
régia sangre brotar de la ancha herida,
tembló mi pecho de furor creciente...
Juré vengaros, ó perder la vida;
y retando á Bïedma, frente á frente,
por vengar á mi Rey, no me intimida
la terrible pujanza de su diestra,
y pongo junto á Azarque la palestra.
Vuelo á vencer, ó á sucumbir glorioso;
y del castillo al pié, trotando, llego
en un corcel castaño poderoso,
que altivo arroja por los ojos fuego.
Todo en silencio estaba y en reposo,
turbando sólo el natural sosiego
el cárabo locuaz, que agüeros canta,
su voz ahogando en la fatal garganta.

Dos horas esperé junto al castillo,
de cólera, y rencor, y rábia lleno;
y víle, al fin, llegar sobre un tordillo,
con grave páusa y ademan sereno.
Veloz en mi caballo, al descubrillo,
salté, rigiendo el espumante freno,
y los dos, furibundos, al mirarnos,
volcanes fuimos, do temí abrasarnos.

Clavamos á la par el acicate,
con rapidez surcando el viento leve;
y entrambos fuimos, al tremendo embate,
montes que el huracan tronando mueve.
Dudoso un punto se mostró el combate;
mas dando á su bridon la vuelta breve
y del rayo Mosen siendo la llama,
la arena beso, y vencedor se aclama.

Ufano con el triunfo y arrogante,
dejó el tordillo corredor fogoso,
y descubriendo rápido el semblante,
así, al mirarme, prorumpió orgulloso:
—«Ya conoceis, Melchor, de mi pujante
brazo el poder, al combatir furioso...
Hidalgo, alzad: la vida vos concedo:
recibidla, que es mia, y darla puedo.»

—«¡Nunca!—le respondí.—Jamás! La vida
carga es, sin el honor, tan afrentosa,
que ántes de que la guarde envilecida,
arrancarla sabrá mi mano ansiosa!
Matadme, ó comenzad la lid perdida!
No pretendais, Mosen, de mí otra cosa!»
Y alcéme, y á la vez nos prevenimos,
y la lid con espada proseguimos.

Ora anhelando, de soberbia mudos,
el triunfo conseguir, con doble aliento,

en trozos mil partimos los escudos,
sus sones dando al ofendido viento;
y esforzando el vigor, ora sañudos
hicimos retemblar con ronco acento
las altas torres del castillo moro,
que el grito horrendo repitió sonoro.
Cruzan en tanto la turbada esfera
manchadas nubes: se ocultó la luna,
y en sombras envolviendo la pradera,
quedamos á la par sin luz alguna.
Tuvo con esto fin la lucha fiera
y por mí decidióse la fortuna:
cayó Mosen, y en su terrible estrago
nadó de sangre en el caliente lago!»—

Calló Celaya: don Pedro
habla en secreto á Quijano,
quien al punto desaparece,
y así contesta al hidalgo:
—Gracias mil el caballero,
cuya honra habeis puesto en salvo,
os rinde, Celaya altivo,
por vuestra hazaña obligado.
Vivid en la certidumbre
de que no ha de ser ingrato:
que tales servicios, nunca
pueden quedar olvidados.
Pero el Rey tampoco puede
olvidar, que á su mandato,
que es ley suprema en el reino,
desatento habeis faltado.
El Rey por su nombre os jura
que otra vez sereis más cáuto...
y con su amistad os brinda

reconocido el hidalgo.
De Rey y de caballero
pruebas os dará mi mano...
Despejad: el cielo os guarde...
Fuera os están ya esperando. —
Así dijo el Rey don Pedro,
en cuyo semblante pálido
sentimientos se dibujan
á un mismo tiempo contrarios,
miéntras Melchor de Celaya,
la altiva cerviz alzando,
la régia estancia abandona,
lleno de temores vagos,
entre el silencio imponente
que guardan los cortesanos,
y las miradas del Rey
que le punzan como dardos.

IV

No bien á la galería,
llena entónces de soldados,
hubo llegado Celaya,
cuando, atajándole el paso,
ve delante de sus ojos
á Nuño Perez Quijano,
á quien dos arqueros siguen
con imponente aparato,
y quien, que le prendan luégo,
á grandes voces gritando,
miéntras el mandato cumplen,
dice en voz baja al hidalgo:
— Don Pedro, Celaya, ordena,
pues faltásteis á la ley

y á la palabra que el Rey
dejó empeñada en la arena,
castigue vuestra osadía
como felon y mañero;
pero quiere el caballero
premiar vuestra valentía.
Así, pues, bien custodiado,
á Sevilla ireis conmigo,
donde sufrais el castigo
por el monarca ordenado;
empero no os descuideis;
y ántes de entrar en Sevilla,
huid del reino de Castilla,
á donde asilo encontreis!—
Suspenso Celaya queda,
tales nuevas escuchando,
y sin desceñir las armas
monta triste en su caballo;
y seguido de don Nuño
y de arqueros y soldados,
el camino de Sevilla
toma confuso y turbado,
á Perez diciendo, miéntras
del troton acorta el paso:
— Si el Rey juzga que merezco
ser, don Nuño, castigado,
cúmplase la órden del Rey:
que yo me precio de hidalgo...
Decid, pues, al caballero
que la órden del Rey acato. —
Y en los hijares del potro
los acicates clavando,
prosiguieron su camino
Celaya y Perez Quijano.

CONCLUSION

Horas despues, en la estancia,
do, de nobles rodeado,
el Rey don Pedro sosiega,
entró Perez, triste y pálido;
y con lengua balbuciente
y el rostro desencajado,
así dice al Rey, en tierra
la rodilla humilde hincando:
—Cumplidos están del Rey
ya, los excelsos mandatos:
el favor del caballero
á Celaya brindé en vano!—
Y miéntras hondo silencio
guardan todos asombrados,
comprendiendo el Rey al punto
las palabras de Quijano,
así dice entristecido,
pero altivo y reposado,
fijando en todos la vista,
que infunde terror y espanto:
— Esta es, tenedlo entendido,
la justicia que yo hago,
con los que osan olvidarse
de lo que en mi reino mando.—

Sevilla — Julio de 1839.

ABÚ-SAID EN SEVILLA

(1362)

ROMANCE PRIMERO

LA LLEGADA Y EL RECIBIMIENTO

I

Ya el sol, entre rojas nubes,
que bordan el firmamento,
al descender á Occidente,
su lumbre robaba al suelo,
y la silenciosa noche,
de sombras y de misterios
iba llenando la tierra
y los espacios del cielo,
—cuando en la ciudad famosa,
que es córte del Rey don Pedro,
y el Guadalquivir undoso
adormece lisonjero,
desusado vocerío,
tan extraño como nuevo,
levantóse de repente
entre el bullicioso pueblo,
porque dicen que á Sevilla,
en buen órden y concierto,

se acercan los granadinos
formando vistoso ejército.
Unos, aquí, presurosos,
se agitan, de espanto llenos;
otros, allí, airados gritan:
—¡Al arma! ¡Al arma volemos!—
Acullá un grupo se mira
de hombres armados, que ciegos
piden un jefe, y al punto
volar al combate fiero.
Caminan más adelante
otros, y al alcázar régio
llegan, prodigando *vivas*
al temido Rey don Pedro:
porque nunca el granadino
llevó á Sevilla el acero,
desde que el Rey San Fernando
destruyó á los agarenos,
y achacan la infausta nueva
á los infames manejos
de la nobleza y del Conde
de Trastamara, protervo.
Y crece el pánico en todos,
y se hacen nuevos aprestos,
y el vocerío acrecienta
llamando *¡Al arma!* á don Pedro.
Pero de pronto aparece,
escoltado de maceros
Lope Ferrandez Balbuena,
é impone á todos silencio.
Callaron; y en altas voces
dice:
— Con airado ceño
el Rey os escucha, y manda

que depongais al momento
el ardor que mostrais ora,
fuera de ocasion y tiempo:
porque el moro que se acerca
de paz viene, aunque es guerrero. —
Entónces, sordo murmullo
por los grupos discurriendo,
en inquietud y afan trueca
el susto y furor primeros.
Despues, alegres dejando
todo aparente recelo,
en busca de los muslimes
van, ansiando sólo verlos.
Y ora empujándose, y ora
unos trás otros corriendo,
por ir delante, disputan
los jóvenes y los viejos.

II

Rey de Granada se llama,
de los Al-Ahmares nieto,
el que á Sevilla se acerca
en son de paz y concierto;
y en su gallarda apostura,
aunque es humilde su gesto,
que es muy alto personaje
se adivina desde luégo.
Berberisca yegua monta
de firme andar y anchos pechos,
que parece que conoce
la nobleza de su dueño.
Verde turbante, que esmaltan

joyas del más raro precio,
ciñe de aquél la cabeza,
en torno al casco de acero;
y el blanco almaizar, que flota
en sus espaldas, al viento,
le envuelve completamente,
su rico traje encubriendo:
que brillan sólo en las sombras,
bajo el almaizar inquieto,
la contera de la espada,
que pende al lado siniestro,
y los acicates de oro,
aguzados y sangrientos,
que chocan con los estribos
de aquel mismo metal hechos.
Pensativo y silencioso,
al frente de sus guerreros,
camina el moro, acallando
sus zozobras y recelos:
que á implorar viene el auxilio
del famoso Rey don Pedro,
mal segura la conciencia
y no tranquilo su pecho,
aunque á afirmar la demanda
caminan con él sus deudos;
pero tambien, implacables,
vienen con él los recuerdos.
Y entre las sombras que avanzan,
tierra y cielo confundiendo,
las memorias del pasado
pavor le infunden y miedo;
y mirar se le figura
en los contornos inciertos
de los árboles que entoldan

la senda que va siguiendo,
los fantasmas implacables
de Ismail y Cais, sangrientos,
que de asesinos le acusan
y le maldicen severos.
Y ve á su primo Mohámmad,
á quien él usurpó el cetro,
y á quien persiguió de muerte,
en el trono ya repuesto;
y escucha la gritería
con que, alborotado el pueblo,
pide á voces su cabeza,
ya sus crímenes sabiendo.
Mas fía en su buena estrella,
y que olvidará don Pedro
que su ayuda dió al Bastardo
por arrebatarle el reino:
por eso marca en su porte
las zozobras y recelos
que le acosan, si el engaño
conoce astuto don Pedro
y del granadí recuerda
los ya pasados conciertos
con Enrique, y los peligros
que Castilla y Leon corrieron.
Á la puerta de Carmona,
que ocupa concurso inmenso,
se aproxima el granadino
absorto en tal pensamiento;
mas al llegar á su frente,
detiene el bruto y suspenso,
y con voz llorosa, exclama:
las manos alzando al cielo:
— ¡Sevilla! Sultana hermosa,

cuyos encantos tegieron
en otros tiempos felices
mis venturosos abuelos,
mírame!... Cuán desdichado,
que amparo buscando vengo
del monarca de Castilla,
que es á quien más aborrezco!
Oh! Dime, dime sultana
si conseguiré mi empeño,
ó habré de huir, sin ventura,
desesperado al desierto!—
Dice, y clava el acicate
en el ancho hijár del fiero
bridon, y cual torbellino
la puerta cruza corriendo.

III

En una de aquellas cuadras
de bordados paramentos,
que el Alcázar sevillano
hacen trasunto del cielo,
y en que el oro resplandece
con los matices más bellos,
de la techumbre y los muros
en labores y letreros,—
alcázar que reconstruyen
artífices de Toledo,
y á las artes españolas
sirve de gloria y de templo,—
sobre alto sólio asentado
está el jóven Rey don Pedro,
la poderosa corona

de los Alfonsos ciñendo.
Purpurino manto cubre
en pliegues sus hombros régios,
y, quebrándose en las gradas,
besa el ancho pavimento.
Viste azul rico tabardo,
en que relucen á trechos
los castillos y leones
que timbre son de sus reinos,
y cruza la roja banda
aquel generoso pecho,
en que palpitar se sienten
los más nobles sentimientos.
Á un lado están los Maestres
don García de Toledo
y don Diego de Padilla,
que alcanza gran valimiento,
y á quienes allí acompañan,
con otros grandes del reino,
Juan Alfonso de Mayorga
y Pero Gomez Sarmiento.
Más adelante se miran
Nuño Rodriguez Izquierdo
y Martin Lopez de Córdoba,
que del Rey es repostero;
y se ven, por fin, los nobles
de más ilustre abolengo,
formar dos filas, cercados
de otros nobles palaciegos.

IV

Seguido tambien de nobles
granadinos caballeros

llegó Abú-Saíd sumiso
á presencia de don Pedro;
y despues de saludarle
con afectado respeto,
así le dijo, inclinando
la alta cerviz hasta el suelo:
—Potente Rey de Castilla,
gran príncipe, á quien los cielos
han puesto en el régio trono
por ser de reyes ejemplo:
Tú, á quien el mundo conoce
por valiente y justiciero,
y á quien Alláh glorifica,
¡ensalzado sea tu imperio!
Mira otro Rey á tus plantas,
que humilde te implora, y cierto
viene de encontrar amparo
en tu magnánimo pecho!
Sé que eres justo, y por tanto
que me devuelvas espero
mis palacios de la Alhambra,
mis vasallos y mi reino.
Seguro de tu justicia,
aquí de Granada vengo:
sólo tú puedes volverme
de mis mayores el cetro.—
Calló Abú-Saíd, y al punto
le contesta el Rey don Pedro,
aunque con la voz afable,
con el semblante severo:
—Levanta, Rey de Granada:
no así humilles por el suelo
la corona que á tus sienes
ciñó no ha mucho tu pueblo.

Si mi justicia pretendes,
de quedar has satisfecho:
que en balde no has de invocarla
delante del Rey don Pedro.
Bien haces, por Dios, bien haces
en acudir con tu empeño
á mí, de quien tributario
ha sido siempre tu reino;
pues cual juez inexorable
habré de juzgar tu pleito,
con arreglo á lo que mandan
la justicia y el derecho. —
Dijo el Rey; hizo una seña,
y don García de Toledo,
guiando á los granadinos,
salió del Alcázar régio.

ROMANCE SEGUNDO

EL CONSEJO, LA SENTENCIA Y LA PRISION

I

De Abú-Saíd y el Maestre,
aún desde la estancia régia
confuso el rumor se escucha
del paso con que se alejan, —
cuando, alzándose don Pedro
del trono donde se ostenta,
estas palabras dirige
á los nobles que le cercan:
— Prelados y Dignidades,

honra y lustre de la Iglesia,
Hidalgos y Ricos-hombres,
gloria y prez de mi nobleza:
  ya escuchásteis la demanda
con que Saíd se presenta:
amparo pide á Castilla
para que al trono le vuelva,
  de usurpador acusando
al que hoy en Granada reina:
ya torna á su cáuce el rio:
que es pasada la tormenta;
  y pues él se reconoce
por vasallo, y pues intenta
que mi proteccion le acuerde, —
ántes de dictar sentencia
  en el pleito, — es necesario
que, toda pasion depuesta,
conozcamos la justicia
de los derechos que alega.
  Mohámmad quinto, en el trono
de Aben-Al-Ahmár se asienta,
y en las sienes la corona
de Yusuf, su padre, lleva.
  Legítimo soberano
de Granada es por herencia;
y de Al-Ahmár el primero
reconociendo la deuda,
  acorrió en Múrcia á Castilla;
y en Guardamar sus galeras
con las de Sevilla fueron
por la tempestad deshechas.
  Por Abú-Saíd, su primo,
lanzado del trono, impetra
mi proteccion, y en Granada

los castellanos penetran...
Y viendo allí los estragos
que hizo mi esfuerzo en la Vega,
— «*Más quiero vivir sin reino,* —
dijo — *que asolar mi tierra.*»
Conocidas son de todos
de Abú-Saíd las proezas,
y sus tratos con Enrique
bien su intencion manifiestan;
mas acordarme no quiero
que me infirió tal ofensa;
sino de que fué rebelde
á quien por naturaleza
debió acatar, pues vasallo
es de Castilla, y gobierna
sus estados en mi nombre,
aunque otra ley obedezcan.
Y así, Señores, Prelados,
Dignidades de la Iglesia,
Caballeros, Ricos-hombres,
á muerte la ley sentencia
al vasallo que á la vida
sagrada del Rey atenta,
y Abú-Saíd de este crímen
limpio aquí no se presenta;
al vasallo que del dueño
desconoce la obediencia,
y Abú-Saíd ha negado
tal derecho á mi diadema.
Decidme, pues, Caballeros,
cuál debe de ser la pena
que ha de imponer mi justicia,
al que hoy, vasallo, se entrega.—
Calló el Rey: mortal silencio

entre aquellos nobles reina,
que la vista no se atreven
á alzar hasta el Rey siquiera;
y la justicia entendiendo
con que don Pedro sentencia,
y el delito que castiga,
de temor algunos tiemblan.
Sus miradas penetrantes
en torno de la asamblea
dirige el monarca, y bajas
viendo todas las cabezas,
— en señal de asentimiento
y de que su fallo aprueban,—
por traidor y regicida,
á muerte infame condena
á Abú-Saíd, su vasallo
en Granada, y la sentencia
manda que le comuniquen,
para que su suerte sepa.

II

Llegó en tanto don García
á su palacio, do encuentra
á Martin Lopez de Córdoba,
quien, haciéndole una seña
le aparta de los muslimes,
que afable consigo lleva,
y con recato y misterio,
y en voz tan baja, que apénas
la percibe don García,
le dice: — Don Pedro ordena
que esta noche en vuestra casa

al Rey de Granada prenda.
— ¡El Rey lo manda!... Decidle,
vive Dios, que tal afrenta
mi linaje no consiente,
y que yo...
— ¡Tened la lengua!...
— Yo haré que bajo mi techo
tal infamia no acontezca!
— Guardáos, Maestre: que á ser otro
que no vos quien tal dijera...
Mas, tened por entendido
que cuando don Pedro ordena,
obedecerle en los nobles
es la obligacion primera.—
No dijo más; don García
tampoco le dió respuesta,
y uno y otro se apartaron
dando fin á tal escena.

III

Mientras Saíd el Bermejo
lleno de placer conversa
con los pajes y donceles
que solícitos le cercan,
el Maestre de Santiago,
la noble faz descompuesta,
á tristes meditaciones
lleno de dolor se entrega:
que la órden del Rey don Pedro
á comprender bien no acierta,
y sólo que es huésped suyo
el Rey Bermejo contempla,

y que proteccion le debe
bajo su techo; y quisiera
obedecer á don Pedro
y salvar al que festeja.
Largo rato pensativo
en tal laberinto queda;
y al fin, sin hallar remedio,
miéntras una industria piensa,
manda á todos sus donceles
que al granadino diviertan,
y ya, con faz más tranquila,
al Rey Bermejo se acerca,
y llevándole á otra estancia
donde hay servida una mesa,
que honrar su casa se digne
con tono afable le ruega.
Sirven allí nobles pajes
abundante y rica cena,
sin contrariar las costumbres
y musulmanas creencias.
Yantan sentados los moros
de su señor á la mesa,
y guardan todos silencio
por que están en su presencia;
y miéntras que todos comen
con apetito, él no prueba
ningun manjar, y revuelve
mil encontradas ideas.
Ya vencedora en Granada,
lleno de gozo contempla,
halagada por la suerte,
su desplegada bandera,
y oye repetir su nombre
por la multitud frenética,

en su Granada querida,
en su Alhambra la soberbia.
Ya el semblante de don Pedro
lleno de dudas recuerda,
cuya siniestra sonrisa
si da esperanzas, aterra...
Y observando el gran misterio
con que el Maestre le rodea,
que el Rey don Pedro castigue
su deslealtad sospecha.
Mas de improviso, el estruendo
de armas y pasos resuena,
y cámbianse en realidades
las que juzgaba quimeras.
Pero ántes que el aposento
en que Abú-Saíd se encuentra,
llene con sus alabardas
sañuda la soldadesca,—
levantándose el Maestre,
al Rey Bermejo se acerca,
y sin hablarle palabra
hácia un camarin le lleva,
desde donde el granadino
ve espantado abrir la puerta
de la otra estancia, y que muchos
soldados allí penetran;
y escucha que Martin Lopez,
de aquella gente cabeza,
grita con voz espantable:
— ¡Preso el Rey Bermejo queda!
Don Pedro, Rey de Castilla,
así en justicia lo ordena
por regicida y rebelde,
y á muerte vil le sentencia! —

ROMANCE TERCERO

LA MUERTE DE ABÚ-SAÍD

I

No bien escucha el Bermejo
á Martin Lopez de Córdoba,
cuando, llevando la diestra
á la ancha espada, con cólera,
sin que impedirlo el Maestre
pueda, aunque atento lo estorba,
en medio de los soldados
cual rayo ardiente se arroja.
Y encarándose con Lopez,
la faz siniestra y sañosa,
blandiendo airado el acero,
grita con voz estentórea:
—Mientes tú, y miente tu Rey!
¡Villanos!... Esta es la honra
de que don Pedro hace alarde
y de que tanto blasona!
Pues cobrar mi vida quiere,
ved si las armas la cobran:
que no se entrega el Bermejo,
miéntras aliente, á persona!—
Y embistiendo á Martin Lopez,
al ver que ánimo recobran
los granadinos, se traba
entre ámbos lid espantosa.
Y el chocar de los aceros
en las tresdobladas cotas,

los gritos de los que mueren
los del que triunfante acosa,
  los juramentos, é insultos
que las unas á las otras
se dirigen incitantes,
entre la lucha, las tropas;
  la sangre cálida y negra
que el pavimento colora,
el desórden espantoso
que llena la estancia toda,
  los cuerpos aún palpitantes
que ruedan sobre la alfombra,
y á los fieros combatientes
los embarazan y estorban, —
  formando conjunto horrible
que embriaga al par que trastorna,—
horror y pánico infunde
y el ancho aposento asorda.
  Breves, muy breves momentos
duró la lucha rabiosa:
que cediendo, al fin, al número
sucumbe la gente mora;
  mas no sin vender la vida
cara, ceden la victoria
y su ardor en el combate
sangrientos restos pregonan.
  Sólo Abú-Saíd alienta:
que esgrime la cortadora
espada con tal denuedo
que derriba cuanto toca;
  aún la lid mantiene osado
con Martin Lopez de Córdoba;
y aunque ámbos están heridos,
ámbos con furor se acosan,

y ninguno sobre el otro
le menor ventaja logra:
que por sus venas circula
en ámbos sangre española.
Mas de súbito el Maestre
á quien el lance acongoja,—
tanto por ser en su casa
cuanto porque daña su honra,—
entre los dos combatientes
con noble interés se arroja,
y—¡Tenéos!—gritando, al moro
hace con su cuerpo cota.
Pero en balde; porque al punto
sedienta de sangre y pronta,
sobre Abú-Saíd se lanza
la soldadesca furiosa;
y sin que nadie impedirlo
pueda ya, y sin que se oigan
ni las voces del Maestre
ni las de Martin de Córdoba,
los rudos golpes repite
sobre Abú-Saíd, y corta
el hilo de su existencia
con mano aleve y traidora.

II

Entre dorados celajes
que tíbio fúlgor arrojan,
alza su espléndida frente
el sucesor de la aurora;
y con sus rayos, el mundo,
que en dulce sueño reposa,

a vida y el movimiento
á un tiempo mismo recobra.
Brillan en la alta Giralda
los globos que la coronan,
y la arrogante Sevilla
á la vida otra vez torna.
Cruzan sus estrechas calles,
dueñas y damas hermosas,
que prenden los corazones
en las redes de sus tocas.
Crúzanlas tambien donceles,
hebreos y gente mora,
caballeros de Navarra,
de Leon y Barcelona.
Y aquí un corrillo se junta
de las castellanas tropas,
y despues que han murmurado
sucesos de mucha monta,
— segun es grande el recato
con que los dicen sus bocas, —
incomprensible disgusto
en sus semblantes se nota.
Allí, de gente del pueblo
otro corrillo se forma,
y circulan mil noticias
á la par contradictorias;
y los moros apazguados,
que mudejares se nombran,
á todo el mundo preguntan,
sin que nadie les responda.
Más allá, dos caballeros
disputan y se acaloran,
y cada cual en su auxilio
las leyes del reino invoca.

Unos dicen que don Pedro,
en ménguа de la corona,
la hospitalidad quebranta
y su dignidad deshonra,
prender mandando al Bermejo,
por vengar en su persona
antiguos ódios, ó acaso
por robar sus ricas joyas.
Otros dicen que manchando
del régio alcázar las losas,
la sangre de los muslimes,
del cielo venganza implora.
Otros, de varias maneras
cuentan la muerte afrentosa
del granadino, diciendo
que le hirió Martin de Córdoba.
Y entre todos, alegando
leyes que el mundo no ignora,
hay muchos que de don Pedro
la razon allí pregonan,
haciendo ver la justicia
del Rey, al poner por obra
el castigo, en un vasallo
que es rebelde á la corona,
y refieren el suceso
con palabras misteriosas,
y la lucha encarnizada
con Martin Lopez de Córdoba.
Mas en tanto, por la calle,
formando lucida tropa,
cabalgan unos ginetes,
y á verlos todos se agolpan;
y los siguen: que entre ellos
va Juan Alfonso Mayorga,

quien con gran trabajo y maña
el paso al overo acorta.
Mas reparando en la hueste
que á servir va al Rey de escolta,
corren entre el vulgo nécio
mil noticias espantosas.
Hay quien dice que á Tablada
va el Rey con tal ceremonia
para dar muerte al Bermejo,
á quien aborrece y ódia;
y entre mil y mil denuestos
y entre mil y mil lisonjas,
pasa el dia; y el monarca
al régio palacio torna.
Y diz, que entre los parciales
que para Enrique ambicionan
el trono de Alfonso Onceno
y al Rey don Pedro apostrofan,
cual verdad indiscutible
circuló de boca en boca
de la muerte del Bermejo
relacion harto espantosa,
en la que, con negras tintas,
que al cabo lo cierto borran,
al Rey don Pedro presentan
como asesino en la Historia,
afirmando que en Tablada
quitó, con mano alevosa,
al Rey Bermejo la vida
don Pedro mismo en persona.

1839.

EL REY Y LA IGLESIA

(1368)

I

UN PASEO EN TABLADA

Apénas sus tibios rayos
desde el Oriente vertía
la aurora, dando á las flores
perlas, y á los campos vida,
y su sonrosada lumbre
las altas torres sombrías
débilmente iluminaba
de la opulenta Sevilla, —
ciudad tan noble y tan bella,
tan populosa y tan rica,
que el Guadalquivir triunfante
divide en dos y ameniza, —
cuando á caballo don Pedro,
por la márgen discurría
del Bétis, una mañana
de primavera florida.
Cumplido albornoz de seda
los régios hombros cubría,
cayendo sobre las ancas
del fiero corcel que aguija.
Adornaba la cabeza,
sin plumas y sin divisas,

bonete de veludillo
bordado de sedas finas.
Ancha y terrible la espada
del rico cinto pendía,
regalo del granadino,
que el Rey tiene en mucha estima.
Ora con rostro halagüeño
contemplaba las barquillas
que el Guadalquivir cruzaban
en direcciones distintas,
y á los pobres pescadores
tender las redes veia,
ó levantarlas alegres,
llenos de honrada codicia;
ora con rostro severo
el caballo detenia,
y en el ademan quedaba
del que algo grave medita,
y clavándole la espuela
el freno al punto volvía
del arrogante castaño,
que rápido el viento agita;
mas, parándose de pronto
en la deliciosa orilla
del rio, cuya corriente
con la baja-mar crecía,
vió que de una galeota
le llamaban; y de prisa
se acerca al velero barco,
y así á los de á bordo grita:
—¿Quién sois y qué me quereis?
¿De dó venis?
—De las Indias
venimos, ilustre hidalgo, —

con mesura le replican.—
Y, por Dios, que hemos traido
tales y tantas noticias,
que jamás en estas tierras
fueron tamañas oidas.
—Tened, pues, señor indiano
dijo el rey, la cortesía
de decirme algunas de ellas
ya que son tan inauditas.
—De buen grado, caballero.
Las últimas que corrian
escuchad: son de gran monta...
—Ya escucho: podeis decirlas.
Y en alta voz el del barco
las sacras bulas intima,
en que el Pontífice Urbano
la descomunion le envía.
Atónito el Rey don Pedro
lleno el corazon de ira,
fuego echando por los ojos,
los dientes feroz rechina;
la temible espada empuña,
el ancho hijár acribilla
de su corcel, y en las ondas
furioso se precipita,
cayendo cual roca inmensa
de altos montes desprendida,
que en su rápida carrera
no encuentra quien la resista.
Mas surca veloz las aguas
la embarcacion fugitiva,
y á impusos de la corriente
huye, las velas tendidas,
Huye; y el Rey iracundo

á quien riesgos no intimidan,
ardiendo en furor la sigue:
¡tal la indignacion le anima!
La alcanza al fin; el acero
un punto en el aire brilla:
se escucha un golpe y la barca
cruje, y su vigor duplica.
Mas no cede el Rey don Pedro;
ántes de nuevo se obstina,
y á meterse en la corriente
con fúria al bridon obliga;
empero el bruto, nadando,
sobre las ancas se empina,
al perder la blanda arena
cenagosa y resbaliza,
y el Rey don Pedro, de espaldas
cayendo en las ondas frias,
á un tiempo desaparece,
y — *¡Valedme cielos!* — grita.

II

LOS BARCOS

En una barca pequeña,
que gobiernan dos remeros,—
roto el albornoz murciano,
y aún en la diestra el acero,
la noble faz descompuesta,
desordenado el cabello,—
en direccion á Sevilla
vuelve airado el Rey don Pedro.
Amenazante y furioso,

á Urbano Quinto y su imperio
jura negar la obediencia,
y hacer libres á sus reinos;
y piensa que harán lo mismo
los otros reyes, sus deudos
para que el Papa conozca
lo que puede el Rey don Pedro.
Mas llega el barco á la orilla,
que ocupa asustado el pueblo;
el Rey en la arena salta
veloz y de fúria lleno;
y á grandes voces, al vulgo
pide su caballo, y ciego
por la ofensa, lo cabalga,
volando en él hácia el puerto.
Llega á la *Torre de Oro*,—
en que riquezas sin cuento,
segun las crónicas dicen,
guardó él mismo en aquel tiempo,—
y al capitan de la guardia,
Álvar Sanchez de Toledo,
así imperioso le dice
nublando su rostro el ceño:
—Corred, volad, Álvar Sanchez!
Pronto! Que atruenen el viento
las bocinas de la costa,
y, á perseguir á un perverso,
mandad que salgan al punto
las galeras de mi reino,
y que sin falta le traigan
á Sevilla, vivo ó muerto!
Dijo: y Álvar Sanchez corre
aturdido; y sin aliento
llegó á Trïana, del Rey

para cumplir el precepto.
Pero es tanta la impaciencia
en que se agita don Pedro,
á quien, para hacer justicia,
le faltan espacio y tiempo,
que clavando el acicate
en su castaño de nuevo,
corre tambien á Triana
en altos gritos diciendo:
—Salid! Volad, mis soldados!
Corred! Volad, marineros!
Pronto! Nadie se detenga!
Que muera el traidor! Volemos!—
Y en breve instante mil barcos,
ya de velas, ya de remos,
rompen las ondas tranquilas
y corren al mar lijeros,
miéntras la ribera asordan
de las bocinas los écos,
que por ella van la alarma
con sus voces difundiendo.
Mas como nadie conoce
al ya sentenciado reo,
aunque le alcanzan, lé juzgan
como español, y del puerto;
pues en la difícil fuga,
la persecucion previendo,
la bandera de Castilla
desplegó sagaz al viento:
y así libre entre enemigos,
por su industrioso manejo,
vióse el nuncio de la *Iglesia*
burlando al *Rey* justiciero.

III

URBANO V EN AVIÑON

En ancho sitial, que ostenta
del respaldo en los remates
la pontifical tïara
y las simbólicas llaves,
sentado está y pensativo
de la Iglesia el Santo Padre,
en una estancia espaciosa,
á un tiempo severo y grave.
Dos blancas velas alumbran
el ancho salon, y arden
al lado de un Crucifijo
sobre una mesa, radiantes.
Al otro lado, vistiendo
purpúreo y ámplio ropaje,
sentando á la par de Urbano
se ve un varon respetable;
y á distancia comedida,
en actitud espectante,
todo de negro vestido,
se mira otro personaje,
quien, cual su silencio indica,
y acreditan las señales,
acaba de hablar, y espera
que su Santidad le habla.
—¿Con que así el Rey de Castilla
amenazaros osó,
sin ver que érais otro yo,
dando ese ejemplo á Sevilla?
¿Con que, sin tener presente

que en vos, á mi autoridad
faltaba, su vanidad
le hizo á tal punto insolente?...
Pues bien: sepa el castellano
que, si él en Castilla es Rey,
tambien mi palabra es ley
en todo el orbe cristiano!
Y sepa que si, cual hombre,
su temeridad me aterra,
despues de Dios, en la tierra,
no hay dignidad que me asombre!
Irá otro nuncio á Castilla,
y los templos cerrará,
y al pueblo maldecirá
si don Pedro no se humilla!
—Ah, Señor! No conoceis
el altanero valor
de don Pedro! Tal rigor
no así con él extremeis!
— Bien está. — Y el Arcediano
entre confuso y cobarde
sin detenerse un momento,
veloz de la estancia sale;
y el Cardenal y el Pontífice,
con bien distintos semblantes,
el más profundo silencio
guardaron por breve instante.
Mas cesando de improviso
los furiosos vendabales
que el pecho de Urbano agitan
y su espíritu combaten,
y recobrando la calma,
dice al otro personaje,
que es Cardenal de San Pedro,

con voz pausada y suave:
— Ya veis, Cardenal, la méngua
que el santo imperio tendrá,
si el Rey don Pedro prosigue
en su proyecto infernal;
pues bien sabeis que Castilla,
en toda la cristiandad,
es la más fiel, y sus reinos
los que más tributos dan.
Yo, depuesto por lo tanto,
el orgullo terrenal,
quiero que el jóven monarca
quede absuelto desde hoy más:
que no está bien, mi sobrino,
tenaces exasperar
el ánimo de los Reyes
si pueden hacernos mal.
Quién sabe si con don Pedro
fué el Arcediano, quizá
áspero y duro, causando
resolucion tan fatal!
Ireis vos mismo á Sevilla,
do el Rey se encuentra, á tratar,
y no le hallareis tan fiero:
que es cristiano, y calmará.
Empero si permanece
en sus empeños tenaz,
diréisle que Urbano Quinto
aún perdonarle sabrá:
que no es razon que los mismos
que deben ejemplo dar,
levanten contra nosotros
las manos con impiedad.
Y añadidle que la *Iglesia*,

por concesion singular,
le absuelve de sus pecados
sin voto penitencial;
mas que de aquí en adelante
se abstenga el Rey de pecar,
porque tanto ya no sufre
mi excesiva caridad.
Marchad, pues, que en vos confío:
no os detengais, Cardenal:
ved si del Rey de Castilla
podeis la saña calmar.—
Dijo: el Cardenal al punto
del rico sitial brillante
se levanta; se arrodilla
á los piés del Santo Padre,
y besándole el anillo
con respeto y amor grandes,
sin decir palabra alguna
tambien de la estancia sale.

Á poco tiempo, en Sevilla,
por las plazas y las calles,
con gran pompa y aparato,
y al son de los atabales,
que con sus écos sonoros
llenaban los anchos aires,
mandó publicar don Pedro,
del Cardenal el mensaje,
y con torneos y justas
en que tomó él mismo parte,
celebró el *Rey* con la *Iglesia*
francas y seguras paces.

1839.

LA ARROGANCIA FRANCESA

(1438)

ROMANCE PRIMERO

INTRODUCCION

Del afamado castillo,
que lleva *del Oro* el nombre,
y que en cuantos tiene Italia
otro igual no reconoce,
en ámplia y severa *cuadra*
de dorados artesones,
y muros enriquecidos
de pinturas y labores,
en blasonados sitiales
están sentados tres hombres,
cuya clara estirpe muestran
en su ademan y en su porte.
De exígua estatura el uno;
los otros dos, más conformes,
corpulentos; los tres tienen
aire majestuoso y noble.
Mantiene aquél en la diestra
diversos pliegos, en donde
se ven geográficos planos,
que dan de Nápoles norte;

y descubierto, sin duda
por que el respeto lo impone,
viste gaban leonado
con randas de pieles dobles.
De fino raso, los otros
ciñen vistosos jubones,
bordados de peregrinas
y primorosas labores.
Llevan al par ámplios sayos
del más rico chamelote,
y ambos cubren las cabezas
con sombreros españoles.
El uno es de edad madura,
empero robusto y doble:
el otro, aunque descarnado,
de faz agraciada y jóven.
Aquél, es Alonso, el Quinto,
Rey de Aragon y Segorbe;
éste, el infante don Pedro,
que trás de sus huellas corre.
Ambos atentos escuchan
contar el sangriento choque
que con las haces del Papa
tuvieron los españoles,
rotas quedando y vencidas
las pontificias legiones,
y ambos en la faz demuestran
el gozo que el pecho esconde.
Miéntra el otro personaje
con solícitas razones,
afirma que el de Salerno,
el de Nola y otros Condes,
sólo la señal esperan
para lanzarse conformes

en la liza, abandonando
del de Anjou las pretensiones,
y alzando por don Alonso
sobre sus feudales torres
los estandartes de Italia,
que por su Rey le pregonen.
Habló así; y segun refieren
discretos historiadores,
es fama que esto dijeron
aquellos altos varones:
—Mucho siento, Picinino,
que así el Padre Santo estorbe
mi advenimiento á aquel trono
que por ley me corresponde.
Lo siento, sí; y pues el Papa
á mis derechos se opone,
dando á Juan de Witelesco
de hacernos la guerra órden,
y pues rompieron mis huestes
sus débiles escuadrones,
penetrando en Terracina,
como triunfantes señores,—
no será el Rey don Alonso
quien humillado se postre
á las plantas del Pontífice
que así la ley desconoce;
y miéntras tenga en mi campo
caballeros é infanzones,
que cuantos peligros haya
sin miedo en el pecho arrostren,
no hay ceder, aunque la Francia
y todos sus ricos-omes,
para luchar con mis bravos
Renato altivo convoque.

Mas dadme á ver, Almirante,
esos planos: que ó engañóme
la confianza, ó muy pronto
saldré con mis pretensiones.
¡Nápoles! Vedla, don Pedro:
segun es fama, en el orbe
no hay otra ciudad más bella,
ni más populosa y noble!
— Éslo, en verdad, don Alonso;
pero el pensar que es la córte
de un usurpador, la sangre
me envenena y descompone.
— No lo será largo tiempo,
si Dios nos dá sus favores:
que pronto sobre sus muros
veré volar mis pendones.
Ya veis cuál de sus castillos
coronan las altas torres,
sin que el francés altanero
de ellas arrancarlos ose.
Mas... ¿qué rumor, Almirante,
en la esplanada se oye?...
Id al punto, y ved quién mueve
tan importuno desórden. —
Y la voz obedeciendo
que tal mandato le impone,
Francisco de Picinino, —
capitan de alto renombre,
que de Aragon las banderas
acaudilla, — levantóse
del sitial, para cumplir
del Rey, su señor, la órden.
Pero al salir presuroso
del régio salon, hallóse

con el Conde de Caserta
y otros ilustres señores,
que de aquel rumor la causa
refieren al punto acordes,
y que afanosos le ruegan
que al Rey á decirla torne.
Y volviendo el Almirante
á la régia estancia, en donde
impaciente el Rey le aguarda,
seguido de aquellos nobles,
al insigne don Alonso,
con aire sumiso, entónces
estas palabras dirige,
que su indignacion esconden:
—Renato de Anjou os envía,
gran Rey sus embajadores,
que vuestro permiso aguardan
para hablaros. — Inmutóse
con esto el Rey; y creyendo
que tréguas, tal vez, propone,
con señalado disgusto
desdeñoso le responde:
—¡El duque de Anjou! ¿Qué intenta?
Ya no es tiempo de razones...
Que entren, no obstante... Sepamos
qué pretende... Dad la órden. —

ROMANCE SEGUNDO

LA MANOPLA

Por entre el bosque de picas
que las antesalas puebla,

formando muro de acero,
do jaldes penachos vuelan,
precedidos del faráute,
que sobre su pecho ostenta
los escudos de Renato,
Duque de Anjou y de Lorena,—
dos gentiles reyes de armas
con paso firme atraviesan
hácia do el Rey don Alonso
sosegado los espera,
asistido de los nobles,
que sus ilustres enseñas
con heróico empeño siguen,
y sus derechos sustentan.
Está el infante don Pedro
sentado á su mano diestra,
del trono junto á las gradas
en que su poder ostenta
el ínclito Rey su hermano,
quien, con faz tranquila y leda,
con sus caballeros habla,
sin cortesana etiqueta.
El más profundo silencio
en toda la estancia reina,
cuando los reyes de armas
al pié del sólio se llegan;
y con altivez pidiendo
para hablar al Rey la vénia,
así en voz alta prorumpen,
siendo el faráute su lengua:
— Á vos don Alfonso el Quinto,
Rey de la gente proterva,
que en la destuccion y el crímen
todo su placer encuentra;

á vos, que mal caballero
y mal hijo de la Iglesia,
vuestra sacrílega mano
alzais contra su cabeza;
á vos, que el trono de Italia
con inaudita soberbia
pisar intentais perjuro,
seduciendo á su nobleza;
á vos, que en torpe lujuria
ardeis, y á la gente vuestra
dais, insensato, el seguro
de atropellar las doncellas,—
Renato de Anjou, el gran Duque,
Rey de Nápoles, os reta
á particular batalla,
donde abatiros espera,
al orbe entero mostrando
que la saña aragonesa
es humo leve, si airado
el furor de Francia truena.
Y porque no pongais duda
en que combatir intenta,
si vos no rehusais cobarde
medir con él vuestras fuerzas,
esta manopla os envía,
que cubrió su fuerte diestra,
para acreditar su empeño,
y en señal de que os desprecia.—
Dijo; y uno de los reyes,
con arrogante insolencia,
la manopla al pié del trono
arroja del reto en prueba.
Al seco y violento golpe
el pavimento retiembla,

y se extremecen los grandes
que al Rey don Alfonso cercan.
Mudo estupor los embarga:
la sangre hierve en sus venas;
pero ninguno se atreve
á dar de su enojo muestras.
Miéntras los embajadores,
sin aguardar más respuesta,
altivos la espalda vuelven
dirigiéndose á la puerta;
mas ántes que mesurados
á su dintel llegar puedan,
levantándose don Pedro,
ardiendo en fúria tremenda,
con descompasadas voces,
que el ancho salon atruenan,
metiendo mano á la espada
les grita de esta manera:
—Tenéos, infame canalla!
Tenéos por Cristo! Que es méngua,
escuchar vuestros denuestos
sin llevar digna respuesta!
Decid al Duque alevoso,
que su desafío acepta
del Rey Alonso el hermano,
para arrancarle la lengua!
Por que es accion de cobardes
echar fieros en la ausencia,
cuando son lenguas sin manos
las que villanas afrentan!
Decidle que en las batallas
es donde el valor se prueba,
y en ellas verá el menguado
cuál es la pujanza nuestra.

Y dad gracias, por mi vida,
á que de mi saña fiera,
os salva la investidura
con que Renato os presenta!—
Á este punto don Alonso,
á quien el furor no altera,
adelantando á don Pedro,
á los franceses se acerca,
y así sereno les dice
con faz tranquila y risueña,
que si su cólera esconde,
profundo desprecio muestra:
—Dad las más cumplidas gracias
por su atencion y modestia
á vuestro señor el Duque,
cuyo donaire me prenda.
Ya yo su valor conozco,
y de él tengo muchas pruebas;
y aunque sé cómo combaten
las nobles armas francesas,
decidle, os ruego, señores,
que señale él la palestra,
y entre tanto, aseguradle
que no faltaré á la empresa. —
Así habló el Rey don Alonso
á la embaja altanera
del francés, dando castigo
con la voz á su soberbia.
Y al par que aquellos trasponen
de la estancia real las puertas,
que los escolten cien lanzas
el aragonés ordena.

ROMANCE TERCERO

LA CELADA

Fijadas las condiciones,
señalado ya el palenque
y por cada cual nombrados
del campo de honor los jueces,
de Lucrecia Alania ilustre,
que en sus amorosas redes
del valiente don Alonso
el corazon proso tiene,
el de Aragon se despide,
y el llanto que, tierna, vierte,
con estas nobles palabras
así le enjuga y contiene:
—Si en el sangriento combate
acaso víctima fuere,
no os de pena, mi señora,
saber tan aciaga muerte.
No el llanto empañe esos ojos
que dicha eterna prometen,
ni agitado el pecho amante
acerbo dolor le asédie.
Dios que ampara mi derecho,
y en mi causa lo mantiene,
veréis como á vuestros brazos
con nuevos lauros me vuelve.
Antes de empuñar la lanza
y á riesgo tal exponerme,
de vos y de vuestro hijo
ya mi amor fijó la suerte.
Sí; que los nobles de Italia

con juramento solemne,
si en la cruda lid sucumbo,
alzarle por Rey ofrecen.
No lloreis, pues: que esas lágrimas
ya mi dignidad ofenden,
porque dudais de mi brazo,
que aún no es tan caduco y débil.
Quedad con Dios, que ya es tarde
y mis guerreros me atienden...
Descuidad: que don Fernando
es mi sangre, y mucho puede.—
Y echándole entrambos brazos
sobre su cuello de nieve,
con un beso de cariño
selló al par su hermosa frente.

Sobre generoso overo,
que el freno arrogante muerde,
y lanza cálida espuma
que los pechos emblanquece;
que templado acero viste
do el sol se espeja y esplende,
pavoneándose altivo
al peso del real ginete,
y orgulloso de tal dueño
alza la cabeza breve, —
don Alonso, el Quinto, sale
de su castillo, valiente.
De todas piezas armado
va tan gallardo y tan fuerte,
que no hay quien del triunfo dude,
ni quien el gozo refrene.
Pues el troton poderoso
con tal destreza revuelve,

es tan marcial sn apostura,
tan bravo su continente,
y el ostentoso plumaje
con tal desenfado mueve,
que, bizarro y altanero,
mancebo más bien parece.
Á entrambos lados, cubiertos
de acero de fino temple,
cabalgan el noble infante
y de la córte otros siete.
Más van por fausto y decoro,
que porque traicion recele:
pues jamás un noble pecho
traicion de otro noble teme.
De Nápoles á tres leguas,
señalado está el palenque,
y á él camina don Alonso,
ya de llegar impaciente,
con el corazon henchido
por la esperanza, y alegre
de encontrar á su adversario
cuerpo á cuerpo y frente á frente.
Mas al pasar la garganta
que formaron las vertientes
de alto monte, cuyos picos
en el cielo azul se pierden,
de entre las rocas brotando,
ante los aragoneses, —
que confiados caminan
al correr de sus corceles, —
de súbito se presenta
ropa extraña de ginetes
que sin órden ni concierto
los acosan y acometen.

Breve instante, sorprendidos,
los de Aragon se detienen;
mas en sí tornando al punto,
ante el peligro se crecen.
Y recogiendo las riendas,
los nobles brutos revuelven,
y con saña de ofendidos
y con furor de valientes,
sin contar los adversarios,
sobre ellos caen de repente,
como el rayo desprendido
de la bóveda celeste.
Corta es la refriega; empero
terrible y feroz! Parece
que á la turba de asesinos
el mismo Satan enciende!
Pues con rabioso ardimiento,
desdeñando el defenderse,
á don Alonso y los suyos
por todas partes ofenden.
Pero en balde; porque en tanto
que el rudo choque sostienen,
discretos, como caudillos,
y como soldados, héroes,
el Rey y el infante animan
á sus caballeros fieles,
que, ya enardecidos, siembran
en torno suyo la muerte;
y en la banda de asesinos,
que oculta órden obedecen,
ceban su furia sangrienta
los bravos aragoneses.
Uno escapar del combate
solo y desarmado puede,

el justo enojo burlando
de los que á su Rey defienden;
y con extraña presteza,
á que alas el miedo ofrece,
entre las rocas del monte
desatinado se pierde.
Quedó la lid terminada
y por Aragon la suerte,
dando así, claras señales
de que Dios al Rey proteje.
Cubiertos de sangre y polvo,
abollados los arneses,
sin airones ni penachos
los ferrados capacetes,
los bizarros caballeros
al Rey don Alonso vuelven
y así exclaman recelosos:
—No es éste, señor, no éste
buen augurio para un reto;
perfidia es de los franceses
esta emboscada traidora,
y aviso de Dios parece!
Volvéos atrás: que si el cielo
propicio ora nos defiende,
tal vez más léjos seamos
víctimas de esos aleves!
—No haré tal, el Rey responde.—
Dí mi palabra solemne,
y he de morir ó cumplirla
cual buen caballero debe.
Poco importa que Renato,
tales vilezas intente:
marchemos, pues, que ya ansío
dar vista al feral palenque! —

ROMANCE CUARTO

EL CAMPO

Manchados de fresca sangre
los corceles poderosos;
destrozados los arneses,
que van cubiertos de polvo,
en la anchurosa palestra
penetra el Rey don Alonso,
con los valientes guerreros,
sosten de su vida y trono.
Ya los jueces del combate
sus puestos ocupan todos
en el cadalso que cubren
tapices de seda y oro;
ya la multitud ansiosa
hierve del palenque en torno,
revolviéndose impaciente
al ver el estádio solo,
y el aire vago rompiendo
con sus acentos sonoros,
á los nobles paladines
llamó el clarin belicoso,—
cuando en el extenso circo
penetra el Rey don Alonso.
á cuantos ven su apostura
causando profundo gozo.
Venecianos, genoveses,
romanos, malteses, corsos,
milaneses, sicilianos,
sardos, ingleses y todos,

en fin, al ver al Monarca
de Aragon, que atiende ansioso,
en altos vivas prorumpen,
que repite el éco sordo.
Miéntras las francesas turbas
le miran con ceño torvo,
y en silencio le contemplan,
llenas de espanto y asombro.
Rigiendo con faz serena
el Rey su arrogante potro,
una vuelta sosegado
hizo del palenque en torno;
y sobre sí revolviendo
el animal generoso,
en el medio de la arena
se detiene don Alonso.
Gritos de entusiasmo arranca,
que cambia el temor bien pronto,
al notar turbado el vulgo,
que el récio arnés lleva roto,
y al ver la sangre, aun reciente
que mancha el bridon fogoso;
y—¡Traicion!—apellidando,
crecen en estruendo ronco.
Éco hallando entre los jueces
de la multitud el voto,
mandan llamar al Monarca,
á su pesar recelosos,
para que el caballo acerque
y les dé razon de todo
cuanto sus armas revelan
y mueve tal alboroto.
Deferente á la demanda,
sereno y tranquilo el rostro,

el de Aragon á sus jueces
satisface de este modo:
—No es nada, por Dios, señores,
que moveros pueda á enojos:
siempre á la guerra acompañan
el bandidaje y el robo.
Sangre es esta de bandidos,
que me asaltaron ha poco:
ved si de ellos cuenta he dado,
cuando estoy sangriento y roto... —
Y haciendo una cortesía,
revuelve al altivo potro,
tornando al medio del circo
con aire majestuoso.
Como llama que prendida
del árbol seco en el tronco,
y aliento y vida recibe
del viento rápido al soplo,
recorriendo la campiña
veloz, cual rayo estruendoso, —
así la noticia vuela
del ancho circo en redondo,
levantando entre las gentes
rumor siniestro aunque sordo,
y despertando sospechas
que ya dicen sin rebozo;
pues há tiempo que en la arena
aguarda el Rey don Alonso,
y el duque de Anjou no asoma,
ni sus parciales tampoco,
siendo así que de sus bríos
alarde haciendo orgulloso,
es el retador, y debe
de ser el primero en todo.

Pero en balde, en balde esperan
verle aparecer ansioso,
y entrar en la arena, en donde
mueve su tardanza asombro;
en balde, en balde, le aguarda,
impaciente y con enojo
el aragonés, cansado
de hallarse en el campo ocioso:
que aquel retador soberbio,
aquel altanero mozo,
que el mundo entero encontraba
para su arrogancia poco,
por ninguna parte asoma
de los desiertos contornos,
y, tal vez, allá en el monte
vaga despechado y solo.
Tres veces ya los timbales
resonaron sonorosos
llamando á la lid al Duque
y proclamando su oprobio,
y ya el sol en el ocaso
hunde las guedejas de oro,
de su luz privando al dia,
para dar vida á otro polo;
y ya los jueces deciden,
tachándole de alevoso,
de dar la prez del combate
al bravo Rey don Alonso,—
cuando éste, como advertido,
y cual noble, generoso,
viendo que el Duque se tarda,
acude á los jueces pronto,
demandando á su nobleza
con acento respetuoso,

que le conceda más tiempo,
de su alteza en testimonio,
para aguardar á Renato,
de quien no intenta su encono
triunfar, sin que ántes sus armas
prueben el francés arrojo.
Todo inútil: pardas sombras
envuelven ya el valle umbroso;
ya de la noche, sereno,
brilla el astro melancólico;
y el de Anjou á la noble liza
no comparece tampoco,
los timbres de su linaje,
felon, cubriendo de oprobio.
De timbales y trompetas
sonó el acento sonoro,
entre la alegre algazara
que mueve el público asombro;
é imponiendo los faráutes
silencio profundo á todos
cuantos el suceso agita
del ancho palenque en torno,
levántase un rey de armas
en el cadalso ostentoso,
y esta sentencia pronuncia
con firme y solemne tono:
— Nos, el Senescal preclaro
de la potente Inglaterra,
nos, los ilustres varones
de Nápoles y Venecia,
jueces árbitros del campo
á dó citó la soberbia
del Duque de Anjou altanero,
á la española nobleza,

cual traidor le declaramos
y cual cobarde, en su ausencia,
ya que á la voz de su honra
no acude, como debiera,
y al Rey don Alonso, en premio,
damos por bueno en la empresa,
y vencedor le aclamamos,
como la justicia ordena. —
No dijo más; al cadalso
corre el bravo don Alonso,
y entrega la inútil lanza
al Senescal poderoso.
Vuelve despues el caballo,
y entre mil aplausos roncos,
á sus capitanes torna
despechado y silencioso,
desapareciendo en breve
de la arena, donde absortos
millares de nobles deja
y de su garbo envidiosos.

Á poco tiempo, en los muros
de Nápoles, dando enojos
á Francia, y renombre eterno
de Aragon, al quinto Alfonso,
los estandartes de España
volaban, y el Duque roto
y deshecho, en vano implora
por toda Italia socorros.

Sevilla — Enero de 1842.

EL FAQUÍH DE GÜERBA

(1487)

ROMANCE PRIMERO

LA RESOLUCION

Medio oculta entre jarales
y selváticos arbustos,
que en torno al áspero monte
crecen por do quier incultos,
se descubre una caverna
cuyo ambiente espeso y húmedo,
jamás alegró la lumbre
del sol esplendente y puro.
En ella está, rodeado
del misterio más profundo,
un hombre extraño, á quien mira
con supersticion el vulgo.
Palabras entrecortadas
en incesante murmullo
pronuncia entre dientes, torva
la faz y el gesto sañudo.
Impregnadas de fiereza,
de sus ojos, furibundo,
despide horribles miradas
que espantan, en torno suyo.

Pálido el rostro: la barba
luenga y de color impuro,
se derrama por el pecho
que cubre un gaban moruno.
Destocada la cabeza,
deja ver los hondos sulcos
que labró el tiempo en la frente
que alza á los cielos convulso;
y como fiera enjaulada,
en aquel silo profundo,
presa de furor terrible
se revuelve corajudo.
Ora hincando ambas rodillas
en tierra, y el rostro oculto,
breve instante permanece
inmóvil, sombrio y mudo;
ora se alza de improviso;
y, como cediendo á impulsos
de intenso furor, las manos
se retuerce cruel y rudo;
y mesándose las barbas,
lanza entre gritos agudos,
espantosas maldiciones
que atruenan el antro oscuro;
ya, algo tranquilo, repite
mil satánicos conjuros,
en los cuales mezcla á veces,
cosas y nombres augustos;
y ya más, sereno, —acaso
porque lograr piense el fruto
de sus artes, — así exclama
extremecido y convulso:
—¿Cómo permites, tú, el grande,
tú el señor de los dos mundos,

el justo Alláh, que perezcan
tan sin amparo los tuyos?
¿Dónde está la ardiente espada
que tu santa ley impuso,
y ejércitos mil deshizo
y siervos te dió sin número?
¿Dónde está?... ¿Qué se hizo de ella?
¿Qué se hizo?... De sangre y luto
cubrirá mi saña horrenda
las glorias de esos perjuros!
Mi mano, esta flaca mano,
que tocando está el sepulcro,
para ellos será implacable
y despiadado verdugo!
Y ya que Alláh omnipotente
así sábio lo dispuso,
postrará esta débil caña
de aquel roble el fiero orgullo,
volviendo á alzar victoriosa
Málaga sus fuertes muros,
y sus desoladas hijas
himnos cantando de triunfo...
¡Oh! ¡Así será! Por las barbas
del santo profeta juro,
ó dar salud á mi pueblo,
ó dar mi vida en tributo! —
Dice; y brillando en su rostro
amarillento y oscuro,
una sonrisa espantosa
que infundiera á Luzbel susto,
como espíritu satánico
que evoca torpe conjuro,
abandona enfurecido
aquel antro nauseabundo.

ROMANCE SEGUNDO

UNA EMPRESA ATREVIDA

—Si no escuchais mis mandatos,
si sois sordos á mi voz,
y ociosas miro las armas
á que Andálus se rindió,
y no desnudais la espada,
ni arde vuestro corazon,—
por infieles os maldigo,
y por cobardes os doy!
Que cuando nuestros hermanos
en el sangriento fragor
de la lucha, sucumbieron
ante el agemí feroz;
cuando nuestros mismos padres
yacen, por nuestro baldon,
en cautiverio afrentoso,
clamando en su angustia á Dios;
y en nuestros propios hogares
libidinoso furor
se cebó en nuestras esposas
y en nuestras hijas en pos,—
es vileza, es cobardía,
cuando lo manda el honor,
no empuñar la aguda lanza
ni regir fiero troton!
Al combate!... Alláh lo quiere!
¿Quién será sordo á su voz?
Hienda los aires el grito
de patria y de religion!

¿Quién de vosotros no fía?...
¿Quién de vosotros osó
dudar de lo que está escrito
y de lo que ordena Dios!..
Alláh, el sólo omnipotente,
nuestros brazos escogió
para quebrantar el yugo
que nos oprime feroz,
abatiendo de esa reina
el orgulloso pendon
que profana nuestros templos
é insulta nuestro valor!
Málaga! La ciudad bella
que amante acaricia el sol,
y el mar besa con espumas
infatigables de amor;
Málaga será la tumba
del cristiano á nuestra voz!
Alláh así lo ha decretado!
Hágase lo que Él mandó!—
Así con roncos acentos,
que miedo dan y pavor,
el rudo Faquíh de Güerba,
el mágico, á quien brindó
albergue el ántro espantoso
que el fanático fervor
mira con santo respeto
que raya en veneracion,
desencajado el semblante,
trémula y torpe la voz,
de Guadix en la ancha plaza
al pueblo en masa arengó,
levantando el estandarte
santo de la religion,

y proclamando la guerra
contra el cristiano opresor.
Viendo que vencer no logra
la apatía y la inaccion
de aquella gente que escucha
indiferente su voz,
y que entre el vulgo se encuentran
varios gomeles de pró,
allí atraidos, sin duda,
de su palabra al rumor,—
de esta manera prosigue,
firme en su resolucion,
encarándose con ellos
con nueva fúria y ardor:
— Quien ve peligrar la patria
y hollada la religion,
y áun guarda silencio infame
y al campo no va veloz,—
trocar debe esos arreos
que disfrazan el temor,
en las mujeriles ruecas,
más propias de la ocasion.
¿Para qué ceñís la espada,
que es la insignia del valor,
y para qué os dió, clemente,
manos Alláh y corazon?
Muslimes no sois! La gracia
del Islam no está con vos!...
Que sois viles renegados
dignos de suerte peor!
¿Cuándo, cuándo las mezquitas
vieron tal profanacion,
sin que el acero vengase
la ofensa en el ofensor?...

¿Cuándo vieron los muslimes
tánta infamia y tal baldon?...
¿Cuándo la cristiana gente
hasta Málaga llegó?...
¿Y os llamais nobles?... ¿Y osais,
con hipócrita fervor,
á Alláh, que os ha abandonado,
acudir en la oracion?...
Oh! Vosotros no sois nobles!
Que la nobleza acabó,
luchando gloriosamente
en el campo del honor!
Si lo sois, seguidme á Málaga!
Pero quedaos: que Dios
desde su trono os contempla
y os manda su maldicion! —

Sordo, como allá en los mares,
se escucha el vago rumor
de la tempestad, que avanza
por instantes, — resonó
entre la gente apiñada
del alfaquíh en derredor,
murmullo que fué aumentando
como centella, veloz,
y encendiendo al fin la sangre,
despiertos ya el pátrio amor
y el instinto religioso,
cual trueno horrible estalló,
aquel silencio de muerte
trocado en febril ardor,
y por do quier resonando:
— ¡Viva Abraham! ¡Viva el santon!
¡Volemos! ¡Sús! ¡Al combate!

¡Nuestra empresa es la de Dios!
¡Los que á Al-Güerbí no siguieren,
cobardes é infames son! —

ROMANCE TERCERO

EL REBATO

I

Indecisa y medio oculta
entre celajes de nácar,
trasparentes y movibles,
que por el espacio vagan,
apénas la luna brilla,
desvaneciéndose opaca,
ante los tíbios fulgores
con que ya se anuncia el alba.
Valles y montes dormidos,
en luz misteriosa baña;
y el horizonte matiza
con tintas dulces y blandas,
que van vida derramando
por el llano y la montaña,
cual precursores del dia,
aún dormido entre las aguas.
Tendidos al aire vago,
que agita leve sus alas,
brillar se ven en la Vega,
que dá su renombre á Málaga,
los pendones y estandartes,
las enseñas de más fama

que une en su córte Castilla,
haciendo ostentosa gala.
En medio del campo ondean
de Isabel las nobles armas,
que formando cruz airosa,
sostienen dos rojas barras,
y junto á su tienda lucen
del Gran Cardenal de España
las venerables insignias
y los timbres de su casa.
Ocupa el Marqués de Cádiz
— cuyas ínclitas hazañas
al vulgo ignorante admiran
y á los caballeros pasman,—
las colinas y los cerros
que suben desde las playas,
hasta dar frente al castillo
que de Gibralfaro llaman.
Bajo su invicta bandera
tiene las más fuertes lanzas,
que horror al muslime infunden,
y sus ricas vegas talan;
y desde que el Rey Fernando
cerca á la orgullosa Málaga,
ni un solo instante sosiega,
ni un solo punto descansa:
que ora infatigable oprime
á los que el castillo guardan,
ora sus torres derriba,
ora sus muros asalta,
y ora, en fin, de fúria lleno,
aparece en las batallas,
como el génio que persigue
á la morisma aterrada.

Extiéndense en la llanura
con sus valientes mesnadas,
con sus gentiles donceles
y con sus hombres de armas,
los más insignes caudillos
que al Rey sirven en campaña,
siendo el honor de Castilla
y el orgullo de la patria.
Todos sedientos de gloria,
llenos todos de esperanzas,
acuden á tal conquista,
vuelan á empresa tan alta:
que ha sonado al fin la hora
para la grey musulmana,
á quien una en pos de otra
sus ciudades arrebatan.

II

Aún no habian roto el silencio
de la apacible alborada
ni los roncos atambores
ni las tronantes lombardas,
y aún entregados al sueño
los guerreros descansaban
de las penosas fatigas
de las refriegas pasadas,—
cuando la llanura atruenan
horrendos gritos de alarma,
que incesantes se repiten
del Marqués en las estancias;
y vénse, al abrir los ojos
sus fuertes tropas bizarras,
de feroces musulmanes

por todas partes cercadas.
Crece el fragor: los muslimes,
ardiendo en sed de venganza,
cuanto á su fúria se opone,
cuanto resiste su saña,
haciendo horroroso estrago,
hieren, destruyen y matan,
así cual hambrientos lobos
cuando en el redil se lanzan.
Ya ninguno se defiende,
ni intenta nadie hacer cara:
que, entregándose á la fuga,
vuelven todos las espaldas.
Y es la confusion tan grande,
tan horrible la matanza,
tan inmenso el vocerío
que por do quier se levanta,
que no hay remedio parece,
ni salvacion ni esperanza,
ya para los castellanos
que huyen á la desbandada;
miéntras, hendiendo los aires,
en son triunfal se dilatan
de una á otra parte, los gritos
con que la morisma avanza,
cual torrente desbordado,
que, nacido en la montaña,
baja al valle, y cuanto encuentra
con fúria creciente arrastra!

III

En tanto el Marqués de Cádiz
que al primer grito de alarma,

miéntras el acero empuña
abandona sus estancias,
viendo que del campo huyen
sus más valientes escuadras,
pónese al frente de cuantos
en torno de él reune el ánsia;
y trémulo de coraje,
lleno de sonrojo y rábia,
así á sus guerreros dice
con alto acento y voz clara:
—¿A dónde, á dónde, menguados
vais, cual cobarde manada
de corderos, y al cuchillo
entregais vuestra garganta?
¿Es este el valor ¡por Cristo!
de que hicísteis tanta gala,
sí, cuando el peligro llega,
dais al peligro la espalda?
Volved! Volved, vive el cielo!
Que os está mirando Málaga,
y doña Isabel os mira
por vuestra afrenta humillada!
Volved! Volved al combate!
Que no crea esa canalla
que sois débiles mujeres
y que el corazon os falta!—
Dijo; y volando sañudo
á donde el honor le llama,
en medio de los infieles
ardiendo en furor se lanza.
Á su ejemplo, dominados
por la accion y la palabra,
los guerreros fugitivos
en su carrera se paran;

y la faz volviendo, ansiosos
de lavar tan negra mancha,
en breve instante la lucha
de aspecto y fortuna cambia.
No son ya los castellanos
los que en la fuga se salvan,
ni los que indefensos mueren
ni á los que la lucha espanta:
que ora, cual bravos leones
á los musulmanes cargan,
y por do quier los persiguen,
y acosan y desbaratan,
hallando sólo en las quiebras
y brezos de las montañas,
salvacion los que no mueren
á los filos de la espada,
ó arrojándose confusos
del mar profundo en las aguas,
aquellos que el miedo ciega
y de la suerte se espantan.

ROMANCE CUARTO

UNA ESCENA EXTRAÑA

I

Terminada la refriega
y restablecido el órden,
miéntras á ocupar sus puestos
vuelven ya los campeones,
no encontrando al enemigo,
que por los breñales corre,

lleno de pavor y espanto
en pos del sangiento choque,
—el valiente don Rodrigo
prudente y sagaz dispone,
como aquel que de la guerra
las arterías conoce,
que sin trégua ni descanso
otra vez sus tropas tornen,
y con el mayor sigilo
registren cerros y montes,
por dar caza á los muslimes
que entre las breñas se esconden
y evitar que reunidos
otra vez vuelvan traidores.
El mismo Marqués al frente
de la expedicion se pone,
por que recela que el éxito
la soldadesca malogre;
y dividiendo sus gentes
en distintos escuadrones,
para que el monte circunden,
gallardo la marcha rompe.
Mas no bien del campamento
la última linde traspone,
y altivo á subir comienza
las ágrias curvas del monte,—
cuando, buscándole ansiosos,
mira acercársele entónces
varios de los adalides
que mandan los escuadrones,
y quienes, sin darle tiempo
de que la causa interrogue
de su aparicion extraña,
le dicen estas razones:

—Gran señor: en cien combates,
luchando hombres contra hombres,
nos habeis visto, siguiendo
vuestros invictos pendones.
Que ninguno de nosotros
lo que es el miedo conoce,
demostrado está con esto:
no há menester fiadores;
pero sabed que las tropas,
al pié de unos altos robles,
que trás de aquella colina
la frondosa copa esconden,
un sér extraño han hallado
que las confunde é impone,
pues más parece fantasma
del otro mundo, que hombre.
Fija la vista en el cielo,
nada ve ni nada oye;
parece estátua de mármol
de un sepulcro, por lo inmóvil.
Refieren unos, que á veces
vuelve los ojos feroces,
y arroja fuego por ellos,
que miedo en los pechos pone;
otros, que en algarabía
dice extrañas oraciones,
y de súbito le cercan
negros y espesos vapores,
aterrando de tal modo
á los bravos campeones,
que nadie á seguir se atreve
la batida por el monte.—
Sereno el Marqués de Cádiz
tan raras noticias oye,

mostrando en su continente
que no hay nada que le asombre.
Y dando á los adalides
de que le sigan la órden,
valeroso y decidido
él mismo, la marcha rompe,
sin que revele el semblante,
ni acuse altivo su porte,
los deseos que le encienden,
las ánsias que el pecho esconde.

II

Valiente y resuelto marcha:
ya la colina traspone:
ya á sus soldados distingue
al pié de los altos robles;
y á su corcel obligando
á que por breñas galope,
sin que ninguno le siga,
penetra en el ancho bosque.
Párase en medio: ardoroso
con la vista lo recorre;
y que en él está advirtiendo,
segun las señas, el hombre
que llenos de pavor miran
los guerreros en desórden,
acercándosele altivo
de este modo preguntóle:
—¿Quién eres?.. ¿Qué en este sitio,
esperas? ¿Cuál es tu nombre?
—Soy Faquíh, y llamarme suelen
Abraham Al-Güerbí,— responde.

Ora en abstraccion profunda,
divinas inspiraciones
á Alláh potente pedía
solitario en estos bosques,
matizados con la sangre
mártir, de cien defensores
del Islam, aquí inmolados
á vuestro furor innoble.
Y Alláh, propicio, me hablaba,
oyendo mis oraciones,
de Málaga... Mas ¿qué dije?..
¿Quién eres?
—¿No me conoces?...
Yo soy el Marqués de Cádiz.
—¿Tú?... ¿Tú el Marqués?... ¿Tú el azote
del muslim?... Te reconozco!
Llévame ante tus señores.
Alláh así lo tiene escrito:
que del secreto que esconde
mi pecho, sólo me es dado
á ellos hablar de...—Anudóse
en su garganta la lengua;
la trémula voz faltóle;
y cual reo arrepentido
que su crímen reconoce,
contrito á los cielos pide,
invocando el santo nombre
de Alláh, el clemente, el piadoso,
que su indiscrecion perdonen.
Atónito don Rodrigo
tan misteriosas acciones
sin dar un paso contempla
y tales palabras oye,
notando en aquel semblante

algo de grande y de noble,
que un sér extraño revela:
que un grande misterio esconde.
Y aunque en el pecho no abriga
vulgares supersticiones,
como algunos, envidiosos
de sus hazañas, suponen;
aunque arde en sus venas pura
la alta fé de sus mayores,
del Faquíh saber desea
las vagas revelaciones.
Vencida la repugnancia,
y avanzando hácia aquel hombre,
—¿Por qué—le dice—rehusas,
ya que quien yo soy conoces,
referirme, aquí apartados
las altas inspiraciones
que de tu Alláh has recibido,
é importan á mis señores?
Por quien soy, que sino hablas
y á mi voluntad te opones...
—Tu amenazar es en balde,—
el viejo alfaquíh responde; —
sólo á tu Rey decir puedo
lo que el ángel revelóme,
y sólo en presencia suya
he de hablar. No me interrogues.
—Verás tu afan satisfecho,
pues el silencio no rompes,—
contesta el Marqués, la sangre
hirviendo en sus venas noble;
y miéntras manda á los suyos
sigan la batida al monte,
sin dar cuartel á ninguno

de cuantos la sierra esconde,
—Sígueme,—dice al anciano;
y el bridon saca del bosque,
y hácia el rëal se encamina,
seguido por aquel hombre.

ROMANCE QUINTO

LA TIENDA

I

Cercado de capitanes,
de veinte lanzas seguido,
y por todo el campamento
con afan y asombro visto,
Abraham Al-Güerbí, el muslime,
que ardiendo en furor impío
á los gomeles sedujo
y á los de Guadix maldijo;
que volando á los combates,
iracundo y vengativo,
la muerte esparció en las filas
del cristiano sorprendido,—
con ademan misterioso
y siniestro, aunque sumiso,
con el semblante inclinado,
por celar su regocijo;
sin bonete en la cabeza,
de negro albornoz vestido,
marcha hácia la rica tienda
del Rey don Fernando el quinto.

Ya del Cardenal de España
el pendon esclarecido
á sus espaldas el viento
movía en opuestos giros,
y ya á su vista brillaban
los leones y castillos
que son de Isabel los timbres
y de la victoria signos, —
cuando á la lucida escolta
llegó un tierno pajecillo,
que demostraba en su traje
estar al régio servicio,
y llevándose al birrete
la diestra, en tono expresivo,
al capitan más anciano
así á media voz le dijo:
— Nuestra excelsa soberana
mándame que os detengais,
y al moro en guarda pongais
en la tienda más cercana.
Pues ora el Rey don Fernando
en dulce sueño reposa,
de la noche fatigosa
que dióle el muslime infando.—
Los gallardos capitanes
paráronse á un tiempo mismo;
y las lanzas despidiendo,
que guardan al granadino,
al pabellon de don Álvar
de Portugal, primer hijo
del gran Duque de Braganza,
llegáronse comedidos.
Y despues de dar al dueño
con gran respeto y sigilo

la real órden, recibida
por medio del pajecillo,
en la tienda de don Álvar
dejaron al granadino,
que, hipócrita, no levanta
del suelo el rostro sombrío.

II

Era el pabellon del Conde
de los más bellos y ricos
que el campamento poblaban,
por su espléndido atavío.
Costosas telas de Múrcia,
que arrojaban gayos visos,
dábanle tapiz gracioso,
de rándas de oro guarnido.
Las pesadas colgaduras,
hechas de brocado fino,
formaban vistosos arcos
con grandes borlas prendidos,
y en su centro relucian
de plata y azul, macizos,
de Portugal los escudos,
blasones del Conde altivo.
Sobre un caballete puesta
que, formando aspa, tendidos,
atraviesan dos lanzones,
de elegantes pendoncillos,
mirábase una armadura
de templado acero limpio,
que ricas labores de oro
esmaltan, dándole brillo.

El pavimento alfombraban
paños de Pérsia exquisitos,
cuyos hermosos matices
dibujaban mil caprichos;
y sobre tan rico suelo
encontrábanse esparcidos
en agradable desórden
almohadones tunecinos,
viéndose de trecho en trecho
algun sitial, do prolijo
grabó el arte mil relieves
y mil maravillas hizo.
Varias lunas venecianas
de forma y gusto moriscos,
retratando los adornos
que ornaban aquel recinto,
le daban tan vário aspecto,
tal belleza y tanto brillo,
que de oriental alcázar
parecia el trasunto mismo.

III

Sentada en un taburete
de velludo purpurino,
doña Beatriz Bobadilla,
que es de don Álvar hechizo,
estaba: y al lado suyo,
uno grave, otro sumiso,
don Ruy Lopez de Toledo
y un religioso francisco.
Vestía la ilustre dama—
en cuyo rostro divino

tienen las gracias su trono
y el amor tiene su nido,—
  rico brial de azul y blanco,
que esmaltan morados lirios
de suaves sedas persianas,
oro siendo sus pistilos.
  La hermosa frente cubría,
cogiendo sus blondos rizos,
noble joyel de diamantes,
de la diadema prendido;
  y en el semblante mostraba
tal nobleza y señorío,
que engendraba hondo respeto
en todo el mundo, y cariño.
  Gallardo el jóven magnate,
que era en las lides temido,
gaban leonado vestía,
puesto un birrete corinto,
  do vuelan dos blancas plumas,
que el viento halaga festivo,
sujetas ambas del tronco
por esmaltado cintillo;
  y sólo una daga corta,
en la que es oro bruñido
la cruz, y marfil el puño,
llevaba puesta en el cinto.
  Con tal aparato y pompa
deslumbrado el granadino,
piensa en su afan, el menguado,
que está ante los reyes mismos;
  y á aquellos nobles magnates,
que mira á su frente altivos,
en Isabel y Fernando
los trasforma su delirio.

Silencioso breve instante
estuvo Abraham y sombrío,
esperando le pregunten
de su presencia el motivo,
y acariciando sañudo
de su mente en el abismo,
el proyecto que á la tienda
donde se halla le ha traido.
Mas viendo que ya el silencio
se prolonga, y que es preciso
aprovechar los instantes
pues no recelan peligro,
con voz firme, aunque sumisa,
y cual de sed afligido,
un jarro de agua demanda,
que le sirvió un pajecillo.
Tomólo en su mano izquierda,
mostrando insaciable ahinco,
y dando á su rostro enjuto,
que ilumina el regocijo,
aire tan extravagante,
tan extraño y repulsivo,
tal movimiento á la boca
y á los ojos tal desquicio,
que doña Beatriz pasmada,
don Álvaro sorprendido,
y el religioso y Toledo,
llenos de asombro infinito,
juzgan ver en su presencia
infernal trasgo fingido;
y mudos y sin moverse
contemplan á aquel precito.
Abraham Al-Güerbí, entretanto,
haciendo encontrados signos

sobre el agua, y repitiendo
misteriosos y malditos,
varios conjuros solemnes
en lengua y forma distintos,
prepararse parecia
á decir grandes prodigios.
Empero, dando de pronto
áspero, agudo alarido,
que atronó la estancia toda
y á don Álvar temblar hizo,
vertió el agua; y arrojando
léjos de sí el blanco vidrio,
tiró de un *cortado agudo* (1)
en sus ropas escondido,
y lanzándose furioso
á don Álvar, de improviso,
dióle en la ilustre cabeza
tan feroz golpe, que vino
á dar á los piés del moro
en la propia sangre tinto,
y — *¡Muerto soy!* — exclamando:
— *¡Valedme, ay de mí, Dios mio!* —
Rápido Abraham, alza al punto
otra vez el hierro inícuo,
que sangre caliente arroja
por los cortadores filos;
y ántes que impedirlo pueda
nadie, con encono impío,
contra Beatriz se lanza
de — *¡Muera Isabel!* — al grito.
Mas enredado el acero

(1) Espada corta de dos filos.

en el cortinaje, quiso
librar Dios á aquella dama
de tan horrible peligro,
miéntras que el fraile y Toledo
asiendo á Abraham atrevidos,
á aquel demonio oprimian
sin darle ningun respiro.

V

A las destempladas voces,
y á los moribundos gritos,
entran del Conde los guardias,
en el sangriento recinto;
y al ver postrado por tierra
á su alto señor, y herido,
y al mirar á don Ruy Lopez
y al religioso francisco,
luchar con aquel fantasma,
que áun maldiciente y altivo,
amenaza con la muerte
á los que osan oprimirlo,
con tanta rabia le embisten
hiérenle con tales bríos,
que allí sin piedad, pedazos
hacen su cuerpo maldito.

Divulgado tal suceso
y en todo el campo sabido,
los caballeros volaron
á llorar tan gran caudillo.

Y diz que la soldadesca
los restos asiendo indignos
de aquel Satan encarnado,
de aquel infame asesino,
con ellos cargó un ingenio
de fuego, ya dirigido
á Málaga, allá enviando
aquellos miembros malditos,
miéntras los invictos Reyes,
sabiendo el grande peligro
de que la bondad divina
propicia salvarles quiso,
mandaban se celebrase,
á este bien reconocidos,
con un solemne *Te-Deum*
el milagro en sus dominios.
Tal fué la suerte que cupo
á Al-Güerbí, y tal el castigo
que merecieron del cielo
su saña y su fanatismo.

Sevilla — Abril de 1841.

LA BANDERA DEL HONOR

(1489)

I

Levantadas las viseras,
desceñidos los arneses,
terciadas las gruesas picas,
que sangre mora enrojece,
don Antonio de la Cueva,
Duque y señor de Alburquerque,
con el intrépido alcaide
del Salar, Hernando Perez,
por la escabrosa montaña
de Guadix á Baza viene,
que Hacen, el gallardo moro,
del Rey Fernando defiende.
Bizarros potros cabalgan,
que en las orillas del Bétis
de árabe raza nacieron,
y al viento rápidos vencen.
Síguenlos con noble orgullo
los más apuestos donceles,
que pesadas picas blanden,
que esgrimen espadas fuertes.
Y va tambien en pos de ellos
la más aguerrida gente,

que en los cristianos reales
la Cruz sagrada enaltece.
Ostentan de insigne algara,
con mengua de los gomeles,
entre mil cautivos moros
inmesa copia de reses.
Todos contentos caminan,
descuidados todos vuelven;
pues los alienta la gloria
y les sonrien los bienes.

II

Con tan próspera fortuna
desordenadas las huestes,
antiguos romances cantan
que en pátrio honor los encienden.
Ora de Fernan Gonzalez,
primer conde independiente
de la guerrera Castilla,
recuerdan altos laureles.
Ora de Mio Cid, Ruy Diaz,
que tuvo vasallos reyes,
y á quien los santos hablaban,
triunfos sin cuento refieren.
Aquí lances amorosos
cuentan gallardos donceles:
más allá osadas empresas,
que al moro humillan y ofenden.
Y no falta en tal momento
quien brinda gozoso, y bebe
á la salud del vencido,
jácaras cantando alegre.

En tanto Bazan y Cueva,
con el alcaide Hernan Perez,
la presente gloria admiran
de los Católicos Reyes.
En doña Isabel bendicen
el génio de heróico temple,
que altas empresas medita,
y Dios inspira y protege.
En don Fernando, al caudillo
ven de las cristianas huestes,
á quien ni rotas humillan,
ni victorias desvanecen.
Y unidas ambas coronas
sobre sus augustas sienes,
no dudan ya que en la Alhambra
de la Cruz la enseña vuele.

III

Tan risueñas esperanzas
acariciaban alegres,
cuando una nube de polvo
de improviso los envuelve;
y cubriendo el sol radiante,
el claro dia oscurece,
helando todos los pechos,
turbando todas las mentes.
Ronco alarido, tronando
por mil partes diferentes,
los anchos valles asorda,
los altos montes conmueve.
Corónanse de turbantes
las cimas; rompe de frente

tropel de fieros caballos
sobre la cristiana hueste.
De árboles, riscos y quiebras
brotar muslimes parece,
que dando horribles aullidos
contra la Cruz se desprenden.
Crece el pavor: aterrados
los cristianos desfallecen:
tiemblan, y en cobarde fuga
salvar la vida pretenden.
En vano los adalides,
con el valor de los héroes,
temor tan indigno afean,
tan infame accion reprenden.
En vano intenta esforzado
el generoso Alburquerque,
ya prodigando amenazas,
ya prometiendo mercedes,
que al musulman hagan rostro
y que animosos le esperen,
mandando que se adelante
con la bandera su alférez.
Ninguno su acento escucha,
nadie su voz obedece:
que en confuso remolino
apiñados retroceden.
La rica presa abandonan;
la faz espantados vuelven:
ya dan la victoria al moro
que en ellos sañoso hiere!...

IV

En tan horrendo conflicto,
el alcaide Hernando Perez,
á quien el honor da espuelas
y la afrenta el pecho enciende,
puesto delante de todos,
como aparicion celeste,
en la punta de su lanza
un blanco pañuelo prende;
y alzándose en los estribos,
con voz animosa y fuerte,
estas palabras pronuncia,
con que la fuga suspende:
—¿Para qué espada empuñamos,
ni á qué vestimos arneses,
si esquivamos los peligros
como tímidas mujeres?
Hoy se han de ver, caballeros,
los honrados y valientes!...
Quien no temiere á los moros,
seguirme al combate puede,
que en aquesta humilde toca
seguro estandarte tiene:
cualquier bandera es sagrada,
cuando el honor la defiende! —
Así dice, y ondeando
sobre su cabeza el leve
pañizuelo, entre los moros
resuelto y veloz se mete.
Su ejemplo el honor despierta
en los fogosos donceles:

la vergüenza los aguija
y contra el moro revuelven.
Rudo fué el choque, dudosa
la lid un momento pende;
y furibundas se aprietan,
mezclándose, entrambas huestes.
Entre el crujir de las armas
y el bramar de los gomeles,
se oyó al fin el grito santo,
nuncio al musulman de muerte.
—*¡Santiago, ayuda!...*—resuena,
y—*¡Cierra, España!...*—se atiende:
despavoridos los moros,
valor y esperanza pierden.
Cual funesta carga, arrojan
el hierro, la espalda vuelven,
y en desconcertada fuga,
los más, degollados, mueren.

V

Contento á poco y triunfante
el denodado Hernan Perez
al campo llegó de Baza,
de sus guerreros al frente.
Al aire lleva tendida
la enseña que lo ennoblece;
la que alentó á los cristianos,
la que espantó á los infieles.
Ya se acerca á los reales
que el Rey Fernando mantiene;
y el Rey, para recibirlo,
salió con pompa solemne.

Y es fama que, al avistarle,
con acento y faz alegres
estas palabras le dijo,
miéntras los brazos le tiende:
— Hernando, tu heróica hazaña
digna fué de insigne premio;
y entre los nobles de España
te pone en el primer gremio.
Y yo por mi propia mano
darte el galardon querría:
tendrás mañana temprano
Órden de caballería. —
El Rey calló: los albores
del nuevo sol á Hernan Perez
caballero saludaron
ante árabes minaretes;
y de Isabel el esposo,
que espejo fué de valientes,
para unir honra y provecho,
colmóle al par de mercedes.

De este modo el amor vive
entre vasallos y reyes:
así los hombres son grandes,
y así las naciones crecen.

1843.

RESPUESTA DE ZAYDE

AL DESAFÍO DE TARFE

Que no tiene que ver nada
lo cortés con lo valiente.

Adagio castellano.

«Altivo y soberbio Tarfe,
que dejas tan fácilmente
correr la lengua y la pluma
cuando distante las mueves;
»que en denuestos y en insultos,
y en arrogantes billetes,
cifras tu gloria y tu fama,
cuando está el contrario ausente,
»sin ver que torpe mancillas
de tus nobles ascendientes,
honor y renombre á un tiempo,
y sus timbres oscureces;
»sin ver que las amenazas
en la ausencia nunca ofenden,
y que miéntras son mayores
más al autor envilecen;
»¿de quién supiste, menguado,
que Zayde el noble Zenete,
cobarde ha vuelto la espalda,
teniendo el peligro al frente?

»¿Quién te ha dicho que mi brazo
es en las lides tan débil
que al peso de gruesas lanzas
se me rinda ó se doblegue?
»Ni ¿quién, que al marcial estruendo
del clarin, no me presente
el primero en los combates,
sembrando do quier la muerte?
»¿Has, por ventura, olvidado,
que en los campos de Alcaudete,
cuando el Conde de Tendilla
desbarató nuestras huestes,
»fué Zayde, el solo entre todos,
quien mal herido y sin gente,
libertó nuestro estandarte
de manos de los infieles?
»¿O no recuerdas que en Loja,
cuando, en mil encuentros héroes,
del fiero Rodrigo Ponce
los valerosos donceles,
»asaltaron la alcazaba,
el mismo Zayde, á quien tienes
la temeraria osadía
de insultar tan néciamente,
»fué quien, lleno de entusiasmo,
seguido de cien gomeles,
los rechazó hasta las tiendas
de los castellanos Reyes?
»Si soy cortés con las damas,
si en juegos y zambras vencen
mi apostura y lozanía
tu presuncion de valiente,
»y si rudo en el consejo,
como ante las bellas, eres,

y te hielas en Bib-rambla,
como ante el Rey enmudeces,
» quéjate pues, á tí mismo,
mas no de Zayde te quejes,
apagando el fiero encono
en tu corazon imbécil.
» Empero, junto á la orilla
del Darro apacible y fértil,
aceptando el desafío
que tan sañudo apeteces,
» te acordaré que mi diestra
tan fácil las mallas hiere,
como arroja los bohordos
y los caballos revuelve.
» Y si de mí desconfías,
cual en tu carta pretendes,
ó alguna traicion infame
de mi noble pecho temes,
» que te acompañen tus deudos,
que tus amigos te cerquen,
y lleva, en fin, á Granada,
para que el duelo presencie! »

Así Aben-Zayde responde
á Tarfe, en cólera ardiendo:
sus armas al punto pide
á sus pajes y escuderos;
en potro alazan cabalga,
veloz, cual el mismo viento,
y llega, sobre él volando,
al dulce Darro, el primero.

1839.

ROMANCE MORISCO

Varium et mutabile semper, foemina.

VIRG. *Lib.* IV *Æneid.*

—Zoraima, bella Zoraima,
luz y encanto de mis ojos,
gala de la hermosa Vélez
y de Granada tesoro:
tú, por quien suspiro en vano,
tú, por quien de noche rondo
las cruzadas celosías
que se ablandan con mi lloro:
tú, por quien mis lanzas diera,
tú, por quien lo diera todo,
á cambio de una mirada
ó de un suspiro tan solo:
tú, que eres mi única dicha,
por quien la gloria ambiciono,
por quien huyo de las zambras,
por quien las hermosas ódio,—
abre ese ajiméz, señora,
y déjame ver tu rostro:
deja que aspire el perfume
que guardan tus lábios rojos.
Déjame escuchar tu acento,
como las auras sonoro;

y si en algo te he ofendido,
piadosa olvida tu enojo.
No es posible que tu pecho
virginal, abrigue encono,
por que es muy tierno, Zoraima,
y no ha de ser rencoroso.
Si me venció en la sortija,
si fué más diestro en los toros
el gallardo Aben-Malique,
ó anduvo más venturoso,
dime, ¿quién rompió más lanzas,
quién arrojó más bohordos,
ni quién revolvió el caballo,
cual yo manejé mi tordo?
¿Quién se mantuvo en la silla,
ni quién resistió brioso
la pujanza de mi brazo,
al juntarse entrambos potros?
Responde, mujer ingrata,
responde, y dime si hay otro
cuya lanza sea más fuerte
ni su corcel más fogoso:
que si conoces alguno
en Granada y sus contornos,
puedes nombrarle, y su esfuezo
probaré rostro con rostro.
Dí si en Granada encontraste
alguno más bravo, y pronto
iré volando á Granada
y aquí le traeré afanoso:
que no corriendo sortijas,
ni lidiando erguidos toros,
se dan pruebas de valiente,
sino en lances peligrosos:

al frente de los cristianos,
cuando esparciendo el asombro,
talan nuestras ricas vegas,
es cuando se muestra arrojo.
¿Has olvidado, Zoraima,
los sin iguales tesoros
que gané en Rayya al cristiano
y á tus piés rendí de hinojos?
O ¿no tienes cien cautivas
que te ofrecí victorioso,
de mi esfuerzo en el combate
y mi valor testimonio?
Mas ¡ay! Que sorda á mis ruegos,
me escondes, Zoraima, el rostro,
y está tu ajiméz cerrado
como está tu pecho sordo.
Mas, qué mucho, si al fin eres
mujer, y está dicho todo,
y como tal, veleidosa,
por que sabes que te adoro!
¡Alláh-u-akbár! Bella ingrata;
miéntras despechado corro,
á encontrar con los infieles,
que amenazan poderosos;
miéntras á la invicta Ronda,
que asédia el cristiano, acorro,
gózate en mi desventura
y en mi tormento rabioso.
Mas si algun dia triunfante
al pié de estos muros torno,
y fiel entónces recuerdas
mi amor; si tal dicha logro,
cambiáranse en alegrías
mis suspiros y sollozos,

y ante tus plantas postrado,
viviré, muerto de gozo!—

Esto Aben-Ahmed decia,
el fiero alcaide de Ronda,
junto á la plaza de Vélez,
montando una yegua torda;
y así que hubo dado al viento
su querella lastimosa,
saliéndose de la villa,
á rienda suelta galopa.

1839.

LA HOJA DEL ÁLAMO

El sol sus rayos vertía,
entre nubes de oro y grana,
sobre la frondosa Vega
de la oriental Granada,
y á su purísima lumbre,
que refleja en las montañas,
Sierra-Nevada y Elvira
parecen hechas de nácar.
De los árboles apénas
las hojas agita el áura,
y el pintado pajarillo
entre la espesura canta,

miéntras en la hermosa Vega,
llevando cristal por agua,
los bulliciosos azárbes
semejan cintas de plata.
Por entre lindes de flores,
que el vago ambiente embalsaman,
jugando en la blanda arena,
manso el Darro murmuraba;
y en los cármenes floridos,
que su camino señalan,
sobre tazas de alabastro
deshecho en espumas salta,
subiendo al Generalife,
cautivo en red de esmeraldas,
para llevar su corriente
á la deliciosa Alhambra.
Despues triunfante divide
en dos la hermosa Granada,
por mezclar sus claras linfas
con las del Genil heladas;
y, encaminándose al Bétis,
ambos confundidos marchan,
por darle de sus amores
fruto en espumas rizadas.
Allí, á la apacible orilla
donde se juntan y enlazan,
donde sus bodas celebran,
donde sus amores cantan,—
un mancebo, cuyo garbo
su noble estirpe declara,
con abatido semblante
presuroso se acercaba.
Gaban luengo y leonado,
con rapacejos de plata,

aunque mal traido y roto,
su airoso porte señala;
azul birrete, sencillo,
de terciopelo de Baza,
sin plumas ni joya, cubre
su frente, que el duelo empaña;
y el largo y rubio cabello,
deshecho en madejas varias,
sobre los hombros robustos
cae blondo, y sobre la espalda.
Al diestro lado no lleva
en el cinto aguda daga,
ni pendiente del siniestro
récia y cortadora espada:
que va solo y desarmado,
cual cautivo en tierra extraña;
mas como cautivo noble,
esclavo de su palabra.
Llegó, en fin, triste el mancebo
á las márgenes que esmaltan
con su caudal los dos rios,
gloria y placer de Granada;
y al pié de un álamo blanco,
que al cielo su frente alzaba,
espeso toldo tegiendo
de verdes, frondosas ramas,
sentóse, y por breve instante
profundo silencio guarda,
hasta que con voz doliente
y el rostro agitado exclama:

—Ligera y galante brisa,
que el valle y la Vega encantas,
de una flor á otra tendiendo

tus leves y frescas alas:
tú, por quien la vida es dulce,
por quien goza alegre el alma
las visiones deleitosas
que el espíritu embriagan,
lleva mis tristes lamentos
al cándido pecho, virgíneo de Láura,
y bate en su frente tus rápidas alas.

Mas vuelve luégo piadosa,
vuelve, y díme si me ama,
como en los felices dias
que eterna fé me juraba;
díme si olvidó al cautivo
que el Rey Hacen hizo en Zahara,
y dile, si me ha olvidado,
que recuerde que áun soy Vargas.
Dile que su hermano Enrique
murió defendiendo la villa de Alhama,
á tiempo que el moro rendirla juraba.

Empero ve tan callando,
con tanto sigilo marcha,
que nadie sentirte pueda,
que nadie á robarte salga:
pues el tesoro que llevas,
y en tí confían mis ánsias,
es tal, que si lo perdieres,
serás de mi muerte causa.
Huye si algun otro viento
sorpresa amorosa, falaz, te prepara;
y el caro secreto de tí nunca salga.

Mas ¡ay! Escucha! Detente!
No des un paso, no vayas:

que está muy léjos mi amante
y son de cera tus alas:
que ya el sol con llama estiva
tu débil aliento abrasa,
y no resisten su aliento,
cual tú, las sútiles áuras.
Quédate en la hermosa Vega,
do célica y dulce de amor eres maga,
y bate en mi frente tus rápidas alas.

Sí: que los sonoros rios,
que ven llorar mi desgracia,
y que la gran ciudad besan
do mora mi bella amada,
se encargarán del mensaje,
encerrando en sus entrañas
el depósito adorado
que de mi cariño alcanzan,
y cuando llegue á Sevilla
el tierno billete, que el Bétis aguarda,
saldrá á recibirlo, temblando mi amada! —

Así habló el jóven cautivo
mirando las limpias aguas
del Genil y el Darro, miéntras
del blando césped se alza.
Una hoja toma del álamo,
y en ella afanoso graba,
entrelazando las letras,
su nombre y el de su Láura,
y la arroja á la corriente
que, sorprendida, se pára,
forma veloz remolino,
y sepulta en él la carta.

1839.

EPÍSTOLAS

Á MI QUERIDO AMIGO

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

¡Cuán poco precias ¡ay! mi dulce amigo,
la paz sagrada que tu hogar rodea
y en medio á este tumulto no consigo!...
De la ambicion ignoras la pelea:
que en ese Eden que el Bétis fecundiza
el ánimo se ensancha y se recrea.
Cual arroyo fugaz que se desliza
entre la verde júncia y flor lozana
que los estrechos márgenes matiza, —
corre libre de afan tu vida ufana
y todo á tu mirar grato sonrie,
sin despertarte el susto á la mañana.
Permite, pues, que mi dolor te envíe,
si busco en balde quien mi pena acoja
y no hay ya al templo del saber quien guíe.
Aquí el laurel marchito se deshoja:
que áun, para escarnio de virtud, alientan
las sierpes que mordieron á Rioja.
Y tú, ¿cuando sus fúrias acrecientan,
al piélago pretendes arrojarte,
que agitan las venganzas y atormentan?...
Ah! No corras, amigo, á despeñarte:

detén el paso y la comarca mora
que por tu dicha al cielo plugo darte.
Qué, ¿no resuena ya la voz sonora
que cantó de Lepanto la alta hazaña
y la beldad sublime de Eliodora?...
¿Tu dócil pecho de placer no baña
del cordobés Marcial la alegre vena
cuando en los vicios su aguijon ensaña?...
¿No escuchas ya la dulce cantilena
del fogoso Cetina?... ¿Has olvidado
del buen Alcázar la *jocosa cena?*...
¿Ó tal vez no te agrada el inspirado
noble acento de Arguijo, en cuya frente
tegió doble corona justo el hado?...
Vuelva ¡oh Francisco! á refrescar tu mente
de tan altos varones la memoria,
más que mis versos grata y elocuente.
Tuya es del Bétis la envidiada gloria,
tuya su fama y su esplendente brillo,
que en depósito fiel guarda la Historia.
No olvide, no, tu corazon sencillo
que en tan rico vergel tuvieron cuna
el gran Velazquez é inmortal Murillo.
Si te negó su halago la fortuna,
no le inclines la frente, ni en trofeo
al carro de sus víctimas te una.
Recuerda, amigo, al fabuloso Anteo
que al tocar de sus plantas en la tierra
valor nuevo cobraba en árduo empleo.
Sosten con pecho audaz la cruda guerra
que te mueve el destino, y á tus lares,
cual piloto al timon, firme te aferra:
que en el bosque nativo sus pesares
entona el ruiseñor enternecido

y perece al cruzar extraños mares.
Rompa el gemir tu canto dolorido
y cual lluvia apacible del verano
la faz inunde el lloro comprimido.
No suene para tí mi acento en vano;
y ya que el hado adverso nos separa
calmar procura su rigor tirano.
De puro gozo el corazon saltára
si en tan mísero afan plugiese al cielo
romper los lazos de mi suerte avara.
Entónces yo, para templar tu duelo,
corriera alegre á la olivosa orilla
que presta encantos mil al pátrio suelo.
Y como en otros lustros fué Sevilla
fuente de juveniles ilusiones,
tornára á ser de entrambos maravilla.
Derrama en ella sus celestes dones
naturaleza próvida y los vates
hallan do quier amor é inspiraciones.
No sufren sus almenas los embates
del túrbido aquilon, ni abren sus puertas
del agitado mundo los combates.
Elíseos campos sus floridas huertas,
paraisos de amor son sus jardines;
sus calles al dolor están desiertas.
Y al recordar sus nobles paladines,
se agolpan en la muerta fantasía
hazañas mil, y danzas y festines.
Ya con pompa oriental la poësía
finge del almuedzin la *voz creyente*
que al alto cielo su plegaria envía.
Y ya sus muros belicosa gente
mira cercar, que al sarraceno bando
rompe y arrolla en ímpetu valiente.

Aquí se eleva del tercer Fernando
la egrégia sombra que en la diestra oprime
tanta bandera, al árabe aterrando.
Salvó á Jaen, á Córdoba redime
y en Sevilla triunfó, mostrando al mundo
que no hay cadenas que la fé no lime.
Allí del sábio Alfonso, sin segundo,
lamentan los leales el desmedro
y el Rey les paga con amor profundo.
Y más allá, cual poderoso cedro
del eminente Líbano, descuella
manchado en sangre el vengador don Pedro.
Álzase erguido y con sus plantas huella
de los soberbios grandes la pujanza,
anublándose al fin su infausta estrella.
Mas ¿para qué la antigua bienandanza
y las pasadas cuitas atesoro,
que indócil plectro á modular no alcanza?...
Tal vez la historia del valiente moro,
tal vez la del cristiano aventurero,
feliz recuerdes en trovar sonoro;
siempre hallarás el mágico venero
que orgullo y gloria y esplendor refleja
del pueblo artista, en el saber primero.
Diráte cada torre una conseja,
hallarás un amor en cada fuente,
y una hazaña de honor en cada reja.
¿Y tanto bien esquivas?... Ay! detente,
y teme que al mover la incierta planta
víbora ponzoñosa la ensangriente.
¿Tu juvenil ardor quizá no espanta
la tempestad terrible, do el naufragio
el más entero corazon quebranta?
Huye en tiempo oportuno del contagio,

huye, y recuerda el divinal aviso
que en sentencia vulgar guarda el adagio.
Y ya que el cielo desviarte quiso
del cuadro lastimoso que contemplo,
su santa voluntad cumple sumiso.
Del saber profanado yace el templo,
y holladas y escupidas sus deidades,
al mundo ofrecen miserable ejemplo.
No ya, como solian las edades,
de la ciencia se acatan los emblemas,
del génio y del saber las dignidades.
El ódio y la osadía son los lemas
del gárrulo concierto que sañoso
do quier lanza insolentes anatemas.
En balde en sus tareas el reposo
el docto busca y el furor esquiva
del mar, que le amenaza proceloso.
Las ciencias que ora con amor cultiva,
en su defensa acaso serán vanas,
cuando procaz le acose turba altiva.
Verá manchadas sus ilustres canas,
burladas sus doctrinas, y en el cieno
hundido el láuro que en lograr te afanas!
Rápido cunde tan mortal veneno;
y por cada ilusion trueca un sarcasmo
el que esperanzas aún lleva en el seno.
Murió, murió, Francisco, el entusiasmo
que dió aliento inmortal al grande Herrera,
del Bétis gloria y de los mundos pasmo!
La adulacion servil osa rastrera,
al mérito usurpar altos blasones,
y todo á su capricho lo adultera.
Ya la sátira hedionda á los varones
que un tiempo respetó, locuaz abruma

y mueve sin rivales sus pendones.
¿Qué resta á la virtud? ¿Qué resta en suma?
La fama á precio vil su trompa alquila,
y es legado fatal la docta pluma.
La envidia, cuyo hálito aniquila
cuanto al pasar contagia, reina sólo
en esa grey feroz que odiára Atila.
Su ciencia es murmurar, su gloria es dolo:
¡y pretende, insensata, en su arrebato
domar el mundo desde polo á polo!...
Felice yo que tu virtud acato,
si del abismo cierto á do caminas
al fin, libre de angustias, te rescato.
Sigue, sigue las sendas peregrinas
que en noble emulacion doctos trazaron
los cantores de *Luz* y de las *Ruinas*.
Mi juventud sus himnos arrullaron
y aún en mi pecho el entusiasmo abrigo
de los dulces recuerdos que dejaron.
No codicies del mundo, ¡oh caro amigo!
el popular aplauso, ni ambiciones
la suerte atroz que entre vaivenes sigo.
Otras dichas más altas, otros dones
procura disfrutar, do no se agiten
en vértigo furioso las pasiones.
La paz y la quietud por siempre habiten
en tu modesto hogar, y tus deseos
á tu escasa fortuna al par limiten.
No ostentarás riqueza en tus arreos,
ni verterás con profusion el oro,
ni alcanzarás del prócer los trofeos;
mas en cambio, hallarás mejor tesoro
en el tranquilo pecho, y, aunque pobre,
no amargará tu pan infausto lloro.

La calma el corazon al fin recobre,
y dócil imitando á tu maestro,
á tu parca ambicion lo inútil sobre.
Vuelva, pues, á inspirarte el sacro estro,
que de Amós sublimó terrible el canto,
y á Dévora y Barác imita diestro.
Y cuando viertas apacible llanto,
trás largo meditar, de mí te acuerda
y un pensamiento me consagra en tanto.
No quiera Dios que la amistad se pierda
del mundo en el revuelto torbellino,
que nuestra altiva pequeñez recuerda.
De la gloria mostrándote el camino,
te conduce triunfante á su conquista
un anciano pastor, cisne divino.
Fija en su rostro tu alterada vista,
y sus canas mirando á sus laureles,
el nombre ilustre encontrarás de Lista.
Sin pompa ni mundanos oropeles,
su vida corre á la postrer jornada,
sin que turben su paz sueños crueles.
Toma su ejemplo, amigo; y la turbada
mente recoge, y con la faz serena
del pecho arroja la ambicion pasada.
Y cuando caiga en la nativa arena
inerte el cuerpo que su sér anima,
del llanto rota la abundante vena,
derrame flores tu dolor encima!

Madrid 1.º de Enero de 1846.

AL SEÑOR

DON VENTURA DE LA VEGA

PIDIÉNDOLE UNA CITA

Ventura, el más feliz de los poetas,
tú que en la cumbre estás de dos Parnasos,
y á Júpiter y á Febo al par sujetas:
tú, á quien fortuna con jigantes pasos
sobre régios alcázares emcumbra,
sus dones para tí juzgando escasos:
desde el pobre rincon, — que mústio alumbra
quinqué modesto de andaluz aceite,
y donde el oro en nada se vislumbra, —
libre, por dicha, de mentido afeite,
su acento amigo y sin doblez te envía
quien halla en tu ventura su deleite.
No vayas á pensar, por vida mia,
que bajo frase tal, falaz oculto
de adulacion servil cautela impía;
no aumentaré, por Cristo, el vil tumulto
de los que ogaño sin cesar te adulan,
viéndote antaño con desdén inculto:
que yo no envidio á los que así pululan;
y aunque el verlos brillar me cause tédio,
es porque la virtud manchan y anulan.
Á la franca amistad jamás asédio:
aprecio á mis amigos, cual ninguno;
mas nunca estorbo, ni me pongo en medio.
El nombre no me agrada de importuno;

y aunque mi vida oscura se deslice,
más que Creso inmoral, quiero ser Bruno.
Dirás tal vez: — «No entiendo lo que dice
este pobre belitre,» — é indigesta
mi charla tus oidos martirice.
Pues bien: si un punto de ócio al fin te resta,
y fastidio te dan estos renglones,
dispon, cual buen amigo, la respuesta.
Moveré, en vez de pluma, los talones;
y al cabo te hablaré sin consonantes,
y en prosa te diré *cuatro razones*.
Por San Dímas, Ventura, no te espantes!
Ruégote... pero no te ruego nada.
Dime dónde he de verte dos instantes,
y perdona entre tanto esta humorada.

12 de Junio de 1847.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JACOBO MARIA DE PARGA

INSIGNE CULTIVADOR

DE LAS LETRAS Y DE LAS CIENCIAS NATURALES (1)

Cansado ya de Túlio y Quintiliano,
estoy por renegar de mi fortuna,
dando á Satán el *Orador romano*.
Oh cuánta oscuridad! Cuánta laguna,

---

(1) Escribióse esta EPÍSTOLA con ocasion de formar y corregir el autor, durante las vacaciones del verano de 1848, una *Coleccion de Autores clásicos latinos y españoles*.

en los vergeles clásicos encuentro,
do tiene el gusto literaria cuna!...
De errores mil y de antilógias centro,
siguen los Esculapios su rutina,
caminando sin velas, mar adentro.
Tal vez Lozano á la verdad se inclina;
tal vez el Jesuita, un tiempo sábio,
del venusino en la eleccion atina.
Mas, sin hacer á su experiencia agravio,
no ostentan ¡vive Dios! aquel buen gusto,
que movió de Nebrija el docto lábio.
En medio á tanta confusion me asusto;
y estoy por renunciar tan ruda empresa,
pues morir renegando fuera injusto.
Jacobo, tú dirás que no interesa
á tu quietud mi quejumbroso acento,
y tu razon mi sinrazon confiesa.
Mas si al cabo has de oir otro lamento,
éste de letras es; aqueste escucha:
que acaso en mi rabiar halles contento.
Que es tu bondad y tu paciencia mucha,
lo sé de propia ciencia, ¡oh docto Parga!
y no tendrás para vencerte, lucha.
No há menester broquel ni récia adarga
el que asaltar tu corazon intente,
ni estás dispuesto á resistencia larga.
Y aunque mi carta el mal humor te aumente,
has de sufrir que te hable de mi cuita,
cansado del trabajo impertinente.
Por que ¿á quién no impacienta, á quién no irrita
el trabajar sin trégua en el verano,
y más si justo premio no le incita?
Á fuego lento me consumo en vano:
ni Tántalo infeliz, ni Prometéo,

tormento padecieron tan insano!...
Ya no sé lo que escribo; y lo que leo
ni me causa deleite, ni lo estimo,
pues sólo de vagar siento el deseo.
No, cual ántes solía, enmiendo y limo:
que sólo el poner notas hoy me aqueja,
y en tarea tan árdua lloro y gimo.
De Floro y de Nepote la pareja
me abruma con la série de apostillas,
que pedantesco dómine refleja.
Tácito y Ciceron sus maravillas
presentan á mi vista, y afanoso
buscarles quiero en vano las cosquillas.
Vehemente el uno, el otro sentencioso,
con su docta facundia me marean,
y ni me dan un punto de reposo.
Las fuerzas, buen Jacobo, me flaquean;
y empeñado en insólito combate,
para seguir luchando, ya escasean.
Clava aquí Juvenal rudo acicate,
miéntras esgrime César su tizona;
y llora allí Nason, como un orate.
De dulce lira al son, Horacio entona
altivos cantos, y procaz Estacio
disputa al gran Valerio la corona.
Despues viene Tibúlo, algo rehácio,
á su Délia cantando noche y dia,
creyendo que á escucharle estoy despacio.
Träen Terencio y Plauto la porfía
de quién es más urbana criatura,
y yo no sé si llore ó si me ria.
Su trompa el mantuano allí procura
tañer del grande Octavio en los oidos
y del troyano oriundo le figura.

Entre voces alegres y gemidos
oigo al trágico Séneca, y su acento
aterrador, embarga mis sentidos,
De Hércules ya el furor, ó ya el lamento
del infeliz Edipo finge osado,
y de Medëa el deshonor cruento.
De la turba latina al fin cansado,
me vuelvo á la española cofradía,
y á fé que no hay salir mejor librado.
Adusto Marïana en su manía
de vencer á los clásicos de Augusto,
me desespera al par, y me extasía.
El rígido Mendoza, más adusto,
á competir con Tácito acostumbra,
á veces siendo con su lengua injusto.
¿Qué diré de Argensola? Se deslumbra
trás poética frase, y su elocuencia
del Parnaso á la cima audaz le encumbra.
Coloma (lo diré con tu licencia),
de pura sencillez es ya rastrero,
aunque escudarse suele en su conciencia.
Moncada me divierte, y bien le quiero;
y aunque hipérboles mil teja en su *Historia*,
no le hé de motejar como embustero.
De Melo me complace la memoria;
y al mirarle tan grave, se me acuerda
que es portugués, aunque nos dió su gloria.
Detrás de todos, porque no se pierda
del gran Cortés la enaltecida fama,
viene Solís, que docto la recuerda.
Hay quien su terso frasear disfama;
quien de hinchado le tilda, y áun de oscuro;
mas nadie que le escuche le desama.
Que me digas, ¡por Cristo! te conjuro,

si en lucha tal, con gentes tan maestras
salir podré medrado de este apuro.
Áun teniendo más manos y más diestras
que brazos el gigante Briäreo,
juzgo vano mi esfuerzo por las muestras.
La confusion enciende en mí el deseo;
mas al probar de nuevo el débil paso,
mi esperanza falaz burlada veo.
Salir miro á mi encuentro al dulce Lasso,
que la toscana métrica supera,
y el antiguo rimar lanzó al ocaso.
Aquí el láuro inmortal del grande Herrera,
rey de la trompa bélica, florece,
sus ramas sublimando á la alta esfera.
Allí de Caro al canto se extremece
la desolada Itálica; y Rioja,
como palma fecunda, al cielo crece.
Acá, con noble ardor, Leonardo arroja,
envueltos en sentencias soberanas,
dardos agudos que en acíbar moja.
Contemplo allá las rosas, que tempranas
en la lira de Góngora brotaron,
y miró claudicar sus doctas canas.
Si tal vez sus delirios me enojaron,
Céspedes su corona peregrina
me ofrece, que las musas exornaron.
Oigo el cantar del dúlcido Cetina,
de Arguijo y de Quirós el alto acento,
y de Alcázar la voz, siempre ladina.
Con pléctro heróico y sublimado aliento,
el esforzado Ercilla, el gran Valbuena,
tambien me aturden y me dan tormento.
Con Lántaro y con Rengo aquél me atruena,
y éste con su Bernardo y sus hazañas

de miedo y de furor al par me llena!...
Ya ves cómo perdiendo las pestañas,
mi afan aumenta, sin crecer mis bienes,
pues tejo como tejen las arañas.
Jacobo, si á desdicha tarde vienes,
para llenar tus ricos insecteros,
un bicho más en mí, tostado, tienes.
Con dos fieros *regentes,* muy más fieros,
que el Leon de Numidia, y bravo toro
que Lesaca embravece en sus criaderos;
con un horrendo perdurable coro
de indómitos *cajistas*, que sufrillo
es ¡oh Parga! vergüenza y es desdoro,
ni hay descanso, ni osára yo pedillo...
Pues cayó sobre mí dura sentencia,
será de mi garganta atroz cuchillo...
si no se rompe al cabo la paciencia!

Escorial — Agosto de 1848.

AL SEÑOR

DON RAMON DE CAMPOAMOR

Y OSORIO (1)

Venerable Ramon de mis entrañas:
escucha en noble, aunque pedestre rima,
no historias de palacios ni cabañas,

---

(1) Se escribió esta EPÍSTOLA con motivo de haber redimido el Sr. Campoamor de manos de unos libreros veintitres ejemplares de los *Estudios sobre los Judíos de p aña* , distribuyéndolos entre otros tantos suscritores.

contadas con desmayo y flaca lima;
no de la córte esperes las patrañas,
que escandalosa crónica sublima:
si no me faltan los castalios bríos,
las preces te enviaré de mis *Judíos*.
Desde el sábio Moisés, salud del mundo,
al postrimer Gäon de las Castillas;
los que sepulta el báratro profundo
y los que están del Lete en las orillas,
todos á tí, con gozo sin segundo
saludan, al oir tus maravillas!
Todos á tí, de gratitud henchidos,
bendicen, acallando sus gemidos!
—¡Llegó, llegó su mano salvadora!—
grita el adusto Hanoc, y Phico grita:
—Ya la cadena rompe, que opresora
dobló nuestra cervíz, de Edom maldita! —
Levanta Abenatar su voz sonora
y de la turba el entusiasmo excita:
—¡Viva Ramon! (prorumpe en mil clamores)
que es el *Campo de amor* de los amores. —
Así tu nombre entre las salvas suena,
de su dormir sacando á Maïmonídes;
y al escucharlo, el gozo le enajena,
tornar ansiando á las antiguas lides.
— No es (dice) quien de amor los pechos llena
vástago de Pelayos, ni de Cides!
Registrad con orgullo su abolorio:
que de Leví desciende, por lo Osorio. —
Entónces don Alfonso Cartagena
llamó á su hermano militar, don Pedro:
—Mírale allí (prosigue); tu honda pena
tenga por fin su natural desmedro.
Viene á romper nuestra fatal cadena,

erguido y fuerte, cual robusto cedro...
Es hijo de tus hijos!... Es la rama,
que salió más robusta de tu cama! —
— Hijo (exclamó) del fuerte y esforzado!
Tú que las tríbus veintitres libraste
del bárbaro opresor, hombre malvado,
Caco infernal, terrífico Ceraste:
tú, que su cautiverio has quebrantado,
y así á la cumbre de la luz te alzaste, —
no escondas, no, tu generosa diestra,
y libra á los demás, que el vil secuestra...
Si en Castellon te vieron tus vasallos
tu propia sangre defender brioso,
en Alicante puedes ilustrallos,
sus glorias pregonando generoso.
No pongas á los piés de los caballos
los nobles timbres de tu pueblo honroso:
yacen en opresion más de quinientos
y libertad demandan macilentos.
No tardes más: á Arinz ó Barbería
ú otro de nuestra estirpe soberana,
de esos que medran al mediar del dia,
cuando no tienen blanca á la mañana,
de tu piedad la ofrenda luégo envía,
más grata al corazon que flor temprana:
saldrán de esclavitud los hijos mios,
á quienes causan pena los impíos! —
Dijo don Pedro; y asordando el viento,
—Salud y gloria al salvador! —exclaman,
dejando de la tumba el hondo asiento,
mil y mil voces que del centro claman.
Con ronca voz y con sañudo acento
los espíritus pérfidos rebraman;
y al ver que los libertas de sus manos,

á maldecirlos llegan inhumanos.
Mas tú vuelves la faz y abres la diestra
y envías la salud... Sabe Alicante
tu voluntad y de ella dando muestra,
si veinte Castellon, ciento arrogante
libra... Se abrió la singular palestra!
Muera el tirano, que oprimió infamante!
Cúmplase de un Osorio la esperanza,
ya que otro Osorio libertad alcanza! —

APÉNDICE

No quieras ¡oh Ramon! que más me explique;
y pues tu campo está de amor en medio,
no pongas ¡ay! á tu cariño dique,
para el que está, sin tí, muerto de tédio.
No dés lugar á que Mosséh se pique
y Cartagena al par te ponga asédio:
todo se vence, alcanza y reconcilia,
como dieres salud á esta familia.

Octubre de 1848.

AL EXCMO. SEÑOR
DON JACOBO MARIA DE PARGA
CON MOTIVO
DE UN VIAJE QUE HIZO ÉSTE Á SALAMANCA

El mundanal estruendo y torbellino
huyes, Jacobo, y buscas solitario
de la virtud el templo peregrino.

Dichoso tú, que libre del precario
bajel, y de la sirte y golfo exento,
te abrigas en el puerto hospitalario!
Combatido yo aquí por rudo viento,
el turbado timon sostengo apénas,
ya el pecho quebrantado y sin aliento.
Las horas para tí vuelan serenas
en tanto, y los antiguos capiteles
contemplas ya de la española Aténas.
Sus cúpulas doradas las cruëles
manos del tiempo acaso confundieron,
y talaron sus ínclitos laureles.
Do en la pasada edad resplandecieron,
las ciencias, hoy de nuestro flaco orgullo
desden al par y escarnio recogieron.
Pues no del cierzo al destemplado arrullo,
que tierna mies agosta y arrebata,
abren las rosas virginal capullo.
Los mármoles y bronces, donde acata
su saber de otros siglos la cultura,
ya nada enseñan á la turba ingrata.
De sí misma olvidada, ni áun procura
sus altos timbres conservar, ni advierte
que ciega labrará su desventura.
Tú levantas erguido el pecho fuerte
y la contemplas mísera! ¿Quién sabe
si su inercia fatal podrá vencerte?...
En vano inquieres! Que tu acento grave
asombra á los que doctos se apellidan,
y huyen de tí, cual de siniestra ave.
No ya del sábio fundador convidan
los nobles láuros á la docta Escuela,
do caducas memorias sólo anidan.
Subir la prole generosa anhela

del árduo monte á la empinada cumbre,
do la ciencia inmortal sus dones cela.
Mas al correr trás la distante lumbre
sin guía, en hondo abismo se despeña,
y sigue del error la servidumbre.
¿Por qué hoy se acogen á su negra enseña
los que ayer ilustraban las edades?...
¿Por qué su orgullo la verdad desdeña?...
Al carro de mundanas vanidades
uncidos, mueven el indocto lábio
á disculpar sus torpes liviandades.
La razon al mirar en tanto agravio,
cubre el rubor tu esclarecida frente
y la asombrada faz ocultas sábio.
Ninguno precia de la edad presente,
que de error en error ciega camina,
de otra edad los tesoros diligente!
Ni áun hallas de la ciencia á que te inclinas
la pura lumbre de tu ingenio raro,
quien la senda frecuente peregrina.
No el pórfido de Egipto, ni de Paro
el dócil mármol, ni el diamante duro
que en Catäy persigue inglés avaro:
no el tostado leon y tigre oscuro
de la desierta Hircania y Libia ardiente,
ni el camello veloz y al par seguro:
tampoco la benéfica serpiente
que América en su seno lleva y cria,
ni el pez dorado que la mar consiente,—
busques, Jacobo, en singular porfía:
tu ciencia es ya culpada de enojosa,
y, tal vez, condenada como impía!...
Si al desplegar ligera y temb'orosa
sobre el nítido cáliz de las flores

sus alas la versátil mariposa,
ostenta los bellísimos colores
que los rayos del sol en mil cambiantes
quiebran, robando al par sus resplandores;
si abre sus tiernos pétalos fragantes
de Jericó la rosa entre jazmines,
estrellas de la aurora rutilantes, —
no esperes, dulce amigo, ni imagines
que hallarás quien contemple en su hermosura
de Dios la mano y los ocultos fines.
Al levantar los ojos á la altura
donde, en eternos ejes suspendido
por invisible ley, el sol fulgura,—
no, de insólito ardor el pecho herido,
quien descubra hallarás su movimiento,
en tan sublime arcano embebecido.

Si un tiempo de Colon el alto acento
resonó en los dorados artesones,
asombro de los sábios y portento,
desiertos de tan ínclitos varones
yacen los nobles pórticos, trocadas
en fúnebre silencio sus lecciones.
De sus preclaros timbres despojadas,
las Musas huyen del recinto ameno,
do se vieron de láuro coronadas.
No ya soltando, cual sonoro trueno,
la voz fogosa y grave y expresiva
que subyuga la mente, agita el seno,
se escucha al docto cordobés Oliva,
ni vence el gran Leon la turba insana,
que en su daño se ceba vengativa..
Muda está del Brocense la romana
elocuencia, durmiendo en triste olvido
su doctrina, otro tiempo soberana.

En vano en tu memoria va esculpido
tanto recuerdo!... Que en tu pecho sólo
hallan altar las ciencias erigido.
La dulce voz del valenciano Polo,
que venciera en sus cantos la ternura
de Tibúlo, emulando al sacro Apolo,
envuelta ya en silencio y sombra oscura,
no repite del luso las canciones,
del pastoril albergue en la ventura.
Los mármoles de egrégias inscripciones
cubre ignorante polvo, envilecidas
sus glorias y sus fúlgidos blasones.
En las rabiosas manos sacudidas,
arde la destructora horrible tea,
las fábricas del arte destruïdas.
El rico alerce entre el escombro humea,
y derrumbado el capitel famoso,
la torre de cien codos, ya flaquea.
El humo crece, y crece el espantoso
crugir, y la alta bóveda cayendo,
el suelo gime al golpe fragoroso.
Al bárbaro estallido y ronco estruendo,
de las abiertas tumbas profanadas,
un grito de dolor sale tremendo;
y del oscuro centro levantadas,
entre las túrbias llamas resplandecen
de cien héroes las sombras veneradas.
En sus hondos asientos se extremecen
las moles de granito, y convertidas
en polvo y en ceniza, desparecen.
Dó las gigantes cúpulas bruñidas
mostraban sus cabezas, donde alzaron
nuestros padres sus preces doloridas,—
ora tus tristes ojos encontraron

incultos erïales, donde apénas
las frágiles memorias se guardaron.
Entre el movible polvo y las arenas,
buscas, acaso, un nombre esclarecido,
y en vano el pecho de esperanzas llenas.
Al cabo llorarás tu afan perdido;
pues dó brilló la losa funeraria,
el beleño retoña maldecido.
Ni áun benigna una mano hospitalaria
del oscuro naufragio y fiera ruina
las reliquias salvó! ¡Suerte contraria!
¿Dónde el sepulcro está del docto Espina?
¿Dó el túmulo modesto?... ¿Dó el lucillo,
recuerdo humilde del festivo Encina?...
Si de eterna aureola el puro brillo
rodea de Leon la sien gloriosa,
creciendo el láuro, á que mi frente humillo,—
no esperes, no, de su ignorada losa
hallar ¡oh dulce amigo! algunas señas,
ni el sitio descubrir donde reposa.
Tal vez remueves calcinadas peñas,
y entre ellas viendo mústia siempreviva,
la ansiada dicha alborozado sueñas.
Mas ¡ay! Todo ilusion!... La raza altiva
quiso escalar soberbia el alto cielo,
los nobles restos esparciendo esquiva!
Escombros, ruinas, tu incansable anhelo
logra do quier, y tristes desengaños
de acíbar llenan de tu edad el hielo.
La que admiraba un tiempo á los extraños,
préz de Castilla y de la España gloria,
cayó postrada al golpe de los años!
Apénas reverdece la memoria
de la preclara salmantina Escuela,

ilustre monumento de la Historia.
Y es fama que en la noche oscura vuela
sobre los altos muros leve sombra,
que en llanto acerbo su dolor consuela,
y entre suspiros mil los hijos nombra
de la docta Academia, y lastimera
á la rústica gente al par asombra.
La Musa es inmortal del grande Herrera!
La de sublime voz y alzado estilo,
que, del Bétis dejando la ribera,
viene á llorar los manes de Batilo!

Julio de 1849.

Á

FERNAN CABALLERO

(DOÑA CECILIA BÖLH DE FABER)

Domando el réuma impío,
que mi existecia mísera fatiga,
quise ¡oh Cecilia! del afecto mio,
que tu saber obliga,
darte el tributo en tu morada amiga.

Por abreviar el plazo,
que interminable figuró mi anhelo,
la grata expedicion gozoso trazo;

y con rápido vuelo,
só mercenario coche tiembla el suelo.

Salvado ya el espacio,
que el laberinto forma de Sevilla,
diviso al cabo el mudejár palacio,
do el espíritu brilla
del noble Pedro, asombro de Castilla.

Al *Patio de Banderas*, —
que históricos recuerdos atesora,
y donde ilustre por tu ingenio imperas,—
la rueda volteadora
llega, y el curso refrenó sonora.

Bajé, y cobrando el brío,
que dióme un tiempo juventud dorada,
seguí á lo largo el corredor sombrío
que lleva á tu morada,
buscando alegre, familiar entrada.

De amorosas historias,
ántes que osára yo tocar tu puerta,
me asaltaron las plácidas memorias,
que el hado desconcierta,
dejando en el dolor la dicha muerta!

Resuelto al fin, la mano
llevé á la avisadora campanilla;
mas fué mi intento por desgracia vano,
pues con habla sencilla
tu criada prorumpe: —Está en Sevilla. —

Tú juzgarás discreta,
cuánto fué mi disgusto y desconsuelo,

al ver que toco la aspirada meta,
malogrando mi anhelo,
y convertida mi esperanza en hielo.

De dulce edad temprana, —
que poblando la mente de ilusiones,
lo porvenir de encantos engalana, —
las gratas emociones
gozar pensé, como de antiguos dones.

El ángulo apartado,
do antaño al cielo inspiracion pedía,
y donde esquiva el triunfo ambicionado
negó á mi afan Talía,
ansiaba contemplar el alma mia.

Allí, del pueblo hispalo
celebré los gloriosos monumentos,
de Albion envidia, admiracion del galo
y del arte portentos,
que hoy sus hijos asolan violentos (1).

Allí, á las españolas
letras, pagué tambien largo tributo;
y Herreras hermanando y Argensolas, —
glorias que no permuto, —
traje á la patria el ginebrino fruto (2).

Allí... Mas ¿por qué sigo?...

---

(1) Hace alusion el autor á su primera obra arqueológica, *Sevilla Pintoresca*, escrita precisamente en la habitacion que en 1867 ocupaba Fernan Caballero en el Alcázar, y donde pasó aquél parte de su juventud.

(2) La traduccion del Sismonde de Sismondi.

Allí, Cecilia, moras y recibes
sublime inspiracion de cielo amigo:
en ella eterna vives,
por más que el láuro, candorosa, esquives.

En sus humildes lares
te brinda el pátrio amor las tradiciones,
que reaniman la fé de los hogares,
y que en doctas versiones
multiplican do quier sábias naciones.

Al filósofo egrégio
te concedió encantar el cielo justo:
feliz gozaste el raro privilegio
de avasallar el gusto,
y al crítico venciste más adusto.

Triste Germánia llora
al profundo varon de ánimo fuerte,
que enalteció tu musa seductora:
la despiadada suerte
al par nos fuerza á lamentar su muerte! (1)

Mas ¡ay! La musa mia,
que me inspiró estos versos juguetona,
al antiguo dolor torna sombría:
su indiscrecion perdona,
si sólo el canto del dolor entona.

Perdona, sí. El saludo
que anheló tributarte el pecho mio,

(1) Alude al sábio bibliotecario de Viena D. Fernando José Wolf, tan amante de las letras españolas, muerto ya en aquella fecha.

que acojerás benévola no dudo:
en tu bondad confío
y con devota admiracion lo envío.

Sevilla—Marzo de 1867.

AL SEÑOR

DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO

INSIGNE POETA,

MAGISTRADO DE LA AUDIENCIA DE MADRID,

PIDIÉNDOLE UNAS ANTIGUALLAS (1)

Si es deuda lo prometido,
hijo de Astrea y de Apolo,
el romano chirimbolo
por segunda vez te pido.
Joaquin mio, no te enfades
de este mi pedir prolijo,
pues si no lloro, de fijo
no mamaré antigüedades.
Humilde es quien se resigna
con tan mendicante empleo:
llenar el pátrio *Museo*
es no obstante mi consigna.
Y por cumplirla afanoso,
pues que acepté tal empeño,
quito las horas al sueño,

---

(1) Era á la sazon el autor, Director del *Museo Arqueológico Nacional*, de fundacion entónces reciente.

y ni un instante reposo.
Gloriosa es la institucion,
en que hoy mi anhelo se funda:
honra es de Isabel segunda
y de la hispana nacion.
Aquí acopian mis desvelos,
acudiendo á todas partes,
de las ibéricas artes
los más preciados modelos.
Aquí de la edad extraña
que no conoce la Historia,
voy recogiendo memoria
que ha de dar honor á España.
Aquí del ilustre griego,
del celta y del peno astuto,
se vá allegando el tributo,
un ruego trás otro ruego.
Aquí del pueblo romano,
que espanto puso á la tierra,
mucho despojo se encierra,
que atesora el suelo hispano.
Aquí se guardan del godo
las bizantinas preseas,
que las mahometanas teas
hundieron en sangre y lodo.
Y á su lado, —por mostrar
que es ineluctable ley
el que una grey á otra grey
tenga siempre que heredar,—
mil arábigos trofeos
con creciente afan reuno,
y só techo mismo, aduno
de un arte varios empleos.
Trás estos raros primores,

voy ya, amigo, atesorando
los que fué el arte creando
de Castilla en los albores.
Y si mis votos Dios toma
en su amparo y proteccion,
no envidiará esta nacion
á Londres, París ni Roma.
Mas el milagro ha de hacer
Deo volente, el patriotismo:
que del sórdido egoismo
nada bueno ha de nacer.
Y así como en otra edad
la fé levantó á millares
sublimes templos y altares,
gloria de la cristiandad;
y cada pecho cristiano
su creencia enaltecia,
cuando en el templo ponia
una piedra de su mano, —
así la presente Era,
en cuya entraña se anida
la esperanza de otra vida,
ménos triste y plañidera, —
alzará un templo gigante
á la española cultura,
que sobre todas fulgura
con lumbre de fé radiante.
Dando á la futura gente
admiracion y enseñanza,
crecerá en la bienandanza
lo que hoy se muestra naciente.
Y siendo de todos fruto,
gloria de todos será;
y sin cesar cogerá

del pátrio amor el tributo.
Mas en esta lid gallarda
de cultura y patriotismo,
más se enaltece á sí mismo
aquel que ménos se tarda.
Y no con mano colmada
que debe acudir entienda;
porque acepta toda ofrenda
la patria regocijada.
Así que, Chimo estimado,
no más esquives tu envío,
que espera el afecto mio,
cual de quien es, muy de grado.
Y no por que escaso sea
temas que lo tenga en poco:
nadie, que no fuere loco,
la accion meritoria afea.
Y un grano trás otro grano
al fin se convierte en monte,
miéntras el ancho horizonte
nadie toca con la mano.
Pero si no poseyeres
más que ese grano, Joaquin,
reparar debes que al fin
no faltará á quien pidieres.
Noble ilustracion te sobra;
de amigos estás dotado...
pide y serás abastado:
que el amor milagros obra.
Y entónces, si has prometido
un romano chirimbolo,
seguro estoy que no solo
ha de venir, y esto pido.

Madrid — Abril de 1868.

EL MONASTERIO DE PIEDRA

Á MI QUERIDO AMIGO

EL DOCTOR

DON JUAN FEDERICO MUNTADAS

Si el ánima inmortal, hija del cielo
al barro vil, que la envolvió, sujeta,
sus dones envidiar pudiera al suelo,—
sin duda ¡oh Juan! de lo futuro inquieta,
con sus potencias todas envidiára
de tu hogar la quietud santa y discreta.

Nunca la Paz bajo su manto ampara
al que Fortuna levantó en su rueda;
pues nunca el vuelo la Soberbia pára.

Mas en tu seno que feliz hereda
la alta virtud de los paternos lares,
con regalado bienestar se hospeda.

Esquivando del mundo los azares,
do el más granado corazon zozobra,
de ídolos vanos rompes los altares.

Miéntras tu alma enaltecida cobra
nuevo sér inmortal, la noble diestra
con no agotado afan milagros obra.

¿Quién del revuelto mar de la edad nuestra
en hora buena te sacó?... ¿Quién pudo
hurtarte á la política palestra?

Ruge sangriento el huracan sañudo
de fratricida lid, y tú á sus iras

prudente opones invencible escudo.
Mas ¿dónde ¡oh dulce amigo! te retiras?...
Suspenso el corazon, la mente absorta,
el bello Eden contempla, do respiras...
Al verlo, el tiempo y el espacio acorta
mi ardiente fantasía; mas en vano
alcázares de luz finge y aborta.
Colmó de Homero el genio soberano
de la hechicera Circe la morada
de mil portentos con fecunda mano.
Nueva creacion sacando de la nada,
enciende al Dante inspiracion divina,
y triple mundo alumbra su mirada.
Arïosto á la hermosa Carandina
dá encantado pensil; de Armida el Tasso
las grutas de marfil y oro imagina.
Por gloria tanta orgullecido acaso
su triunfo el arte, sin rival, proclama,
y tal vez de Jehováh se opone al paso.
Mas ¡oh! La que presume eterna llama
pálida sombra fué!... Frágil hechura,
la que elevó al zenít pródiga fama!
Y no ya en prados de feraz verdura,
ni en deliciosas vegas, do las flores
alfombran y entapizan la llanura;
no ya en risueños cármenes de amores,
que Abril argenta con placientes rios,
que el valle van cruzando bullidores...
mas en rocales áridos, sombrios,
cuyo estéril aspecto el alma arredra
y roba al pecho varonil sus brios, —
el Dios de Abraham, só cuya mano medra
la universal creacion, próvido envía
los tesoros sin fin, que guarda *Piedra*.

Puso Moisés, con inmortal poesía,
del Ásia en los magníficos vergeles
al primer hombre en su primero dia.
Colmóle de venturas y lanreles;
y á cuantas dichas tributarle quiso,
dieron color sus bíblicos pinceles.
Mas yo te juro ¡oh Juan! que, á Dios sumiso,
si de *Piedra* el portento contemplára,
en Aragon pusiera el Paraiso.
Por que ¿á quien no venciera y deslumbrára
de óasis tal la insólita belleza,
que allí juntó Naturaleza avara?
Del encarpado monte en la aspereza,
que el valle cierra y en redor se extiende,
y las nubes escala con su alteza,—
rápido, como el viento, se desprende
caudal inmenso de luciente plata,
que en sonoro fragor las rocas hiende.
De los bermejos picos se desata
en mil raudales que, al bajar, semejan
cada cual una ardiente catarata.
Aquí de nieve y de cristal bosquejan
el albergue feliz de cien ondinas,
que en zafíros y en ámbares se espejan.
Columnas mil de formas peregrinas,
con cimbrias de exquisita filigrana,
de egrégio alcázar fingen las ruinas.
Con pura lumbre de eternal mañana,
sobre sus cimas fúlgidas se mecen
mudables nubecillas de oro y grana.
Allí, venciendo á las edades, crecen
gigantes fresnos, que el caudal golpea,
y con gemir doliente se extremecen.
Tal vez, ya la raiz, que el viento oréa,

en dura piedra deja convertida
el bullidor cristal que los rodea.
Tal vez, ambicionando mejor vida,
de las silvestres flores se despiden,
que lloran envidiosas su partida.
La cresta más alzada apénas miden
los atómitos ojos, cuando al alma
asombro nuevo los prodigios piden.
De inmenso lago la solemne calma,
que á rizar no acertó brisa ligera,
ganar parece la primera palma.
Despues, moviendo con veloz carrera
y una trás otra cúspide saltando,
va del abismo á la region postrera.
Allí nuevos torrentes allegando,
de todos funde la copiosa suma
rio gentil, el monte circundando.
Do quier se agita, de azulada espuma
borda el contorno á la riscosa falda,
cual cisne, al sacudir la blanca pluma.
Su curso traza al par tosca guirnalda
de robusto nogal, que en la corriente
dibuja sus penachos de esmeralda.
El reposado curso de repente
rompe, y con nuevo ímpetu al vacío
se arroja y por los aires va rugiente.
Asciende del abismo húmedo frio,
que en irisada lluvia torna al valle,
dando á las flores perenal rocío.
Y miéntras osa ambicionar que acalle
el golpear sañudo que la aterra.
y en las rocas abrió profunda calle,—
la mano el alma ve, que el rio aferra
con cien cadenas de fluyente plata,

y á gruta inmensa las entradas cierra.
Hondo tronar, que los sentidos ata,
renueva el son de la tartárea trompa,
que por el antro oscuro se dilata.
Jamás del Orco la terrible pompa
brilló más triste, ni aterrar al mundo
podrá otra imágen, que sus dichas rompa!
De verdinegro lago en lo profundo
hierven las olas, que en turbion agita
de helado viento el soplo furibundo.
Espeso gotear la saña imita
de cráter hervidor, ó eterno llanto
que de perdido Eden se precipita.
Crece en el pecho abrumador espanto;
y tal vez fingen los turbados ojos
que surge allí la faz de Radamanto.
De improviso, rompiendo los enojos
de impertinente nube, el sol radiante
desde Ocaso envió sus rayos rojos.
La luz hiriendo en su postrer instante,
el torrente, en los aires suspendido,
penetra entre la espuma chispeante.
El luminoso lampo difundido
de la gruta en el cáos, la ilumina,
y un mundo brota allí desconocido.
Naturaleza insólita germina,
derramando á raudales la belleza,
que el arte siente y á crear no atina.
Rara techumbre de sin par riqueza,—
do estalactita múltiple fulgura
del nativo zafír con la pureza,—
cubrir el antro mágico figura,
que en los quebrados muros mil caprichos
y visiones fantásticas apura.

Ora modelan preadamitas bichos;
remedan ora olímpicas deidades,
y ora de arte ojival agudos nichos.
Condensar pareciendo las edades,
como la Grecia la divina Pálas,
á ser nacieron bellas realidades.
No más altiva en las etéreas salas
tendió del Dante el águila cantora,
con simbólico sér, las régias alas;
ni más gentil la zarpa destructora
de Nemëa el leon, gloria de Alcides,
movió en el bosque, do invencible mora:
que provocando á despiadadas lides,
águilas ciento y tigres y leones,
llenando están los ámbitos que mides.
Del lago se irguen hórridos dragones,
cual hidras del terror que el hambre inflama,
á devorar humanos corazones.
Cubre sus flancos cenicienta escama,
sus garras muestran aceradas hoces,
y de sus ojos fuego se derrama.
Tal vez, articulando horrendas voces,
del agua al percutir, lanzar parece
gritos de muerte, cánticos feroces.
Y de fúlgido alcázar, dó florecen
eternales huríes, só las sondas,
la misma entrada guardan que aborrecen.
La esperanza burlando de las sondas,
brilla en torno al palacio cristalino
jardin hermoso de inmortales frondas.
Despues torno la frente, é imagino...
mas ¿para qué seguir pintando anhelo
lo que pidiendo está cantor divino?...
Tú, que encendido en el viril desvelo

de Ciencia fecundante, el hondo arcano
de tan rica mansion robaste al cielo:
tú, que imitando fiel al Padre Humano,
rey de la creacion, nombre pusiste
al torrente, á la gruta, al monte, al llano:
tú, que del valle en lo profundo abriste
inmensos lagos, y morada y vida
á séres mil y mil próvido diste:
tú, que áun de noble juventud florida
el entusiasmo férvido atesoras,
que al dulce canto del amor convida,—
en las doradas y rïentes horas,
que un sol trás otro envía á tu ventura,
de insólitos placeres precursoras,—
la lira pulsa de eternal dulzura;
y, cual lo hiciste ya, tu canto eleva
al Sér que mora en la suprema altura...
Ardiente himno á la creacion renueva,
y de divinos écos pueble el viento
la voz, que el alma hasta su fuente lleva.
Torna, torna á cantar!... Con alto aliento
secretos mil de la creacion escruta,
y cada pulsacion pinte un portento.
Cual muestra al Dante la doliente ruta
el gran Virgilio, tu discreta mano
muestre al viajero la encantada gruta.
Despues, del triunfo que alcanzaste, ufano,
con más tranquilo espíritu revela
de más humilde gruta el bello arcano.
Canta!... Y el dulce afan que te desvela,
como un idilio seductor, repita
la linda gruta que ilustró *Carmela*.
La que árabe arteson calado imita
con sobrepuestos arcos trepadores,

que diseñó sutíl estalactita.
De la siesta templando los rigores,
tus dichas á decir tambien aprenda,
enojos dando á las vecinas flores.
Goza ese eterno bien!... Jamás te ofenda
de envidia infame el venenoso tiro,
ni amarga decepcion tu saña encienda.
Feliz en ese encantador retiro,
inalterable paz tu seno inunde,
por cuyo goce en vano yo suspiro.
La Poderosa Mano, que difunde
las sombras y la luz, tu prole tierna
bendiga, y por los siglos la fecunde.
Y cuando rompa el lazo que gobierna
este mísero sér, tu claro nombre
ejemplo sea á gratitud eterna,
que justo escriba en su memoria el hombre.

A'hama de Aragon — 10 de Agosto de 1869.

ODAS, SONETOS

Y

TRADUCCIONES HEBREAS

ODAS

Á LA PAZ

At nobis pax alma veni, spicamque teneto.

TIB. LIB. I. ELEG. ULT.

¿Qué fuego celestial mi mente inflama?
¿Quién en mis manos la sagrada lira
benigno pone, y en mi pecho ardiente
el patricio entusiasmo así derrama?
El dulce canto de la paz me inspira,
y á mi abatida frente
la oliva ciñe y el laurel fulgente,
que las sienes coronan del guerrero,
que allá, en el Norte de la heróica España
la enseña desplegó del libre ibero,
trocando en hermandad la cruda saña!
Yo tambien! Yo tambien, el noble grito
de *¡union eterna!* que lanzó el valiente,
y ya en la hermosa y apacible orilla
del manso Bétis se escuchó, repito,
de gozo lleno el corazon vehemente,
al ver pasmado que radiante brilla
en los sangrientos campos de Castilla
la apetecida aurora
del benéfico sol, que el pecho adora!

— ¡Union y patria y libertad sagrada! —
así dijeron, y tembló el tirano
en las frágiles gradas de su trono,
y — ¡Patria y libertad y Reina amada! —
con lágrimas responde el castellano.
— ¡No haya más guerra, no: y el duro encono
contra el perjuro príncipe inhumano
volved heróicos, y decid al mundo:
— *¡Libres somos tambien!* — Y vuestra espada,
que en sangre ilustre se bañó indignada,
quebrante del *tirano* el cuello inmundo!
Fué dicho y se cumplió! Que al ya triunfante
y valeroso ejército se unieron,
llorando de placer y de alegría,
los que en la lid ilusos, sostuvieron
al feroz despotismo agonizante.
El soberbio huracan, que ántes mugía
trocóse en calma, y el cañon tonante, —
que destruccion y muerte vomitaba, —
tambien enmudeció. La turba esclava,
de cólera temblando, ardiendo en ira,
requiere insana el fratricida acero,
y con despecho y rabia al cielo mira;
despues se vuelve á su caudillo fiero,
y pesarosa en él la vista clava.
— ¡No hay salvacion! prorumpe. — La cadena,
que la cerviz del libre sujetaba,
rota cayó á tus piés de oprobio llena!
¡Dó el pueblo es libre, el despotismo acaba! —
Y, en tanto, confundidos los guerreros
y al júbilo entregados,
el himno cantan de la paz sinceros,
y con fraterno ardor alborozados
amor perenne en el altar se juran,

poniendo á Dios y al mundo por testigo,
y el dulce cáliz del placer apuran,
sin abrigar rencores de enemigo.
Ora se encuentra, al estrechar la mano
del bravo campeon desconocido,
el tierno hermano con su tierno hermano,
que en la horrorosa lid creyó perdido;
y al estrecharle contra el pecho, ufano
á mirarle otra vez torna engreido
con tal felicidad, que ansioso duda,
y el placer, al hablar, la voz le anuda.
Ora el valiente anciano venerable, —
que siempre ejemplo de constancia diera,
y en la liza espantable,
rayo desolador triunfante fuera, —
al hijo de su amor absorto mira
en el jóven bizarro,
que á sangre y fuego con tremenda ira
llevó la guerra hasta el confin navarro;
y al besar otra vez su leda frente,
cuyo bélico ardor fiereza inspira,
el pecho henchido de entusiasmo siente,
y ve la realidad como mentira.
¿Los veis? Ya marchan á pisar el cuello
del vándalo feroz que áun lucha altivo,
y que el nefando sello
á sus maldades pone vengativo.
Hédlos... Á cada cual más valeroso
volar en sus corceles,
levantando en el cielo vagoroso
el pendon de Isabel, soldados fieles.
¡Tiembla, malvado, tiembla! El noble acero
del invicto español, tu sangre impura
se previene á verter! ¡Tiembla y sucumbe!

Que tu orgullo altanero
caerá bajo tu planta mal segura,
así que el bronce en Aragon retumbe,
y — ¡Valientes, venced! — diga ESPARTERO,
y su victoria admire el mundo entero.
Mas ¿qué esperais, ilustres saguntinos?
¿Los hijos de Lanuza y los Artales,
que fueron el terror del mahometano,
para vencer las hordas desleales,
qué esperan ni á qué aguardan?... ¿Dó el tirano
podrá esconder su maldecida frente,
si el brazo prepotente
del fuerte ciudadano,
triunfante esgrime la invencible espada?
¿Á dó ocultar su oprobio y su vergüenza,
cuando en la lid feroz y encarnizada
el libre siempre á su despecho venza?
Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Por qué ociosas
en las manos están las bayonetas?
¿Por qué las ponderosas,
las fuertes lanzas en las cujas brillan,
y el altísono son de las cornetas
no se escucha?... ¿Por qué?... ¿Tambien se humillan?
¡Ah, no se humillan, no! Pues bien, que mueran
si han de empañar la gloria
de nuestra santa union, y que la Historia
escriba al porvenir: — *¡Esclavos eran!*
Mas ¿qué rumor escucho?... ¿En dónde estoy?
¿Quién entona esos cantos divinales
de paz sublime y de eternal ventura,
que resuenan dó quier que ansioso voy?
¿De quién son los acentos celestiales
de angélica dulzura,
que blandamente por el aire vagan

y el fatigado corazon halagan?...
Los hijos son de la inmortal Sevilla,
que, el noble pecho de esperanza henchido,
del rico Bétis en la fresca orilla
la discordia feroz dán al olvido,
y á la divina aurora
de la anhelada paz ledos saludan,
y, ébrios de gozo, dudan
tanta felicidad, cual sienten ora!
¡Paz! ¡Sacrosanta paz! ¡Bendita seas!
¡Cuán dulce al corazon suena tu nombre!
Por tí se apagan las horribles teas
de la guerra civil, y libre el hombre
de horrores y fatigas,
su sien corona de fragantes rosas
y doradas espigas,
y sus frentes levantan pudorosas
las cándidas doncellas
sin miedo ni terror! Por tí el anciano
tranquilo imprime las pausadas huellas
de su caduca planta,
do vió su juventud pasar lozano;
y el ronco estruendo del cañon no espanta
á la madre feliz, que ve amorosa
en su torno los hijos que afligida
lloró, cuando la muerte desastrosa
con saña encrudecida,
fatal los arrancó del blando seno,
de luto el corazon dejando lleno!
¡Paz! ¡Veneranda paz! Vuele tu acento
desde el cántabro mar al gaditano,
y en sus alas lo lleve el ráudo viento,
y en sus ondas lo cante el Oceano.
Con glorioso entusiasmo y ardimiento,

alegre lo repita el pueblo hispano,
miéntras vierto, al decirlo, dulce lloro...
¡Con toda el alma y corazon te adoro!

Sevilla — Octubre de 1839.

Á DOÑA ISABEL II

EN SU MAYORIDAD

De guerra fratricida al son horrendo,
tembló de Iberia el trono:
alzóse la ambicion fiera rugiendo,
y con protervo encono,
en el pecho español haciendo garra,
llenó de sangre el campo de Navarra.

Allí los nobles con marcial aliento
las glorias renovaron
de mil héroes y mil, que á ilustre asiento
á España levantaron,
cuando, humillada la soberbia Europa
rindió su frente á nuestra invicta tropa.

Allí la deslealtad con saña impía
al príncipe altanero
en los alzados montes defendía;
y el matador acero
en sangre tinto de su noble hermano,
brillaba aleve en la rabiosa mano.

Empero de la paz la blanda aurora
lució con dulce halago
en medio á tanta lucha asoladora,
á tan horrible estrago;

y el rencoroso afan de la venganza
en amistad trocóse y esperanza.
Sus no vencidas diestras, cual valientes,
los guerreros cruzaron;
y el sólio tan temido de las gentes
en sus hombros alzaron,
atónitas dejando á las naciones,
que juzgaron rendidos los leones.
Mas la ambicion tambien ¡ay! se anidaba
en el amigo pecho;
y rota del honor la noble traba,
vió con hondo despecho
que estaba una mujer débil velando
la rica herencia del tercer Fernando.
Y al encontrarse armada,—¡El cetro es mio!—
gritó con torpe encono;
y en su arrebato y ciego desvarío
osó escalar el trono,
hollando al par las castellanas leyes,
y á la nieta oprimiendo de cien reyes.
Durmieron entre tanto los leones
de la vejada España;
ébrio el tirano audaz, en mil canciones
oyó ensalzar su hazaña,
juzgando en su delirio, acaso eterno
el triunfo odioso que le dió el averno.
Mas del sufrir la copa hasta las heces
sus siervos apuraron,
y con fieras y locas altiveces
al lëon despertaron,
cayendo en el abismo confundidos
al escuchar medrosos sus rugidos.
Alzóse de Isabel la sombra augusta
en la heróica Granada,

y en Sevilla tronó la voz robusta,
desde la tumba helada,
del santo Rey, que al pueblo castellano
de esclavitud sacó con fuerte mano.
— Huyan del alto sólio, que amancillan
los fieros opresores:
el nombre ilustre que do quiera humillan,
de sus altos mayores,
no más juguete del extraño sea,
y á Iberia Europa con asombro vea.
Brille en sus hijos con ardor profundo
el fuego sublimado
que dió á Castilla en Occidente un mundo;
y vencido ya el hado,
la sacra *Libertad* al trono unida,
torne á la patria la quietud perdida! —
Dijeron; é inflamados los varones,
en torno al sólio unidos,
al viento desplegaron los pendones
de reyes tan temidos,
y huyó el perjuro de los pátrios lares,
surcando aleve los extraños mares.
Huyó, y en tanto, con heróico pecho,
por Reina os aclamaron,
hallando á su placer el mundo estrecho
cuantos por vos lidiaron;
y renacer en vos vieron, Señora,
de ventura y de paz la ansiada aurora.
Ya el cetro poderoso de Castilla,
de reyes envidiado,
en vuestras manos celestiales brilla
de glorias circundado,
y ciñen vuestras sienes la corona,
que al orbe hizo temblar de zona á zona.

Luzca po fin la dulce bienandanza
que España tanto anhela;
y torne ya la plácida bonanza,
que al náufrago consuela,
trás deshecha borrasca asoladora,
que turba el hondo piélago á deshora.

De virtud y bondad vuestros mayores
os dan sublime ejemplo:
escuchad cuál resuenan sus loores
de la fama en el templo,
y de la Hespéria en bien, Reina querida,
sus hechos imitad enardecida.

Entónces, libre de coyunda extraña,
cual ántes poderosa,
vereis alzarse á la afligida España:
vuestra voz majestosa
oirá muda y turbada la ancha tierra,
árbitra siendo de la paz y guerra.

Cubrirán otra vez los vástos mares
las castellanas proras;
y de Isabel el nombre en mil cantares
en las grutas sonoras,
aún no olvidadas del valor hispano,
repetirán las ninfas de Oceano.

¡El nombre de Isabel!... ¡Cuánta ventura
tan alto nombre encierra!...
Bálsamo á la virtud es la dulzura,
miéntra al crímen aterra,
y de recuerdos mil rico tesoro
de Castilla renueva *el siglo de oro*.

Tended, Señora, la benigna mano
sobre el pueblo que os ama;
y cual noble y honrado castellano
Reina y Señora os llama;

cumplido viendo el porvenir dichoso,
que entre horrores sin cuento vió afanoso.
Y á nacer tornarán sin par fecundos,
Montanos y Leones,
que llenando de envidia á entrambos mundos,
á remotas regiones
con las armas de Iberia, ya triunfantes,
la gloria llevarán del gran Cervantes.
Felices otra vez alcen la frente
mil vates inspirados,
y el no aprendido cántico al ambiente
den al par acordados:
acallando el rumor de lid altiva,
los abundosos frutos de la *oliva*.
Y cuando en paz profunda goce España
tanta dicha y ventura,
al suelo encantador, que el Bétis baña,
volved la frente pura:
que aún brillan de Murillo los pinceles,
y del divino Herrera los laureles.

1843.

VICTORIAS DE ÁFRICA

— Álzate al fin, oh dulce patria mia!
Álzate al fin del sueño vergonzoso,
en que, ahogado su aliento poderosa,
tu Heroicidad vivia.
No te avasalle la fatal coyunda
que echó á tus hijos mísera Discordia:

Dios tiene ya de tí misericordia
y tu seno fecunda.
Él te devuelve el alto sentimiento
que dominó los montes y los mares,
para llevar de nuevo tus altares
al mauritano asiento.
Allí, aferrando la española quilla,
volaron de Cisneros los pendones;
y allí presa fué Orán de mis leones
y sierva de Castilla.
Álzate, pues! Tu espíritu renueva,
y un pensamiento sólo en tí germine:
la luz de la esperanza te ilumine,
que la fé santa eleva.
Grande otra vez serás!... La sábia mano
que tus antiguas glorias eslabona,
hoy da nuevo esplendor á mi corona,
terror del mahometano.
Brilla en las sienes de mi Augusta nieta,
Isabel como yo, cual yo animosa!...
No haya para vencer espada ociosa,
ni á vil temor sujeta.
Sus! A vencer!... El África infelice,
á perpétua barbárie condenada,
envidiando la suerte de Granada,
su esclavitud maldice.
Rompe tú generosa sus cadenas,
y donde impera el opresor turbante
la Cruz de Cristo anime fecundante
riscos, montes y arenas.
No tardes, no! Las horas se cumplieron
do tu dolor, y tu ventura empieza!
Levanta ¡oh patria mia! la cabeza
que los fuertes temieron...

Oyes?... Ese clamor ronco y lejano
que viene á provocar tu ardiente saña,
lo mueve Dios para que herida, España,
armes tu heróica mano.
Tríbus feroces tu blason ultrajan!
Ármate, pues, y á exterminarlas vuela...
Como langosta que la miés asuela,
ya de los montes bajan...
Ármate! No hay temer!... Tu brazo fuerte
arco invencible de invencible acero
será, y tu corazon, siempre hazañero,
triunfará de la muerte.
Triunfará! Y los muslimes con espanto
verán brotar de entre las ondas bravas
el laurel de Clavijo y de las Navas,
que floreció en Lepanto.
Mi amor, con el amor de la Segunda
Isabel, vivirá siempre contigo...
Sús! Á vencer!... Tus estandartes sigo,
que nuevo sol inunda.
Por heróicas naciones saludados
serán, cual nuncios de perenne gloria,
y atarán á sus carros la Victoria
tus ínclitos soldados! —
Dijo una voz en la celeste esfera
y oyó España su acento conmovida;
se alzó y tornó la faz ennoblecida
á la playa frontera.
Miró! Y con befa y temerario insulto
vió de salvajes hordas africanas
holladas las enseñas castellanas,
en bárbaro tumulto.
Profundo grito de su pecho lanza!
Y ardiendo en pátrio fuego y santa ira,

¡Venganza!... dice y por los aires gira
el grito de — ¡Venganza! —
De Calpe á Finisterre y de Laredo
á la opulenta Gades ráudo suena:
Mántua lo escucha y el espacio atruena
con bélica denuedo.
Cunde la indignacion; se abre camino
y llega al trono y á Isabel inflama:
—Brille en Iberia un nuevo sol, —exclama: —
Cúmplase su destino!
¡Dios lo quiere!... corred á la pelea
hijos del Cid; vuestras espadas brillen
con inmortal fulgor, y al moro humillen
que nuestro honor guerrea.
No más tardanza! El triunfo ya contemplo!
Volad, y de los ínclitos varones
que infundieron terror á cien naciones,
seguid el alto ejemplo.
Yo tambien! Mis preseas y joyeles
tomad...! ¡Cuánto el alcázar régio encierra!...
Y armas comprad para la santa guerra
y naves y corceles!
Cubran el mar las castellanas proras;
y si un tiempo el Korán nos dió sus leyes,
hoy darán luz á sus feroces greyes
mis huestes vencedoras!—
Habló Isabel; é innumerables voces
responden á su voz y armas requieren;
y mil ferradas naves la mar hieren,
para partir veloces.
Ya cruzan el Estrecho, ya ligera
ondula al viento, y como sol fulgura,
y cual ángel de Dios, victoria augura
la hispánica bandera.

De Ábila las almenas saludaron
al ronco estruendo del cañon guerrero,
y el carro y el caballo y caballero
en África saltaron.

La infanda Libia en tanto se congrega
y arma sus hordas de furor... que embisten
como lobos hambrientos, y resisten
con ira y rabia ciega.

Mas ¡oh ventura! Al indomable aliento
del mílite español, vencidos ceden,
y como heridos cuervos, retroceden,
de ayes poblando el viento.

Un triunfo y otro más Dios nos envia!...
Y en vano de Satán la horrenda saña
el mar revuelve y cimbra la montaña,
noche tornando el dia.

Del mar la fúria el español reprime;
la hórrida tempestad vence y domina,
y el árduo monte la cerviz inclina
á su valor sublime.

Todo se allana á su querer! Avanza,
y cual torrente que de inmensa altura
con espumante hervor por la llanura
rebramando se lanza,—

así cayendo con terrible estrago
las haces del Islam rompe y destroza,
y deja en pos de su triunfal carroza
de sangre hirviente lago.

Mas vedle! Ya despliega amenazante
de Tetuan en la vega sus pendones!...
Sueltos van los belígeros leones!...
Ay del feroz turbante!...

En la escabrosa y torreada sierra
sus Príncipes la guardan enriscados...

La inmensa multitud de sus armados
gemir hace la tierra!...
Pero Dios, que aniquila al orgulloso
y al humilde enaltece, de su mano
dió espíritu de fuego al castellano
en pecho generoso;
y desatando su tremenda saña, —
el fuerte, el poderoso y el temido
huyó, con sus falanjes, pavorido
de los hijos de España.
Huyó! Y el oro de sus ricas tiendas,
sus armas, sus banderas y corceles,
sus preciadas marlotas y alquiceles
son de su espanto prendas.
Y el cuello Tetuan dobló rendida,
que indomable sus gentes pregonaron,
y de Isabel las señas flamearon
del fuerte en la guarida!
Gozad, Reinas, gozad!... Tú que á Granada
del islamita yugo redimiste,
y tú que al pueblo ibero devolviste
su heroicidad pasada, —
gozad!... Que Dios derrama su tesoro
de la abatida patria en la cabeza,
y á realizar en África ya empieza
vuestro SUEÑO DE ORO.

1860.

Á LA INAUGURACION DE LA ESTÁTUA

QUE AL

MAESTRO FRAY LUIS DE LEON

CONSAGRA EL AMOR NACIONAL EN SALAMANCA

Cayó rota la venda
que ingrato Olvido al español ceñía!
Su no mentida ofrenda
al fin la patria mia
tributa al génio en venturoso dia!...
Ya del laurel, que avara
negó á sus hijos, inmortal corona
para tu sien prepara:
tu virtud galardona
y cantor de los cielos te pregona.
De la suprema altura,
do gozas del Señor la faz divina,—
que entre flores fulgura,—
plácido el rostro inclina
y á la ibérica Aténas te avecina.
Mira el númen sagrado
que á Phidias inspirára y á Thimantes,
cuál arde arrebatado;
y en bronces rutilantes
la prez te da, que reservó á Cervantes.
De estrellas circuidos
en torno á tí contemplo cien varones,
cual lo fuiste, elegidos:
Dios les mostró sus dones,
y envidia son de innúmeras naciones.

—Vuela, oh Leon!—exclaman,—
y el discernido honor ledo recibe:
los que tu nombre aman
aquí tu fé cautive,
con puro amor que eternidades vive.
No del dolor insano,
que al mezquino mortal vence y contrista,
temblará nuestra mano:
vuelve á España la vista
y goza en ella la eternal conquista.—
Su voz trémulo escuchas;
y súbito carmin baña tu frente.
¿Por qué perplejo luchas?
Alza la noble mente,
pues Dios tu humana exaltacion consiente.
Vuela, ¡oh Leon!... Ya el velo
de la cerrada niebla rompe España!
Ya no es baldon el celo
que pura ciencia entraña
ni el torpe calumniar ínclita hazaña.
La bética ribera
el láuro apresta, que en tus sienes brilla,
á Rioja y Herrera;
y rendirá Castilla
tributo igual á Calderon y Ercilla.
Como feliz augurio
de hidalgo premio y galardon vecino,
cunde en dulce murmurio
tu triunfo peregrino,
que suena ya de Gádes á Barcino.
Y del Túria las flores
y del Ebro caudal las bravas olas,
mirando en tus loores
las glorias españolas,

sus Vives preconizan y Argensolas.
Ya del Zurgen la orilla,
que un dia oyó de tu inspirado acento
la entonacion sencilla,
pueblan gentes sin cuento,
para exaltar el pátrio monumento.
Y tu efigie modesta,
que el sayal de Agustin humilde honora,
la faz al pueblo acuesta;
y dulce y seductora
parece desatar la voz sonora.
— Yo soy el vate, dice,
que á vuestros padres descubrió el camino,
que eterno amor predice;
yo á domar el destino
los avecé con pecho diamantino.
De la sublime ciencia
que nace en Dios y á conocerle aspira
en su divina Esencia
odiando la mentira,
el éco santo resonó en mi lira.
Y de Sïon las penas
que en Babel apuró la prole esclava
entre duras cadenas,
mi canto recordaba,
cuando David su aliento me inspiraba.
Y de Job al martirio,
que el humanal dolor compéndia insano
en bárbaro delirio,
el velo alzó mi mano,
para ejemplar doctrina del cristiano.
Yo los sagrados nombres
le descifré del Dios, que vino al mundo
por redimir los hombres;

y el misterio profundo
mostréle, en bienes y en amor fecundo.
Y al par, con fé sincera
pisé el hogar, donde perfecta mora
la dulce compañera,
que incansable atesora
dicha sin tasa al hombre que enamora.
Su maternal desvelo
pinté, anidando en el feliz regazo
el anhelado hijuelo;
y el bendecido lazo
renovar contemplé con limpio abrazo.
Del Tíber las preseas
para su prole recogí gozoso:
de flores augusteas
ramo tegí precioso,
que dió al materno hablar timbre glorioso.
De pátrio amor la llama,
que un siglo y otro siglo heróica esplende,
mi corazon inflama:
bélico aliento enciende
y cántico marcial los aires hiende.
Del visigodo imperio
la vil molicie y deshonor pregono:
en rudo cautiverio
miro el manchado trono,
y á Iberia oprime el mahometano encono.
Después, de Dios movida,
la hispana estirpe levantarse veo
á lid apercibida:
la Cruz es su trofeo
y mueve su pendon el Zebedeo.
Y triunfante do quiera,
llevóle de la astúrica montaña

del Darro á la ribera:
cobró su esfuerzo España
y alzóse libre de coyunda extraña!
En tanto, en dulce anhelo
de caridad ardiendo el lábio mio,
rompo á ignorancia el velo:
vivífico rocio
á vuestros padres, para el alma, envío.
Ora al honor más alto,
que codician mortales, me prevengo:
no en el bronce me exalto;
pues mayor gloria obtengo,
cuando á vivir entre vosotros vengo! —
Así de nuevo fluye
en tus nítidos lábios la elocuencia:
tu docta voz concluye;
del bronce en la presencia
alegre aplaude universal sentencia.
Salud, cantor divino!...
Gloria al que en nombre de la ciencia viene
por fúlgido camino:
do quier su nombre suene
y el orbe todo con su gloria llene!

Setiembre de 1868.

SONETOS

Á PABLO DE CÉSPEDES

El Bétis triunfador, que en su corriente
arrastra en sosegado movimiento
arenas de oro y de zafíreo argento
y al mar saluda con serena frente, —
meció tu cuna en la ciudad potente
que á Séneca inmortal dió sacro aliento
y oyó pasmada su inspirado acento,
que ufano repitió de gente en gente.
Dobló su cuello absorto el Apenino,
cuando mirar logró tu diestra mano,
las glorias emulando del de Urbino;
y al escuchar tu plectro soberano,
el pecho alzando el Tíber cristalino,
pensó escuchar la voz del gran Lucano.

1843.

Á MI HIJO GONZALO

En brazos de tu madre, la ventura,
prenda del corazon, tu pecho llena,
sin que tu gozo turbe amarga pena,
ni el llanto empañe tu sonrisa pura.
Sólo de amor te halaga la dulzura

que sobre tí derrama en larga vena,
y el pecho mio cándido enajena
de tu angélico rostro la hermosura.
Mas ¡ay! que al despertar del dulce sueño,
que encantos presta á tu apacible infancia
verás del mundo el criminoso ceño;
y cual la rosa pierde su fragancia
apénas brilla en el pensil risueño,
huirá tu dicha en eternal distancia!

Sevilla—1844.

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU FAUSTO ENLACE

Rayó por fin la espléndida alborada
que la ibera nacion apetecia;
y al ver que eres feliz ¡oh Reina mia!
en júbilo rebosa entusiasmada.
No temas ya que la discordia osada
de hoy más levante la cervíz impía:
que el justo cielo á tan propicio dia,
mil de ventura añadirá colmada.
A par que tú, la Perla de Castilla,
al tálamo nupcial subir espera,
cual tú adorada y libre de mancilla.
Nada la dicha de tu rostro altera...
Cual puro sol sobre tu pecho brilla
la ilustre sombra de Isabel primera!

1846.

Á UN RUISEÑOR

Suspende ¡oh ruiseñor! tu dulce canto
y dá trégua al dolor que te enajena:
que si es amarga tu angustiosa pena,
no eres tu sólo, á quien abate el llanto.

Escucha de la tórtola el quebranto:
oye cómo su voz doliente llena
de lamentos el valle y la serena
calma interrumpe y su apacible encanto.

Tú lloras de tu amor la ingrata ausencia:
ella maldice en su quejar doliente
la mano que el hijuelo le arrebata.

Tu duelo calmará con la presencia
del suspirado bien; ella presiente
que no hay fin, á la pena que la mata!

Aranjuez — Junio de 1851.

A LOS 45 AÑOS

Dos tercios de la vida ya han pasado!...
Y ¿qué fué, en tanto, para mí la vida?...
Toda ilusion miré desvanecida,
y el corazon quedóme desgarrado.

Amor y gloria en mi soñar dorado
ambicioné con ánsia desmedida:
falaz fué amor; la gloria apetecida
la sed no hartó del pecho acongojado.

Horas de insomnio y fatigoso anhelo
me trae la noche tarda y perezosa;
y horas de lucha y de dolor el dia...

¿Qué espero ya, infeliz? Oscuro velo
roba la luz á mi alma generosa,
é incierta vaga la existencia mia!

1863.

. . . . .

Nublado el sol de la esperanza mia,
abruma el corazon amarga pena,
y á inagotable llanto me condena
el fallo horrendo de la suerte impía.
En balde el pecho con valor porfía,
y el vago viento de suspiros llena:
dolor en torno á mí sólo resuena
y es ya noche eternal mi claro dia.
Nublado el sol, marchita la esperanza,
¿á dónde volveré los túrbios ojos
que no encuentre penar y duelo eterno?
La fé, sólo la fé, ventura alcanza!
Mas al pisar del mundo los abrojos,
Dios me la dió, me la robó el Averno!

Barcelona — Julio de 1863.

Á LA VÍRGEN DEL MAR

EN ALMERÍA

AL ENTREGAR EL MANTO DE QUE FUÉ PORTADOR POR ÓRDEN DE S. M. DOÑA ISABEL II

Ave del mar, que al extender las alas,
de Adam la prole mísera cobijas;
Estrella matinal, que el rumbo fijas

del sol primero, cuya lumbre igualas;
Flor que esencia inmortal próvida exhalas;
Gloria del Padre, cuyo amor prohijas;
Tú, á quien bendicen de Sión las hijas;
Tú, á quien se humillan célicas escalas, —
de la augusta Isabel, que el cetro hispano
rige, benigna el noble don recibe,
que ora te ofrenda por mi humilde mano.
En él de Recaredo la fé vive,
que, anidando en el trono castellano,
dentro del corazon la España escribe.

1863.

Á LÁYDA

—

Láyda, lo ves?... En vano á tu destino
poner intenta mi cariño freno...
Quien al nacer libó mortal veneno
de vida el néctar desdeñó mezquino.
Te ví y te amé!... Tu rostro peregrino
mil goces me ofreció, de gracias lleno;
mas ¡ay! brotando de tu impuro seno,
la hiel del crímen, á mancharlos vino!
Diste á mi fé cosecha de torpeza,
cuando fruto de bienes te pedía,
en pago al dulce afan de mi terneza...
Confunda el cielo tu hermosura impía;
Pues sin virtud ¡oh Láyda! es la belleza
flor que el estiércol entre larvas cría!

Agosto de 1865.

DON ENRIQUE DE VILLENA (1)

Envuelto en nube cándida y serena,
ostentando en la diestra el pléctro de oro,
y en la siniestra alzando el laúd sonoro,—
desciende al mundo el mágico Villena.

—No más se ciña el láuro, que envenena
la vil calumnia: el sin igual tesoro
que heredé al provenzal y al sábio moro,
goce la juventud en larga vena.—

Iba á seguir el prócer, cuando ahogada
su voz entre espantable gritería,
amargo duelo á su semblante asoma.

Miró, y halló la juventud dorada,
que mercenaria turba hollaba impía,
y tornóse indignado á la redoma.

1866.

EN EL ÁLBUM DE LA ALHAMBRA

Voló el leon triunfante de Castilla
de Córdoba y Jaen en las almenas,
y humilladas las béticas arenas,
dobló su cuello al vencedor Sevilla.

Huyó Aben-Hud llorando su mancilla;
pero templaron del muslim las penas
las horas regaladas y serenas
de tus estancias, do el encanto brilla.

(1) Fué escrito este *Soneto* el dia en que la policía de Madrid osó entrar en la Universidad, apaleando á los escolares. Tocábale al autor explicar la influencia de don Enrique de Aragon en la literatura pátria; y no hubo clase.

Tres siglos de Nassar la estirpe clara
cautivo para tí mantuvo el Arte,
que eterna gloria á su saber prepara...
Empieza la discordia á desolarte;
pero la mano de Isabel te ampara,
y así el mundo podrá siempre admirarte!

Granada — 23 de Agosto de 1866.

Á.....

Ah!... Te contemplo al fin, cándida estrella,
trás largo zozobrar en noche oscura,
y el divino fulgor de tu luz pura,
cual vivo faro, salvador destella!...
No niegues tu piedad á mi querella;
y pues llama de amor en tí fulgura,
término da en mi pecho á la tristura,
que con mortal dolor mi lábio sella.
Tú alentarás de nuevo la esperanza
que en mi alma agostó fatal destino,
y al mar de mi afliccion darás bonanza.
Yo sembraré de flores tu camino:
que, si en el valle terrenal se alcanza,
eterna dicha para tí imagino.

27 de Setiembre de 1866.

Á LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA BURILLO

AL CELEBRAR SUS DESPOSORIOS

Rie, rie feliz!... Nubes de rosa
sobre tu frente seductoras vagan,
y mil sueños de amor castos halagan

con dulde afan tu mente pudorosa.
Nombre te dió tu amante ya de esposa,
y como á tí, mil dichas le embriagan...
Gozad! Ambos gozad!... Los cielos hagan
grata vuestra coyunda y venturosa!
Gozad! Mas el placer que el alma llena
y dulce os brinda perenal encanto,
no os cierre el pecho á la desdicha ajena:
quien no llora del mísero el quebranto,
y en egoistas goces se enajena,
verterá en su dolor estéril llanto.

Córdoba — 7 de Abril de 1867.

Á LA SEÑORITA DOÑA PETRA SOLÍS DE ACUÑA
EN EL DIA DE SU MATRIMONIO

Vas ¡oh Petra! á partir! A ignotos mares
tu amor te lanza en trémula barquilla:
escollos ciento rodearán su quilla,
y bogará entre sirtes á millares.
Do quiera el rumbo incierto enderezares,
sëa el firme timon tu fé sencilla:
la vela, que al partir, cándida brilla,
lealtad jurada á Dios en sus altares.
Si á remo de virtud tu barca entregas
y haces de limpio honor único faro,
no temas, no, zozobra en el camino.
Si alguna vez la faz con llanto riegas,
vuélvete á Dios por demandarle amparo;
mas no te dobles á falaz destino.

27 de Setiembre de 1868.

CONTROVERSIA

Á CAROLINA CORONADO

I

¿Por qué á la musa del amor divino,
que vida infunde en el caduco seno,
poner quisiste inusitado freno,
haciendo estéril bienhechor destino?...
Si en tierna juventud triunfal camino
mostraste al que te oyó, de encantos lleno,
no ingrata ¡oh Carolina! al lloro ajeno
el bálsamo recates peregrino.
Vuelve á pulsar el arpa seductora,
que imitó de Sión el dulce canto,
do el bien se anida y la esperanza mora:
que no te dió el Señor el fuego santo
para ahogarle en tu espíritu á deshora,
ni es ley del bueno holgar enmedio al llanto.

San Sebastian —3 de Agosto de 1871.

Á AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTÁNDOLE AL CORRER DE LA PLUMA

I

¿Nó es musa, dime, del amor *divino*,
la que anidada en mi materno *seno*,
á mi ingenio febril poniendo *freno*,
dirige de mis hijas el *destino*?...
Si yo hubiera seguido en el *camino*,
que ví en la juventud, de encantos *lleno*,
no enjugára tambien el llanto *ajeno*,
aunque lograse un nombre *peregrino*.
Mejor, sábio, que el arpa *seductora*,
imita de Sión el dulce *canto*,
la caridad, que en mis entrañas *mora*.
Y si sufres, verás que el fuego *santo*,
de mi amistad, mostrándose á *deshora*,
suspende tu dolor, calma tu *llanto*.

San Sebastian —3 de Agosto de 1871. CAROLINA CORONADO

Á CAROLINA CORONADO

CONTESTANDO

II

Es verdad! Es verdad! Amor *divino*
con lumbre maternal brilló en tu *seno,*
y del Arte al instinto diste *freno:*
tributo inmenso á conyugal *destino.*
Mas cerróse á tu ingenio aquel *camino,*
que lució para tí de glorias *lleno;*
y viste al fin tu láuro como *ajeno,*
siéndote ya su culto *peregrino.*
¿Por qué tanto olvidar? La *seductora*
doctrina, nunca embote el dulce *canto:*
que el Génio á veces, con la Dicha *mora.*
De caridad sublime el fuego *santo*
arda en tu pecho; pero no á *deshora*
el arpa arrojes, por seguir el *llanto.*

San Sebastian — 3 de Agosto de 1871.

Á AMADOR DE LOS RIOS

RÉPLICA

II

Olvidarla, jamás! Sueño *divino,*
el amor á la musa arde en mi *seno;*
vosotros sois los que pusísteis *freno*
al ímpetu, tal vez, de mi *destino.*
Del Arte presentástais el *camino*
con tanto estudio y de fatigas *lleno,*
que miramos el láuro, como *ajeno*
premio del hombre al génio *peregrino.*
¿Por qué tanto saber? La *seductora*
ingenuidad, le basta al noble *canto:*
que en mí la musa en ignorancia *mora.*
Deja que exprese mi entusiasmo *santo,*
sin criticar mis frases á *deshora,*
y no hablaremos más de pena y *llanto.*

4 de Agosto de 1871. Carolina Coronado

Á CAROLINA CORONADO

III

¿Por qué tanto saber! Nunca el *divino*
génio de la creacion abrió su *seno*
al sediento afanar, do encuentra *freno*
del sér humano el mísero *destino*.

Nunca, áun rompiendo insólito *camino*,
de la alma ciencia el ideal vió *lleno:*
que es de su esfuerzo y de su dicha *ajeno*,
ceñir triunfante el láuro *peregrino*.

Saber! Saber! Palabra *seductora*,
que al hombre engaña, cual mentido *canto*
de la falaz sirena que ena-*mora*.

Oh! No quiere el Señor, tres veces *santo*,
ver escalar los cielos á *deshora*,
y al rebelde Titán, condena al *llanto!*

4 de Agosto de 1871.

CONTESTACION

III

Humano corazon y éstro *divinò*,
latir de gratitud haces mi *seno*,
y la crítica más no será el *freno*
que detenga el correr de mi *destino*.

Ya vuelvo á discurrir en el *camino*,
que está de flores por tus manos *lleno*,
y mi entusiasmo, de temor *ajeno*,
seguirá tu consejo *peregrino*.

Yo resistí á la gloria *seductora*,
y resistí la inspiracion del *canto*,
por el deber, que en la conciencia *mora;*

pero cumplido el sacrificio *santo*,
no dirán que mi voz suena á *deshora*,
cuando me invoca de infortunio el *llanto*.

4 de Agosto de 1871. CAROLINA CORONADO

Á AMADOR DE LOS RIOS

IV

¿Callas maestro?... El hálito *divino*
de la musa genial se heló en tu *seno*,
ó es que no hallando á mis respuestas *freno*,
quieres dar á tu pluma otro *destino*?...
Emprendes, Amador, muy mal *camino*;
porque mi númen, de impaciencia *lleno*,
no dejará callar el éstro *ajeno*,
aunque vaya á la Meca *peregrino*.
¿Por qué tanto callar? La *seductora*
gracia perdiste del antiguo *canto*,
más sabrosa y más dulce que la *mora*?...
¿O alguna traduccion del libro *santo*
estás haciendo, en que saldrá á *deshora*
la Vírgen de Sión, bañada en *llanto*?...

4 de Agosto de 1871. CAROLINA CORONADO

Á CAROLINA CORONADO

RESPUESTA

IV

Callar! ¿Por qué presumes que al *divino*
éstro, la llama le faltó en mi *seno*?...
Para ensalzar tu canto, inútil *freno*
á mi acento imponer querrá el *destino*.
Ya de la vida en medio del *camino*,
aunque de angústia y luto vivo *lleno*,
jamás al entusiasmo soy *ajeno*,
cuando pulsas el plectro *peregrino*.
Habla! Y tu mágia ardiente y *seductora*
despliega ¡oh Carolina!... Suene el *canto*
del mar hispano á dó el noruego *mora*.
Que si inspira tu génio el númen *santo*,
que el conyugal deber heló á *deshora*,
en gozo inmenso trocarás mi *llanto*.

4 de Agosto de 1871.

Á CAROLINA CORONADO

(CONTINUACION)

V

Dudó tu mente, y con febril zozobra,
que el testimonio ahogó de la conciencia,
osó tu lábio maldecir la ciencia,
do la prole humanal el bien recobra.
Ah! no: el abismo que te envuelve sobra;
la luz torne á guiar tu inteligencia:
tu fé renazca en la divina Esencia;
que la ciencia es de Dios inmortal obra.
Rescatada otra vez, nuevo horizonte,
cual águila caudal, rompa tu vista,
mundos sin fin, tu espíritu creando.
No de ignorancia en el estéril monte
del bien eterno fundes la conquista.
La niebla es de Luzbel el reino infando.

6 de Agosto de 1871.

Á AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTANDO Á UN SONETO CON LOS MISMOS CONSONANTES

V

¿Dudar mi mente?... Nunca! Sin *zozobra*
en Dios creyó la fé de mi *conciencia*,
y reverente confesé la *ciencia*,
que aquí pierde el mortal y allá *recobra*.
La ciencia que desdeño, es la que *sobra*
en el mundo á la humana *inteligencia*,
y que perturba la divina *esencia*,
que Dios ha dado á su perfecta *obra*.
Mi libro es, Amador, el *horizonte*,
donde se extiende la asombrada *vista*,
donde siempre está Dios, mundos *creando*
miéntras vosotros, escalando el *monte*
de ciencia, que el mortal jamás *conquista*
llegais de Satanás al trono *infando*.

6 de Agosto de 1871.

Á CAROLINA CORONADO

RESPUESTA

VI

Cuán doloroso error!... Jamás *zozobra*
la fé, cuando está limpia la *conciencia!*
Jamás á Dios desconoció la *ciencia*,
que en su divino amor el sér *recobra*.
Jamás! Pero esta ciencia nunca *sobra*.
Dios, al crear la humana *inteligencia*,
por ella al hombre reveló su *esencia*
y con ella colmó su inmensa *obra*.
Libro sublime ofrece el *horizonte;*
mas quien leerlo osó con simple *vista*,
quimeras fué do quier, vanas *creando*.
Oh! No maldigas al que en árduo *monte*
asentó de la ciencia la *conquista:*
que á Dios maldecirás, con lábio *infando!*

7 de Agosto de 1871.

CONTESTACION

VI

Jamás pude estudiar: mortal *zozobra,*
vago temor que asalta la *conciencia,*
sólo alejada de la adusta *ciencia,*
su libertad mi espíritu *recobra.*
Lo poco, amigo, que estudié, le *sobra*
á mi débil, femínea *inteligencia;*
pues tengo que aspirar pomos de *esencia,*
al anuncio, no más, de cualquier *obra.*
La luna, cuando cruza el *horizonte,*
me inspira más, con su sencilla *vista,*
que los libros que el arte está *creando.*
Y así, alejada en solitario *monte,*
logré yo de mi musa la *conquista*,
sin penetrar en el saber *infando.*

7 de Agosto de 1871. CAROLINA CORONADO

Á CAROLINA CORONADO

VII

No es ciencia ¡oh Carolina! esa *zozobra*
do prevarica y muere la *conciencia:*
tan sólo el recto conocer es *ciencia*,
si el alma en él su libertad *recobra*.
Confundir lo que falta y lo que *sobra*
aherrojando la noble *inteligencia*,
imágen viva de la Pura *Esencia*,
de negro fanatismo es torpe *obra*,
Perder del barro el mísero *horizonte*,
llevando hasta Ihowáh la ávida *vista*,
y bañarse en la luz, que está *creando*,
obra de ángeles es... Morar del *monte*
santo, á la falda, ajeno á su *conquista*,
sólo es del bruto proceder *infando*.

7 de Agosto de 1871.

Á AMADOR DE LOS RIOS

(CONTESTACION)

VII

Me tiene con muchísima *zozobra*,
por qué de mi soneto sin *conciencia*,
escribiste en el tuyo, extraña *ciencia*,
«el alma en él su libertad *recobra*.»
Pues este verso aunque le falta ó *sobra*
en la frase la misma *inteligencia*,
es igual en su tono y en su *esencia*,
al del soneto que en tus manos *obra*.
Y temo que detrás del *horizonte*,
que se descubre á mi sencilla *vista*,
alguna ciencia más se está *creando*.
Que en alas Luzbel tu génio *monte*,
y haciendo de la mágia la *conquista*,
vengas del *brujo* con el cetro *infando*.

7 de Agosto de 1871. CAROLINA CORONADO

EN LA TUMBA DE BRETON DE LOS HERREROS

¡No turbemos su paz!... En lucha ardiente
domó las iras de cruel destino;
y entonando, al vencer, canto divino,
de eterno láuro coronó su frente.

El mundo le escuchó con faz riente;
mas ¡ay! huyendo el salvador camino,
do hermosa luz para su bien previno,
lanzóse al vicio, cual feroz demente.

¡No turbemos su paz!... Gloria más alta
el Amor Infinito le destina,
que al nécio humilla y al humilde exalta.

Al Génio, que á su frente se avecina,
no el lamentar del hombre le hace falta:
que ante él la Eternidad su frente inclina.

1874.

Á...

De Paros dando al mármol peregrino
con noble aliento artística grandeza,
arrebatar del cielo la belleza
concede á Fidias próvido el destino.

¡Victoria insigne fué! Mas yo imagino
que si hoy alzando la inmortal cabeza,
mirar osára tu sublime alteza,
fuera impotente su cincel divino.

Jamás ojos mortales contemplaron
de forma y de color el gran tesoro
que en tu seno las gracias derramaron.

Jamás mezclados el marfil y el oro
unidad tan perfecta revelaron,
que sólo vive en el celeste coro!

Setiembre de 1874.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN SU LLEGADA Á MADRID EL 14 DE ENERO DE 1875

I

Llegad, Señor! De acrisolada gloria
la España torna á ser noble dechado:
vos, que por ella al trono sois llamado,
en trueque reanudad su antigua Historia.
De Alfonsos ciento la sin par memoria
con letras de oro guarda lo pasado:
cual ellos, comenzais venciendo el hado;
domad cual ellos la inmortal victoria.
De discordia civil la horrible tea
generoso apagad, y en vuestra frente
nuncio de paz y amor el láuro sea.
Llegad!... El pueblo que os llorára ausente,
obrando siempre el bien, gozoso os vea,
y vuestro nombre irá de gente en gente!

II

La dicha labrareis del noble ibero,
si, al bien dispuesta la prudente mano,
la audaz lisonja os solicita en vano,
y al par guardais el corazon entero.
Magnánimo, benigno y justiciero,
al bueno premio dad, pena al insano:
de vil zizaña separad el grano
y el dolo inícuo rechazad sereno.
Del huérfano, del mísero y del rudo,
sea faro en vuestra frente la corona,
y al sábio y al artista luz y escudo.
No de otra suerte á la preclara zona
de la fama eternal alzarse pudo
el Rey que en larga edad vida ambiciona.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN SU TRIUNFAL ENTRADA EN MADRID EL 20 DE MARZO DE 1876.

¡Volved, Señor! La espléndida victoria
que osé anunciaros vuestro nombre aclama;
y el noble corazon de Iberia inflama
de providente paz la santa gloria.
¡Volved! Y al láuro, que en la pátria Historia
entre los héroes ínclitos os llama,
del Rey Sábio enlazad la docta fama,
dictando leyes de inmortal memoria.
Para tejer tan fúlgidas diademas
de nuestra sangre la primicia os dimos,
cuyo fiel holocausto Dios bendice! (1)
De paz y libertad los caros lemas
de vuestra mano en cambio recibimos,
y bien sin tasa el porvenir predice.

Á P...

En insaciable sed de amor y gloria,
ardió mi pecho en juventud florida:
luché, y la noble palma apetecida
puso en mis sienes la inmortal victoria.
Negra fué, en cambio, del amor la historia:
que el alma triste, de su dardo herida,
una esperanza y mil lloró perdida,
en vez del oro hallando vil escoria.
La nieve empieza á coronar mi frente;
y encendido por tí, de amor abrigo
dentro del corazon volcan rugiente.

(1) Alude á la gloriosa muerte del menor de sus hijos D. Alfonso, teniente de infantería, acaecida despues de haber tomado el fuerte de Mendemiguel, en Santa Bárbara de Oteiza, el 30 de Enero de aquel año.

Gloria y amor gozar quiero contigo;
mas si la pura fé tu lábio miente,
amor y gloria, cual Satán, maldigo!

Á E...

¿Dónde aprendió, mi bien, tu dulce acento
á modular la célica armonía
que á torrentes inunda el alma mia?...
¿Por qué á otro mundo trasportar me siento?
Sueltas la voz en lánguido concento
y el pecho desfallece en la agonía;
truenas, y el alma airada desafía
al leon, al hombre, al huracan violento.
Canta! Las gracias que tu voz encierra
sobre el doliente corazon derrama,
y el duelo atroz, que lo abatió, destierra.
Mas ¡oh!... Suspende el vuelo que te inflama:
que no florecen ángeles la tierra,
y torpe envidia lo que anhela infama!

Á...

Y eres tú la que en dulce estrecho lazo
ventura inagotable me ofrecias?..
Tú, la que el santo juramento hacias,
de no dar á mi amor trégua ni plazo?...
Oh! Te cansaste ya!... Del vil regazo,
dó hallaron luz las esperanzas mias,
la pura fé, que pérfida mentías,
lanzó de Judas el infame abrazo.
No esperes mi perdon!... Llama de infierno
impía derramaste en mis entrañas,
que me devora con dolor eterno!

Y aunque en llanto faláz, el rostro bañas,
no esperes, no, que me conmueva tierno:
si una vez me engañaste, hoy no me engañas!

Á MARÍA

¿Qué es esto que hay en mí?... Si ayer mi pecho
tranquilo y libre de temor latia,
¿por qué hoy lleno de afan, lucha y porfía
prestando al corazon ámbito estrecho?...
¿Por qué, el alma suspensa, á mi despecho
á tí se vuelve y trémula te envía
el ¡ay! que agita la existencia mia,
y en llanto anega el solitario lecho?...
¿Es esto amor, María? Si en tu alma
este dulce gemir grato resuena,
concede á mi dolor la ansiada palma.
Mas si lo oyeres, á mi llanto ajena,
ó tórname por Dios la antigua calma,
ó déjame más bien, morir de pena.

Á RAFAELA

Adios! Adios, por siempre, Rafaela!
A hundirte vas en celda solitaria,
y el fuego de tu amor suerte precaria,
cual mentido volcan, injusta vela.
El mísero dolor, que te desvela
no manche, no, tu mística plegaria,
y bajo yerta losa funeraria
el ¡ay! sepulta que tu afan revela.
Ah! No mientas á Dios!... Si el pecho mio
en hiel rebosa y mi turbada mente
perdida vaga en lóbrego vacío, —

no llores más por mí... Dios lo consiente...
Deja que sufra el mal, con que porfío,
miéntras negro crespon cubre mi frente.

Á R...

Cada vez que te ausentas, alma mia,
la luz se anubla de mis tristes ojos;
y henchido el pobre corazon de enojos,
salir del pecho, por seguirte ansía.
Vuelves, y ese mirar que me extasía,
en dulces flores trueca los abrojos:
hablas, y fluye de tus lábios rojos
el bien que el cielo, por tu amor, me envía.
Ah! No te ocultes más, astro divino,
á quien busca tu lumbre soberana,
perdido el faro en gélido camino.
Acaso alumbres la postrer mañana
que me concede el mísero destino!
Por siempre brille en mí tu luz temprana!

. . . . .

Ave, que el vuelo de lejanos climas
tendistes, y cruzando hirvientes mares,
buscaste ansiosa los sagrados lares
dó en la pristina estirpe te sublimas.
Tú, que al domar las empinadas cimas,
disipando tormentas á millares,
nueva oliva trajiste á los hogares,
que en paz eterna seductora animas,—
¿por qué del dulce pecho hondo quejido
lanzas al despuntar la bella aurora,
en la callada noche repetido?

¿Qué mano fué la que te hirió traidora?
Si puede tu dolor ser comprendido
habla, y éco tendrás en el que llora.

Á UNA ESTRELLA

Sublime y pura y misteriosa estrella,
que, mi alma iluminando, resplandeces,
y del gozo eternal el bien me ofreces
con el dulce fulgor de tu luz bella:
tú, que mi llanto ves y mi querella,
¿por qué al dolor que te mostré, ensordeces?
¿Por qué en tu viva llama te oscureces,
cuando mi ardiente afan se fija en ella?
Deja ¡oh mi bien! que tu esplendor divino
torne á mi seno la perdida calma,
rompiendo el lazo á mi cruel destino.
Ciñe á mi frente de tu amor la palma:
que en tu luz y en tu aliento peregrino
su inextinguible sed aplaque el alma!

TRADUCCIONES HEBREAS

SALMO CIV DE LA BIBLIA

Bendice al Hacedor, dulce alma mia!
Ihowáh! Mi Dios!... Que así te engrandeciste!
La majestad en tí resplandecia
y hermosura vestiste:
envuelto en pura lumbre,
eras, Señor, en ignorada cumbre.
Los cielos extendió tu excelsa mano,
como inmensa cortina trasparente;
y á las aguas tu aliento soberano
altura dió eminente:
son tu carroza nubes...
Del viento en alas al empíreo subes.
Hiciste al huracan tu mensajero,
y tu ministro al fuego flameante...
Tú, que clavaste ¡oh Dios! el orbe entero
en ejes de diamante,
dó libre de ruïna,
á la postrera eternidad camina.
El hondo abismo, con su oscuro velo,
de sólio te sirvió!... Sobre los montes
las aguas se asentaron junto al cielo,
sin diques ni horizontes!
Mas tu aspecto temblaron
y á la voz de tus truenos se apartaron.
En rápida corriente á la montaña

ascendieron, bajando al valle umbrío;
y allí domó su rebramante saña
tu excelso poderío:
que en menudas arenas
tu mano les forjó férreas cadenas.

Tú eres, Señor, quien á las dulces fuentes
sueltas, y en apacibles arroyuelos
congregas sus clarísimas corrientes,
que entre cuajados hielos
ya murmuran y ondean,
y en las faldas del monte, ya serpean.

A sus márgenes llega el leon rugiente,
y corre al par el cándido cordero,
que anhela quebrantar la sed ardiente
en limpio abrevadero:
todo animal bravío
su ardor aplaca en tan sabroso frio.

Sobre ellas fija el regalado asiento
el ave de los cielos voladora,
y entre las verdes hojas lanza al viento
su alegre voz canora:
su cantar peregrino,
misterio santo de tu amor divino.

Tú eres, Señor, quien de sublime altura
al monte llueves y á la prócer sierra:
del fruto de tus dones sin mesura,
hartaráse la tierra;
do quier brotando el heno
que pace el bruto, de zozobra ajeno.

Tú al hombre das la yerba aljofarada
que el pan le ofrece y su afanar mitiga,
y el vino bullidor de vid preciada
que alegra su fatiga:
su faz con el aceite

brilla y su corazon con el deleite.
Tú saciarás tus árboles umbrosos
y los cedros del Líbano eminente
que tu mano plantó, donde amorosos
nidos el ave asiente;
dó piadosa cigüeña
su albergue labre con marchita leña.
Tú los montes altísimos criaste,
dó la silvestre cabra al cielo toca,
y al conejillo tímido abrigaste
bajo la firme roca,
donde, libre de susto,
mudo bendecirá tu nombre augusto.
Hicistes ¡oh Señor! la blanca luna;
y á eternas leyes sujetó su paso!...
Hiciste el sol; y al desdeñar su cuna
reconoció su ocaso:
soltando las tinieblas,
de oscuridad el universo pueblas.
Y es noche!... Y abandonan la espesura
las fieras: por do quier rujen hambrientos
y buscan los leoncillos con bravura
la presa macilentos:
raya el sol fulgoroso
y en sus guaridas tornan al reposo.
Entónce el sosegado y dulce lecho
con solícito afan el hombre deja;
y ya mueve el hazada en su provecho,
ya la aguzada reja,
hasta que el alto monte
oculta al claro sol en su horizonte.
¡Oh, cuál sé derramaron y cuán bellas
de tus manos salieron tus creaciones!
Tu infinito saber pregonan ellas!

De tus preciados dones
está la tierra henchida
y á bienadanza perenal convida.
Ese ancho mar de brazos extendidos
á reptiles sin cuento dá morada:
allí surcan los grandes y temidos,
y el pequeñuelo nada:
allí bogan las naves,
y juega el Leviatan, de miembros graves.
Todos de Tí, Señor, todos esperan,
que benéfico envíes el sustento;
y tus altos decretos no se alteran!
Les das, cobran aliento;
abres tus largas manos,
y se hartan de tus bienes soberanos.
Encubres tu semblante y se extremecen,
y giran en el antro conturbados!
Su espíritu recoges, y perecen
á su polvo tornados!
Mas si tu soplo envías,
viven, y el ancha tierra á nuevos dias,
A Dios la gloria para siempre inunde!
Las obras goce que su Sér recrean!
Él, que mira á la tierra y la confunde:
las montañas humean
al tocar de su dedo!
Á Ihowáh cantaré, por siempre, ledo!
Ensalzaré á mi Dios mientras aliente,
y le serán sabrosos mis loores!
No habrá en la tierra ya proterva gente,
ni ciegos pecadores!
Es Ihowáh mi alegría:
¡bendice al Hacedor, dulce alma mia!

1846

SALMO CXIV DE LA BIBLIA

CXIII DE LA VULGATA

Cuando salió Israël del fiero Egito,
la estirpe de Jahacob enaltecida,
de entre el pueblo maldito
y de opresion infanda á dulce vida,
entónces fué para eternal morada
elegida Judáh por el Dios fuerte;
y á la cumbre empinada
alzó de su poder al pueblo inerte.
El mar lo vió!... Y sus ondas reprimiendo,
huyó al profundo abismo... Su corriente
rápida suspendiendo,
volvió el Jordán á su primera fuente.
Los montes, como próceres carneros,
á su presencia de placer saltaron:
cual tímidos corderos,
las humildes colinas retozaron.
¿Qué hay á tu vista, ¡oh mar impetuoso!
que huyendo, así descubres tus arenas?...
Y tú, Jordán undoso,
¿por qué vuelves tu curso y lo refrenas?
¿Por qué saltais, los montes encumbrados,
como alegres carneros y àrrogantes?...
¿Por que, humildes collados,
triscais, á los corderos semejantes?...
Del Señor sacrosanto en la presencia
yo, tierra, conturbado me confundo:
ante su pura esencia
ante el Dios de Jahacob se humilla el mundo.

Él es quien trueca la robusta roca
en límpida laguna y trasparente;
y á la sedienta boca
en duro pedernal dá clara fuente.

21 de Enero de 1849.

SALMO CXXXVII DE LA BIBLIA

CXXXVI DE LA VULGATA

Sobre los rios de Babel temida,
allí nos asentamos;
y al recordar nuestra Sïon querida
con lágrimas lloramos.
De los sáuces que entoldan sus riberas,
dentro ya de sus muros,
colgamos nuestras arpas lastimeras
entre los hierros duros.
Que allí nuestros tiranos con desdoro
cánticos nos pedian;
y júbilo á las cítaras de oro
que en las ramas pendian.
¡Cantadnos de Sïon el dulce canto!...
¡Ay!... ¿Cómo en tierra ajena
cantaremos de Dios el himno santo,
transidos de honda pena?...
¡Si de tí me olvidare sólo un punto,
dulce Solima nuestra,
olvídeme en la tierra todo junto!...
Olvídeme mi diestra!...
Quede mi lengua al paladar pegada
si no te recordare;

si en mis delicias, ¡oh Salem preciada!
mi voz no te ensalzare!...
Ihowáh, recuerda á los de Edom sangrientos
y de Salem el dia...
¡Descubrid, descubrid sus fundamentos!...
Su lengua vil decia.
Hija de Babilonia, la asolada!...
Dichoso el que te pague
tal galardon!... El que la diestra armada,
como estragas, te estrague!...
Glorioso el que colmándote de duelos
y amargas desventuras,
te robe y despedace tus hijuelos
contra las rocas duras!

12 de Enero de 1849.

ALABANZA CXVII

Es de Ihowáh la tierra,
cuyos ámbitos mide con su mano.
El mundo, y cuanto encierra
el árduo monte y el inmenso llano.
Por que Él sobre los mares
fijó un indestructible fundamento:
y en marmóreos pilares
le dió sobre los rios firme asiento.
¿Quién subirá á la altura
del monte de Ihowáh?... Ni ¿quién osado
se alzará por ventura,
dó mora Dios, de santidad velado?...
Sólo el limpio de palma

y puro corazon, que en vil tumulto
no levantó su alma,
ni al falaz juramento rindió culto,
recibirá la eterna
bendicion de Ihowáh, santa y sublime;
y la justicia interna
del Dios de salvacion que lo redime!
Esta la estirpe clara
de sus adoradores, escogidos...
Los que buscan tu cara...
Los de Jahacob, en gracia enaltecidos!
Alzad, pórticos de oro
vuestras cimbrias!... ¡Oh puertas inmortales,
abrid vuestro tesoro!...
Que llega el Rey de gloria á sus umbrales!...
—¿Quién es el Rey de gloria?...
—Ihowáh, el Señor, el fuerte, el valeroso,
el Dios de la victoria,
temible en las batallas, y animoso!
Alzad, pórticos de oro
vuestras cimbrias!... ¡Oh puertas inmortales,
abrid vuestro tesoro!
Que llega el Rey de gloria á sus umbrales!
— ¿Quién es el Rey de gloria?...
—El Dios de Sabahoth, sublime y santo!
Dios de eternal victoria!
Él de gloria es el Rey! Él nuestro manto!

1848.

ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO de D. JUAN VALERA...	V
POESÍAS VARIAS.	1
Inspiracion en el Escorial.....	3
A la creacion del Teatro Español.....	13
En el álbum de la Sra. Doña Tomasa Andrés de Breton de los Herreros.....	27
Palimpsesto.....	29
A P.....	36
En la muerte de D. Alberto Lista.....	38
Cuerpo y alma.....	45
En el álbum de la Marquesa de Rianzuela.....	47
A E.....	48
A la niña Pilar en sus dias.....	51
A una amiga.....	53
Luz y sombra.....	54
Jesús perdido.....	56
Recuerdos de Baena.....	62
ROMANCES.....	65
El Infante don Juan Manuel...	67
La palabra del Rey.....	78
Abú-Saíd en Sevilla.....	105
El Rey y la Iglesia.....	126
La arrogancia francesa.....	136
El Faquíh de Güerba.....	156
La bandera del honor.....	183
Respuesta de Zayde al desafío de Tarfe.....	190
Romance morisco.....	193
La hoja del álamo.....	196
EPÍSTOLAS.....	201
A mi querido amigo D. Francisco Rodriguez Zapata.....	203
Al Sr. D. Ventura de la Vega, pidiéndole una cita.....	210
Al Excmo. Sr. D. Jacobo María de Parga, insigne cultivador de las letras y de las ciencias naturales.....	211
Al Sr. D. Ramon de Campoamor y Osorio.....	216
Al Excmo. Sr. D. Jacobo María de Parga, con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca.....	220
A Fernan Caballero.....	225
Al Sr. D. Joaquin José Cervino, pidiéndole unas antiguallas...	229
El Monasterio de Piedra. — Al Sr. D. Juan Federico Muntadas.....	233
ODAS, SONETOS Y TRADUCCIONES HEBREAS.....	241
ODAS. — Á la paz.....	243
A Doña Isabel II, en su mayoridad.....	248
Victorias de África.....	252
A la inauguracion de la estátua que al Maestro Fray Luis de Leon consagra el amor nacional en Salamanca.....	258

	Págs.
Sonetos.— Á Pablo de Céspedes.	263
A mi hijo Gonzalo.....	263
A Isabel II, en su enlace.....	264
A un ruiseñor.....	265
A los 45 años.....	265
.....	266
A la Vírgen del Mar, en Almería.	266
A Láyda.....	267
Don Enrique de Villena.....	268
En el álbum de la Alhambra...	268
A.....	269
A la Srta. Doña Josefa Burillo, al celebrar sus desposorios...	269
A la Srta. Doña Petra Solís de Acuña, en el dia de su matrimonio.....	270
Controversia.— Á Carolina Coronado.— I.....	271
A Amador de los Rios, contestándole al correr de la pluma.— I.....	271
A Carolina Coronado, contestando.— II.....	272
A Amador de los Rios, réplica.— II.....	272
A Carolina Coronado.— III...	273
Contestacion.— III.....	273
A Amador de los Rios.— IV...	274
A Carolina Coronado, respuesta.— IV.....	274
A Carolina Coronado (continuacion).— V.....	275
A Amador de los Rios, contestando á un soneto con los mismos consonantes.— V...	275
A Carolina Coronado, respuesta.— VI.....	276
Contestacion.— VI.....	276
A Carolina Coronado.— VII...	277
A Amador de los Rios (contestacion).— VII.....	277
En la tumba de Breton de los Herreros.....	278
A.....	278
A S. M. el Rey don Alfonso XII, en su llegada á Madrid el 14 de Enero de 1875.— I y II...	279
A S. M. el Rey don Alfonso XII, en su triunfal entrada en Madrid el 20 de Marzo de 1876.....	280
A P.....	280
A E.....	281
A.....	281
A María.....	282
A Rafaela.....	282
A R.....	283
.....	283
A una estrella.....	284
Traducciones hebreas.— Salmo CIV de la Biblia.....	285
Salmo CXIV de la Biblia.....	289
Salmo CXXXVII de la Biblia....	290
Alabanza CXVII.....	291

ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
21	16	disessas	diosessas
27	5	Éstonçe	Estonçe
37	16	regalado	regalada
109	4	asesinos	asesino
145	10	proso	preso
147	32	ropa	tropa
195	33	cambiáranse	cambiaránse
200	6	sútiles	sutiles

OBRAS ESCOGIDAS

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

INDIVIDUO DE NÚMERO QUE FUÉ DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA
Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,
CATEDRÁTICO DEL DOCTORADO, Y DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL,
INSPECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA, ETC., ETC.

Constarán de 44 á 46 volúmenes, elegantemente impresos, de 250 á 300 páginas cada uno, cuyo precio no excederá por suscricion de 3 á 4 pesetas, y de 3,50 á 4,50 fuera de suscricion, en Madrid, el cual se hará efectivo al entregar cada volúmen.

Va publicado el primero, que contiene las POESÍAS, precedidas de un prólogo del Excmo. Sr. D. Juan Valera, comprendiéndose en los restantes las siguientes materias, convenientemente repartidas:

Epistolas literarias, históricas y arqueológicas.
Discursos académicos.
Estudios artistico-arqueológicos.
Estudios históricos.
Estudios literarios.
Estudios artísticos.
Ensayos sobre la historia literaria de los Judios de España.
Sevilla monumental y artística.
Toledo monumental y artística.
Estudios sobre el estado y educacion de las clases sociales en España durante la Edad Media.
El arte latino-bizantino en España y las Coronas visigodas de Guarrazar.
Obras de D. Íñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana.
Estudios sobre las artes mágicas en España.
Historia crítica de la Literatura española.
Estudios monumentales y arqueológicos sobre Portugal.
Memoria histórico-crítica sobre las tréguas celebradas en 1439 entre los Reyes de Castilla y de Granada.
Monumentos latino-bizantinos de España.
Estudios monumentales y arqueológicos de las Provincias Vascongadas.
Memoria acerca del alzamiento y defensa de Sevilla en 1843.
Historia social, política y religiosa de los Judíos de España y Portugal.

Se admiten suscriciones en la librería de Murillo, Alcalá, 7, y en las principales librerías.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MARTINEZ